

JOSÉ ANTONIO COBEÑA FERNÁNDEZ

PALABRAS DE HIPOCAMPO



JOSÉ ANTONIO COBEÑA FERNÁNDEZ

PALABRAS DE HIPOCAMPO



2014, José Antonio Cobeña Fernández

De esta edición: - 2014, José Antonio Cobeña Fernández

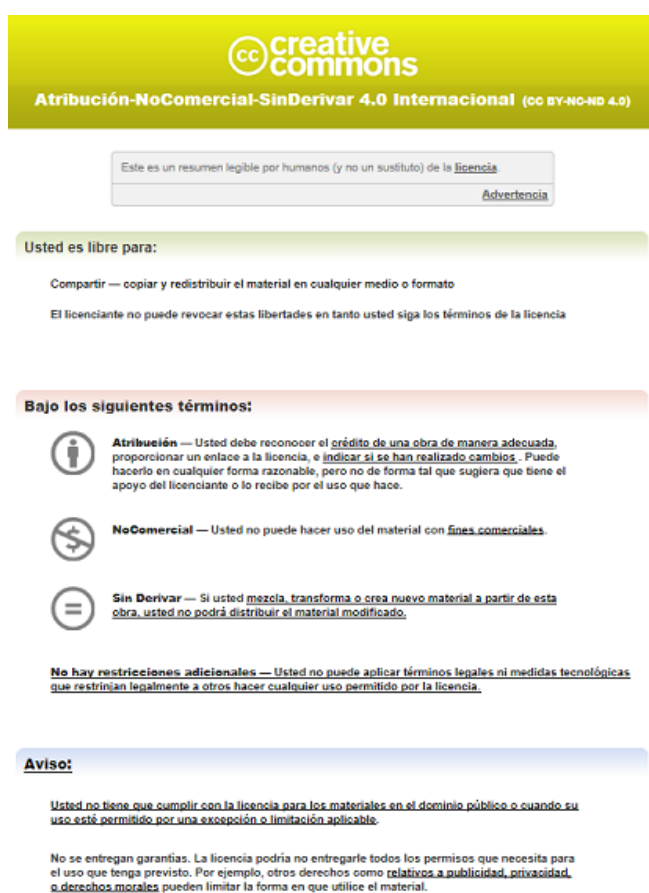
www.joseantoniocobena.com

diarioweb@joseantoniocobena.com



Palabras de hipocampo by [Jose Antonio Cobena Fernandez](http://www.joseantoniocobena.com) is licensed under a [Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional License](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/).

Creado a partir de la obra en <http://www.joseantoniocobena.com>



creative commons
Atribución-NoComercial-SinDerivar 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Este es un resumen legible por humanos (y no un sustituto) de la [licencia](#).
Advertencia

Usted es libre para:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato

El licenciente no puede revocar estas libertades en tanto usted siga los términos de la licencia

Bajo los siguientes términos:

Atribución — Usted debe reconocer el crédito de una obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciente o lo recibe por el uso que hace.

NoComercial — Usted no puede hacer uso del material con fines comerciales.

Sin Derivar — Si usted mezcla, transforma o crea nuevo material a partir de esta obra, usted no podrá distribuir el material modificado.

No hay restricciones adicionales — Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros hacer cualquier uso permitido por la licencia.

Aviso:

Usted no tiene que cumplir con la licencia para los materiales en el dominio público o cuando su uso esté permitido por una excepción o limitación aplicable.

No se entregan garantías. La licencia podría no entregarle todos los permisos que necesita para el uso que tenga previsto. Por ejemplo, otros derechos como relativos a publicidad, privacidad, o derechos morales pueden limitar la forma en que utilice el material.

Fotografía de la cubierta: Fragmento de *El nacimiento de Venus* (1482), Sandro Boticelli (1445-1510). Temple sobre lienzo. Medidas: 172,5 x 278,5 cm. [Galeria degli Uffizi](http://www.galleria.uffizi.it). Florencia.

Editado en formato PDF para su difusión en Internet. La tipografía que se ha utilizado en este libro se denomina *Constantia*, diseñada por John Hudson en 2003, tratándose de una romana muy hermosa y elegante, con un cierto toque caligráfico.

España

*A María José y Marcos, porque mantienen siempre muy viva la
memoria de nuestro desván...*

Déjate llevar por el niño que fuiste
LIBRO DE LOS CONSEJOS

José Saramago, *Las pequeñas memorias*

ÍNDICE:

Prólogo	8
Memoria de desván	9
El caballo encorvado	14
Memorias de hipocampo (I)	19
El tren de la vida.....	23
El espejo imperial (de un emperador o presidente actual con traje nuevo...)	27
Feria del libro en Sevilla	29
La tegala de Saramago (II): <i>Emocionentes</i>	31
Melismas de Juan Peña y Gabriel García Márquez	37
Olor suave	39
El regalo más pequeño del mundo.....	42
Peter Pan, de nuevo	44
El orgullo de Apeles (parábola actual).....	47
Frecuentando la locura.....	48
El Niño Jesús proletario	50
El cerebro de Pinocho.....	53
Patio San Dámaso	57
Las reinas magas (Cuento).....	71
El día X	73
Veo a mis palomas volar.....	77
Groucho y el niño perdido	79
Tú, gitana	82
Cuando desperté, mi blog todavía estaba allí	84
Si eres humano... ..	86
Víctor Jara y mi memoria de hipocampo.....	88
Retorno de lo vivo cercano.....	90
Zenobia Camprubí	92
Ombra mai fú	94
Nochebuena de los felices	96

Aforismos	99
El cerebro necesita poesía, cada día.....	101
Soleá de la ciencia	105
Armstrong, niño de la luna	107
Canción triste de Cádiz Street	109
El niño Mozart.....	111
María y yo, un gran regalo de Reyes.....	113
Tu canción (<i>Your song</i>)	115
La sabiduría de Guatemala.....	117
Pepe, el maestro	118
Charo, maestra de Andalucía.....	120
La sillita	122
Cayucos	123
Paz civil	124
El cerebro <i>disfruta</i> con los libros.....	125
Epílogo.....	127

Prólogo

Nos queda la palabra. Nos queda porque tenemos una estructura en el cerebro, el hipocampo, que permite alojarlas para después representarlas de muchas formas. Las palabras de este libro, que las he buscado apasionadamente en mi hipocampo, son bocetos y pinturas de relatos cortos, largos o simplemente letras dibujadas a modo de palabras que pertenecen a mi persona de secreto.

Deseo compartirlas mediante este libro. He dedicado un tiempo a mi memoria para ordenar experiencias y vivencias de lo vivido lejano o a corto plazo, pero siempre cumpliendo con la coherencia de un archivo ordenado por el suelo firme que he procurado cuidar al máximo, la ética personal e intransferible que hay que seguir memorizando y guardando todos los días porque en cualquier momento hay que aplicarla.

Hay una intención no inocente, porque los relatos, cartas y artículos que figuran a continuación, publicados ya en mi blog, son un homenaje continuo a la palabra, porque hace muchos años se nos dotó de una capacidad evolutiva que nos permitió pronunciarlas y guardarlas.

Hoy abro esta caja de secretos, de palabras ordenadas y entrelazadas entre sí. Parcialmente, desde luego, pero con la ilusión de que quien quiera leerlas sepa interpretarlas con la profundidad que en su momento se vivieron antes de escribirlas. Esa es la maravilla de cada hipocampo, personal e intransferible, como el tuyo, lector o lectora, porque “cabalgando despacio es posible que podamos conocerle bien y saber qué papel tan trascendental juega en la vida de cada una, de cada uno”.

Sevilla, en el mes de marzo de 2014.

Memoria de desván

*H*ago un alto en el camino científico del conocimiento del cerebro, como aportación a la deconstrucción de la inteligencia digital, publicando un relato corto, *Memoria de desván*, que he presentado a un premio de una institución pública andaluza y que no he “ganado” en el sentido más comercial del término, aunque me ha permitido participar y compartir una curiosa y larga espera para el posible reconocimiento público del jurado. Es verdad, mis premios no son de este mundo. Ahora, con esta entrega a la Noosfera, alcanzo mi mejor expectativa de “premio”: compartir pensamiento, sentimiento, conocimiento y momentos que puedan servir para comprender que otro mundo es posible, sobre todo para los que pertenecemos al grupo de los que queremos seguir aprendiendo a ser educados para una ciudadanía mejor.

También voy a entregar una confidencia. El relato responde exactamente a una experiencia personal que viví en noviembre de 1982, en La Punta del Moral (Ayamonte), en una madrugada real, oscura, alumbrada solo por una farola maltrecha y próxima al bar donde nos enrolamos para una experiencia que ahora he podido narrar sobre un pecio de mi cerebro, nunca mejor dicho. Y está escrito “con mil amores” (¡que expresión popular tan excelente...!) en homenaje a una persona a quien quiero segundo a segundo porque su actitud, como siempre, me ayudó a salir de las profundidades de un atlántico nocturno muy particular, que cuando llovía se mojaba no como los demás, sino como el agua cantada por El Lebrijano, según Gabriel García Márquez...

(Puedes bajarte el relato, *Memoria de desván*, en formato pdf, aunque a continuación puedes leerlo, al menos, con la misma ilusión que te lo entrego)-



Memoria de desván

Fue su mirada la que me trajo los recuerdos de aquellos días. Fueron sus ojos los que me devolvieron las fuerzas necesarias para seguir viviendo. Fue su cara la que me devolvió la ilusión de compartir de nuevo la vida con ella. Todo ocurrió en aquel desván del pueblo, cercano a la capital de la sierra. Abrí el pequeño baúl viajero, y todavía estaba allí. Era un grabado de colores desvaídos, en los que todavía se podía vislumbrar el pincel mágico de su autor, porque solo le había preocupado la mirada, dejarla intacta para los que quisieran recrearse en ella, sin importarle espacio ó tiempo.

Los pájaros intentaban entrar una y otra vez por el pequeño tragaluz de la buhardilla. Parecía que quisieran refugiarse allí y posarse en la mirada de aquella mujer pintada por manos expertas. Sin tocarla. Sin mancharla. Solo acompañarla con sus cánticos amables, llenos de frescura serrana, de luz cegadora, de frío casi glaciario, tiritando hasta alcanzar estertores de otro mundo, con aleteo insinuante, como diciendo: te queremos cuando te vemos, porque tu mirada nos conmueve. Los miraba con envidia y con cierto recato porque en cualquier momento podrían transportarla, entre algodones, a sus nidos picofacturados. Y podría perderla para siempre jamás.

Aquel descubrimiento fortuito de una noche de invierno me permitió reconstruir lo vivido lejano a través de una paleta de colores que me recordaban a Botticelli. Ocurrió hace veinticuatro años. Solíamos caminar juntos, en silencios clamorosos, buscando el mejor momento de decirnos palabras de reconocimiento

que solo se podían trenzar a través de los sentimientos que habían nacido junto al mar, la mar de la Punta del Moral, cerca de la frontera portuguesa. En masculino, el océano atlántico. Aquella barriada era muy querida para nosotros porque habíamos conocido a un poeta local, siempre perseguido por la autoridad competente porque se resistía en una soledad clamorosa a que la casa de su niñez marinera, la de sus padres, desapareciera por la avanzadilla del turismo irresponsable. Y sigue siendo hoy un símbolo, viviendo en una casa rural rodeada por un campo de golf de última generación.

En aquella madrugada iban a ocurrir cosas que no sospechábamos al tomar el café de despedida para la singladura de fin de semana. Noviembre. Un viaje hacia alguna parte para las personas que nos escuchaban semana a semana en la radio local, en un programa de compromiso social para dar a conocer la dureza del trabajo diario de profesionales desconocidos. Y decidimos embarcar en una patera de aspecto clandestino, camino de la barra, acompañados por marineros avezados y una perra, Cañaílla, que ladraba a los cuatro vientos como ahuyentando aquellos espíritus que adivinábamos a babor y estribor. Las instrucciones eran precisas: todos de pie, en fila india, en el centro de la frágil patera y sin movernos. Todos en silencio, excepto la perrilla, en una cáscara de nuez sin quilla.

Nos acercábamos al barco grande. Fue un abrir y cerrar de ojos al querer acariciarlo con las manos abiertas en la noche cerrada, tocando la proa. Aquella nuez enfadada por sobrellevar cuerpos inexpertos, se separó de la proa como si le hubiera dado miedo tanta confianza, bailó una danza inesperada y nos lanzó a la soledad del mar nocturno, de su mar amiga. En la oscuridad perversa de aquella noche estrellada, con una luz tenue que asemejaba un foco de bocacalle antigua, de tulipa, la única luz posible, orientaba a la protagonista de aquella foto del baúl para salvar a los que se habían caído al mar, a los compañeros de aquél trabajo comprometido con el dinero público, para trasladar a los hogares tranquilos de la provincia la realidad del mar de Sorolla, para que pudiéramos gritar a los cuatro vientos que luego decimos *que el pescado es caro...* Y sin saber cómo, cuándo y por qué, aquella sirena varada junto al barco nodriza de experiencias, *El Largo*, diecisiete metros de eslora, atenta a los movimientos airados de la vida, comenzó a izar uno a uno a los náufragos de la noche, en una interpretación mítica de un nacimiento propiciado por Venus, aquella mujer de la mirada ovalada y de amplia frente, recogiendo también en lo que quedaba sano de la barquilla las flores que se lanzaban desde el cielo.

Y fueron salvados. Un gesto sin precedentes. Una salvación insólita. Los pescadores del lugar decían a voz en grito que pocas veces se salvaban los pescadores que caían junto a las corrientes subterráneas de la barra, pero había bastado la confluencia de intereses divinos y humanos para que el nacimiento de Venus se hiciera extensivo a personas que podían formar parte del mito neoplatónico, porque las fuerzas desatadas del cielo y el mar se conjuraron para ayudar y ensalzar a aquella mujer, cuya mirada, cuando me asomé desesperado al nivel del mar, después de la caída, nunca más se me olvidaría.

No era cuestión de pesca lo que preocupaba al mar, la mar, aquél día. La singladura se hizo a pesar de todo, el mar estaba enfadado y pocos peces quisieron subir a las redes de aquellos hombres atenazados todavía por el disgusto que la propia mar, su mar de todos los días, les había proporcionado. Fueron horas interminables, palanganas de pescado fresco, *alcatruces* con pulpos pidiendo perdón antes de morir bajo las botas de aquellas personas que solo querían demostrar al mundo entero que otro mar es posible. Un ir y venir desenfrenado por la superficie de manga y eslora. Desencanto compartido porque las redes fondeaban una y otra vez el mar, la mar, en busca de peces imposibles. Silencios inconfesables para lobos de mar que debían ser corderos en tierra para poder seguir viviendo todos los días, todas las horas de una existencia marcada por el destino de las aguas de la mar fronteriza.

El día era espléndido. La emisora costera permitía saber de los demás aventureros de la noche y del día, pero el patrón no se atrevió a contar lo sucedido porque aquello no era posible en un barco de tierra, sin relación con los cielos, con un capitán intrépido hasta la muerte. Nadie lo iba a creer, porque los lobos de mar son dados a contar historias imposibles y aquello no parecía cosa de hombres, aunque el patrón era muy respetado en su círculo de amigos. Los nombres propios en portugués y español salían a la luz para identificar lo que hoy era un secreto a voces: “¡hoy no ha sido buena la singladura!” y por los altavoces corría un mensaje larvado que no se debía gritar a los cuatro vientos de la barra traicionera, aquello ya conocido por los hombres de la mar turquesa, lo que se traían entre manos, entre dientes. Los marineros de *El Largo* callaban, porque la historia vivida iba a ser la historia jamás contada. No tenían pesca para exhibir, pero llevaban en su mente, en su corazón, una historia de la madrugada que iba a dar mucho que hablar en el pueblo. ¿Cómo lo explico yo?, decía el patrón para sus adentros. Y volvió al puesto de mando para escribir cosas ininteligibles en su soledad sonora, en su cuaderno de bitácora tan particular.

Comimos en alta mar. Todo era compartido en una lección inolvidable. Fuentes, platos, cubiertos, jarrillas de lata, vino, pan, en una cocina muy acogedora, la proa desalojada de artes de pesca, con un mantel de agua salada. Boquerones, chocos, acedías y algunas gambas. Cigalas. Amistad y camaradería. Mareo de grumetes. Sala de máquinas. Experiencias y timidez a los cuatro vientos. Silencios en historias ocultas para algunos. Y una emisora de fondo transmitiendo saludos de localización y seguridad costera como intuyendo que algo había pasado en *El Largo*, como un secreto a voces que no se debía comentar entre hombres de la mar.

Eran las siete en punto de la tarde. Había que regresar a puerto, a la ría Carreras, y decir la verdad descarnada, aunque tuviéramos que contar muchas veces que se había intentado, que las redes se habían lanzado al mar como era lo habitual, que los *alcatruces* estaban allí como testigos de cargo de que los pulpos se habían rebelado antes de morir. Que habíamos vivido momentos de tensión inusitada para los aguerridos pescadores de la normalidad. Que habían asistido a una salvación que a lo mejor se podía contar hasta altas horas de la madrugada en

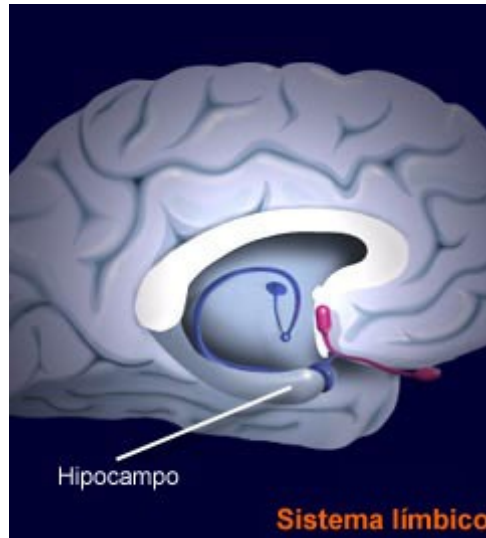
el bar de Antonio, echando toda la imaginación que fuera posible para explicar con palabras cercanas lo que solo era posible en las películas de la medianoche, en el cine de las estrellas, en un Cinema Paradiso muy particular.

Llegamos, por fin, a la barra del pequeño puerto salvaje, sin los medios que necesitaría para evitar riesgos de todo tipo. Todo eran recuerdos de una salvación anunciada. Otra vez la mirada, siempre la misma, siempre en la cara ovalada, ligeramente inclinada sobre su hombro derecho, con la mano abierta sobre el pecho, con azul de fondo tomado de la mar cuando la pudimos disfrutar en calma. Prometí que nunca más la olvidaría, siempre sus ojos, siempre su alma, siempre su pudor de los años jóvenes, porque cuando todo era posible para que el mar enterrara definitivamente los sueños de cuentos que podían interesar al mundo de diario, una mano amiga, una posición correcta sobre la popa de aquella maravillosa nuez enfadada, bastó para que nunca más olvidara el poder de aquellos ojos, de aquella mirada que suplicaba a los dioses del mar que no dejara enterrar en sus entrañas a quien podía resucitar para una nueva vida, a pesar de la inexperiencia, a pesar del mar que lo llamaba voz en grito, como desesperadamente, en una noche cualquiera de noviembre.

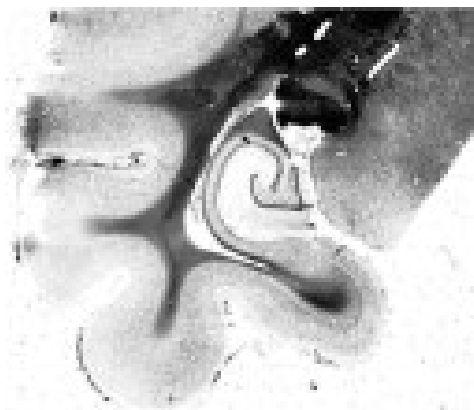
Salimos a pasear cerca del quejigo que conocíamos como la palma de la mano. Aquella sierra permitía establecer un contacto especial con la madre Naturaleza. Los castaños ofrecían sus frutos turgentes, desafiantes y punzantes. Era una terraza terrenal que permitía adivinar cuadros de puestas de sol que no estaban al alcance de los mercaderes del arte. Y cuando nos dimos cuenta de la Hora, la foto del baúl -el cuadro de Botticelli- se nos apareció en una noche mágica, donde los dos Céfiros gritaban a los cuatro vientos que aquella Venus del mar, nacida en una noche de infierno, era sobrenatural. Era, sencillamente, una diosa.

Sevilla, 10/V/2008

El caballo encorvado



No hace falta parecerse a Fernando Savater, al que admiro desde que adquirí el compromiso activo de la contravida rutinaria, para conocer las características de este curioso equino cerebral, del hipocampo (caballo encorvado, caballito del mar) que juega un papel tan importante en la carrera de la vida humana. Tampoco voy a susurrar a este pequeño corcel que juega un papel tan importante para identificar bien el largo camino de la memoria. Cabalgando despacio es posible que podamos conocerle bien y saber qué papel tan trascendental juega en la vida de cada una, de cada uno. Veamos.



Se trata de una circunvolución (elevación redondeada) que se encuentra en la región anteromedial del lóbulo temporal del cerebro, que “resulta de la internalización en los mamíferos, de un córtex arcaico desarrollado en reptiles y

mamíferos primitivos” (1). Esta corteza primitiva, ¿paleocorteza?, que forma parte de la allocorteza, integra tres estructuras: giro o fascia dentada, el cuerno de Ammon y el subiculum. Y lo sustancial: forma parte del sistema límbico, como estructura fundamental de diferentes tipos de memorias y almacén de las emociones por su proximidad con la amígdala. Vamos por partes. Hay que empezar por la estructura más antigua, no se sabe si de vital importancia para guardar “grabaciones” vitales, denominada “allocorteza”, una parte muy profunda del cerebro, la más antigua, heredada de nuestros antepasados, necesaria para ordenar las citadas grabaciones neuronales. Hay que “abrir el cerebro” para localizarla: no se ve desde fuera. Y una vez allí, nos encontramos con estructuras muy curiosas: el archipallium, el paleopallium, el claustro y la amígdala (¿recuerdas?). *Pallium* es corteza en latín, *palio* en el lenguaje popular. El archipallium (primera corteza) es la zona donde se encuentra nuestro caballo encorvado, junto a un área de transición: la fascia dentada, el cuerno de Ammon y el subiculum, considerándose la parte más antigua del cerebro.

El paleopallium (antigua corteza) comprende la corteza piriforme la región periamigdalárica y la corteza entorrinal. El claustro es una estría de sustancia gris, y la amígdala que ya fue “declarada” en este cuaderno de bitácora como una de las maravillas del universo cerebral en el [post de 25 de febrero de 2007](#).

Volvamos al hipocampo, aunque ya sabemos que no cabalga solo en el cerebro. Dijimos que integraba tres estructuras. La primera, la fascia dentada, es una circunvolución (elevación redondeada) que recibe aferencias (fibras que traen y llevan) desde la corteza entorrinal (que recibe dopamina y la proyecta hacia el hipocampo). La segunda, el hipocampo propio o cuerno de Ammon, es el hipocampo por definición, la estructura más antigua. Está dividido en tres áreas, formadas por células piramidales donde las dendritas juegan un papel fundamental en la neurotransmisión de naturaleza glutamatérgica. Por último, la tercera, el subiculum, como zona de transición entre el hipocampo y el giro parahipocámpico de la corteza temporal, la corteza de tres capas que rodea al hipocampo. Y la corteza entorrinal, área que se encuentra dividida en seis capas corticales bien definidas. Es responsable del tráfico interno en todas las áreas del hipocampo y de la mayor entrada de fibras en el mismo.

¿Por qué estoy interesado en presentar este “caballo” de carreras vitales? ¿Qué funciones trascendentales para la vida ordinaria desempeña el hipocampo, basadas en el aprendizaje y en la memoria como un todo indisoluble? Por varias razones y funciones demostradas científicamente. La primera es porque llama la atención que el cerebro más antiguo se haya encargado siempre de “guardar” los patrones de aprendizaje y que a través de la evolución de las especies su misión “solo” se haya enriquecido con las aferencias (los circuitos y entradas y salidas de

los neurotransmisores) que le han permitido crecerse hasta alcanzar una inmensa popularidad en el turf de la vida. Esto se ha demostrado recientemente con la investigación reconocida por la revista *Science* en relación con el descubrimiento de científicos italianos y españoles al demostrar en laboratorio cómo funciona la química de la memoria, registrando el cerebro de ratones vivos mientras recuerdan. Sobre este experimento ya recogí su importancia [en otro post](#) y básicamente consiste en introducir un sensor en el cerebro de los ratones (en el hipocampo, como región clave en la memoria) y ver cómo funciona cuando aprenden recordando. Ante este planteamiento se recurre a producir un sonido junto al ratón justo antes de que un soplo en los ojos le haga cerrar los párpados y, como en el caso del perro de Pavlov, tras repetirlo varias veces, el animal cierra los ojos al oír el sonido, aún sin soplo que le induzca a hacerlo (2).

En segundo lugar, porque las situaciones de “olvido” voluntario o involuntario, no son capaces de predecir situaciones que han de venir o pasar. De forma didáctica se publicaba recientemente una referencia al impacto del trabajo del hipocampo en funciones diarias y en experiencias y recuerdos vitales (3): “Seguro que muchos de ustedes ya están planificando sus próximas vacaciones. Es posible que no sepan nada del sitio al que van a ir, pero si se les dice que va a ser una playa tropical ya pueden predecir algunas de las sensaciones y experiencias que van a vivir. Esta capacidad de premonición se aloja en una zona del cerebro, el hipocampo, que está estrechamente relacionada con los recuerdos. Tanto, que es la región que muchas veces tienen dañada las personas con amnesia. Al menos esto es lo que pasó con el ensayo, que ha sido realizado por científicos de las universidades de Londres y Cardiff (Reino Unido), y que ha sido publicado en la edición digital de la revista *Proceedings of the National Academy of Sciences (PNAS)*. La importancia del trabajo rutinario del hipocampo es de tal calibre que difícilmente pueden construir el futuro las personas con el hipocampo dañado. El título de este cuaderno de bitácora, *El mundo sólo tiene interés hacia adelante*, justificaría por sí mismo que se ahondara en esta investigación, porque construir el día a día es la tarea que se vive subidos al corcel (el hipocampo, el caballito del mar) que hoy he presentado en sociedad, digital por supuesto. Y es una grabación en la memoria de gran impacto personal porque es la memoria que permanece, que se guarda, no la inmediata, porque ésta está en otro sitio del cerebro. La expresión “mi mala memoria” es la que refleja bien estas malas pasadas... de la química, quizá.

Y aparece así la estructura básica de la memoria a largo plazo, la razón de la razón (que no del corazón) en términos pascalianos. La información que entra por los sentidos llega al hipocampo dejando siempre una “huella” de lo que se ha “visto” o “sentido”. También puede llegar a la amígdala, para evaluar emocionalmente la “escena” o “reacción sensorial” a grabar. Y comienza la carrera

interna del hipocampo como caballo disciplinado o desbocado, en función de los márgenes que dejen los neurotransmisores y las hormonas correspondientes: “cuando el nivel emocional es elevado, las señales límbicas, vía septum, (la pared delgada que separa dos tejidos) alcanzan el hipocampo induciendo la síntesis de nuevas proteínas y de ese modo consolidar el trazo de memoria. De ese modo la huella débil y efímera se convierte en una memoria más robusta y duradera” (4). Y se avanza en esta investigación con afirmaciones rotundas que dejan entrever el papel primordial del hipocampo en esta tarea de grabación histórica: “el hipocampo recibe de la corteza grandes volúmenes de información multimodal, la asocia, la retiene durante el procesamiento, la amplifica, probablemente la compara con la ya existente y contribuye a su consolidación en la corteza cerebral. El hipocampo y la amígdala participan simultáneamente, tanto en los estados iniciales de la formación de la memoria, como en la recuperación”.

Sabemos más cosas y sobre todo en relación con las claves de género: el hipocampo es mayor y más activo en las mujeres, es decir, pueden estar en todos los “detalles” de lo que ocurre en determinadas ocasiones; sufre cambios hormonales constantes en una dialéctica entre el estrógeno y la progesterona, activas “amazonas” en la carrera de la vida personal y en pareja; en el primer día del periodo, el hipocampo es activado por el estrógeno reforzando e incrementando en un 25% sus conexiones: se recuerda y aprende más y mejor, es decir, la actividad recordatoria puede ser frenética en la segunda semana del ciclo menstrual. Conocer estas realidades fisiológicas ayuda a los hombres a respetar más a la mujer, entre otras cosas porque sus posibilidades de aprendizaje son una continua lección programada, mes a mes, que hace muy valiosa la experiencia menstrual desde esta óptica contrastada por la ciencia. También se ha investigado el envejecimiento en esta maravillosa estructura cerebral y se sabe que si se mantiene la terapia hormonal en mujeres menopáusicas, su memoria tenderá a envejecer más lentamente, porque las dosis de estrógenos activan la memoria verbal y de largo plazo.

Hoy, determinados investigadores sabemos cosas que nos hace muy atractiva la aproximación al cerebro desnudo. Espero que estas palabras ayuden a conocernos mejor en la parte más profunda del ser humano, aquella que no se ve, aunque sea difícil asemejarnos a Robert Redford (Tom Broker), cuando de forma magistral para los sentimientos y emociones de los espectadores “susurraba a los caballos” como metáfora de la aprehensión de la vida. Para quien quiera comprender el hipocampo así (nuestro pequeño caballo particular *pilgrim*, personal e intransferible), a partir de hoy no podemos decir ya –afortunadamente- que es un desconocido. Te lo he susurrado. Nada más.

Sevilla, 18/III/2007

Cerebro y género

Género y vida

- (1) Mora, F. y Sanguinetti, A.M. (1994). *Diccionario de Neurociencias*. Madrid: Alianza.
- (2) Gruart, A., Muñoz, M.D. y Delgado-García, J.M. (2006). Involvement of the CA3–CA1 Synapse in the Acquisition of Associative Learning in Behaving Mice. *The Journal of Neuroscience*, 26(4):1077–1087.
- (3) Benito, Emilio de (2007, 16 de enero). “Olvidar” el futuro. Las personas con amnesia no son capaces de anticiparse o predecir situaciones venideras. *El País*, p. 36.
- (4) Almaguer Melian, W., Bergado Rosado, J. y Cruz Aguado, Reyniel (2005). Plasticidad sináptica duradera (LTP): un punto de partida para entender los procesos de aprendizaje y memoria. *Revista Cubana de Informática Médica*, 1 (5).

Memorias de hipocampo (I)

Inicio una nueva serie de hojas escritas, en este cuaderno de bitácora, dedicadas a palabras estructuradas y concatenadas en diferentes formatos: artículos, cartas, conferencias, ensayos, presentaciones y reflexiones, que he creado a lo largo de mi vida y que se alojan hoy día en mi hipocampo, como sede declarada de mis diferentes memorias. Es un homenaje anticipado a la belleza de esta estructura cerebral, cuando todavía puedo hacer uso de ella de forma excelente, a la que ya dediqué un [post específico](#) y que es, curiosamente, uno de los más leídos por quienes acuden a esta isla desconocida de la Noosfera digital, de acuerdo con las estadísticas de acceso que utilizo.

Comienzo por unas palabras de agradecimiento (antes se decía discurso) que pronuncié en el acto de recepción del Premio Nacional de Informática y Salud 2000, que me entregaron en Madrid, en Enero de 2001, como profesional que por trayectoria y dedicación había colaborado especialmente en la implantación de la informática en el entorno sanitario, y que simbolizaban bien una forma de entender el compromiso con la sociedad de un empleado público que ama su trabajo diario, con unas claves que expuse con sentimiento y pensamiento, en días en los que siempre comenzaba todo...



Fotografía de Bertrand Tavernier, durante el rodaje, con uno de los niños protagonistas de *Hoy comienza todo*

PREMIOS NACIONALES DE LA [SOCIEDAD ESPAÑOLA DE INFORMÁTICA DE LA SALUD](#) – 2000

MADRID, 18 DE ENERO DE 2001

Buenas noches. No me gustaría convertir estas palabras de agradecimiento en un mero formalismo al uso, sino convertirlas en un canto al reconocimiento social del ser humano que, en definitiva, es lo que deberían perseguir estos premios, si me apuran, cualquier premio. Cuando he asistido a este tipo de actos, siempre he recordado unas palabras de un poeta paisano mío, sevillano y maltratado por la derecha intransigente, un hombre llamado Luis Cernuda, porque refleja la incapacidad que, a veces, tienen las palabras para expresar lo que se siente, se ama o se agradece, como en este caso:

*Si el hombre pudiera decir lo que ama,
Si el hombre pudiera levantar su amor por el cielo
Como una nube en la luz;
Si como muros que se derrumban,
Para saludar la verdad erguida en medio,
Pudiera derrumbar su cuerpo, dejando sólo la verdad de
su amor,
La verdad de sí mismo,
Que no se llama gloria, fortuna o ambición,
Sino amor o deseo,
Yo sería aquel que imaginaba;
Aquel que con su lengua, sus ojos y sus manos
Proclama ante los hombres la verdad ignorada,
La verdad de su amor verdadero.*

Exactamente es así: hoy les voy a hablar de mi amor verdadero, que no se llama gloria, fortuna o ambición. Hoy asistimos a la entrega de un premio al mejor profesional de informática... Junto con el agradecimiento sincero del reconocimiento social, deseo, a través de estas palabras, devolverles lo que me han dado como símbolo social de que casi nada nos pertenece sino que, al contrario, se nos confía, porque todo es muy relativo. Yo no pertenezco a la legión de embajadores del tratamiento de la informática como los proclamadores de la buena nueva digital, del evangelio digital, en frase de Hans Magnus Enzensberger, aquellos que declaran a los ciudadanos como *ignorantes molestos*. No soy tampoco vendedor de *cajas de trucos pragmáticas*, en expresión del mismo autor. No me gustan las brechas digitales, como nos alertaba un editorial del periódico *El País*, el pasado día 3 de Enero, al abordar los peligros del analfabetismo informático, afirmando que Internet, como la gran apuesta digital, puede ser una herramienta eficaz para reducir las diferencias en el acceso a la información que es lo que hace verdaderamente libres a los ciudadanos. Lo que he venido haciendo desde que tengo uso de razón es buscar sentido a la vida

cualquiera que sea la posición que se ocupa en ese momento en el vivir diario. Pero el sentido de lo relativo es abrumador cuando nos consideramos solidarios, personas comprometidas con su espacio y tiempo, públicos, como es mi caso en la esfera profesional. Si este premio simboliza algo, es el reconocimiento a una Comunidad Autónoma, Andalucía, que me ha permitido ser funcionario público, administrador público y, desde el día 13 de junio de 2000, alto cargo público. Es decir, es la sociedad la que brinda la posibilidad de ser y de ser premiado, como en esta ocasión. Y es la sociedad la que resulta premiada, porque te ha permitido ser y ser premiado. Luego a ella va dirigido este premio.

Desde hace varios años, exactamente desde 1997, la Comunidad Autónoma Andaluza y su Sistema Sanitario Público vienen manifestando una apuesta clara por la revolución digital. Hablo en términos de revolución porque así debe ser. Una revolución centrada en los ciudadanos, a los que ofrezco este premio, ciudadanos andaluces, del sur, que también simbolizan el auténtico concepto de ciudadano que nos viene dado en este país por la Constitución. Y la revolución digital hace patente que junto a sus características de progreso inexorable en las comunicaciones y, por tanto, en la culturización a través de la información, la integración de los sistemas y tecnologías solo tiene sentido cuando se hace y se construye centrándola en los ciudadanos. Y es lo que ha permitido sentar las bases de un nuevo paradigma público sobre el que seguimos trabajando a diario, que contemplando lo que ocurre con el concepto y la praxis de la nueva economía, sabe distanciarse de los conceptos espurios de la revolución digital para poner las cosas en su sitio, entre los conceptos de evangelio digital y manual de supervivencia para personas comprometidas con su futuro. Y tenemos una gran oportunidad por estar en España y en el Sur, como reconocía Nicolás Negroponte en una reciente visita a nuestro país: “Dentro de ese futuro cercano, destaca el potencial de los países mediterráneos en Internet. Ciertas características de la Red y de la mentalidad latina coinciden: carácter abierto, desconfianza hacia la autoridad y fuerte creatividad. (Hoy las webs más visitadas de Estados Unidos están diseñadas por hispanos)”. Sin comentarios.

El premio se hace interesante y fecundo por su rastro, por su huella. Nace un nuevo compromiso en la clave que ofrecí como primicia el día de mi toma de posesión como Secretario General del Servicio Andaluz de Salud, es decir, hoy, con este premio, vuelve a empezar todo. Dominique Sampiero escribió un excelente guión para la película de Bertrand Tavernier, *Hoy empieza todo*, donde se reflejaba la realidad de los contrapuntos de una gestión directiva extrapolable a toda gestión ideologizada, como es la acción política de un sistema sanitario público. Hace años empezó todo lo que hoy nos rodea en clave de libertad a través de la Constitución donde se definió el papel que juega la Administración en el territorio español y, por extensión, en Andalucía. La ordenación sanitaria

del país y de la Comunidad marca el camino de la acción pública de las altas cargas que algunas personas, sobre todo personas, tienen que desarrollar en el desempeño de los cargos. Y los nombramientos pasan, las tomas de posesión, pasan, los premios pasan y la vida de cada uno de los altos cargos que en el mundo nacional y andaluz son y han sido, pasan. Sólo queda la calidad de la percepción personal e intransferible de la cosa pública, en un constante ir y venir en la encrucijada de cada cometido, normalmente expresado en los compromisos de estructura.

Recibir este premio significa algo muy importante: la salud es un compromiso sobre un producto inasible, perecedero, por definición, con una clave extraordinaria que nos la ofrece el concepto de salud positiva, es decir, la salud creadora, ilusionante, proactiva, educadora... Si, además, la acción de salud que a cada uno compete se troca en trabajo comunitario, compartido, solidario, sentido, deseado y deseante, las posibilidades del todo sanitario se hacen más próximas y duraderas.

Cuando Dominique Sampiero explicaba por qué se puso este nombre a la película nos puede dar la clave de este acto que trasciende lo meramente protocolario y compromete en la acción transformadora: Todo lo que va a ocurrir es lo contrario a un cuento de hadas. Lo contrario de *Había una vez...* ¿Qué les parece si hoy ofreciéramos este titular: Hoy empieza todo... para la SEIS, para cada uno de sus miembros, para los premiados?... Reconozco que es una espada de doble filo. Porque o estamos asistiendo a un momento en que muchos pueden pensar que la sociedad pierde sus valores y creencias en el bienestar social ideologizado y dejamos entonces terreno abonado para el desencanto de los mercaderes, o la acción creadora de salud aprovecha esta ocasión y buscamos entre todos la mejor manera de comenzar todos los días el gran compromiso de servicio a los ciudadanos en lo más íntimo de su propia intimidad, que es el derecho inalienable a la protección de su salud, con el gran instrumento de apoyo que supone la revolución digital.

Hoy empieza todo. Actos como este te hacen ver que el cine no es de cine. Contenemos la respiración. Todos nos enfrentamos a este acto en un cuerpo a cuerpo. Un gran corazón late, se alarma, va más despacio, se dirige a ustedes con la convicción de su promesa, su respeto a la autoridad, su compromiso individual y colectivo con la sociedad en general y la andaluza, en particular. Todos los rostros miran en la misma dirección. Este impulso es el que nos acompañará siempre y nos permitirá conducir esta microhistoria saludable. ¿Saben por qué? Porque aunque hoy comience todo, en verdad, todo se parece al amor...

Sevilla, 11/XI/2007

El tren de la vida

***D**edicado a todos los amantes de la revolución digital, dispuestos siempre a viajar hacia alguna parte...*

- Perdone. Es tarde y hoy tengo una cita con el tren.

- ¿Cómo dice? ¿Una cita con el tren?

- Sí.

Abro la puerta del coche. Me introduzco en él con una prisa inhabitual. Los semáforos en rojo ponen a prueba mi paciencia. El cronómetro me obsesiona. ¿Llegaré? Todo es matrícula cercana, peatón imprudente, cielo gris, color rojo, pesadilla fugaz. Yo solo pendiente de la cita. El mundo pendiente de su supervivencia. Ni el mejor enemigo me detendría. Ni el dinero más honrado. Otro frenazo. Casi nos rozamos. Hora punta. Caravana interminable. Sudor. Miro por el espejo retrovisor: coches, parejas fundidas, hombres solos, cigarrillos quemados nerviosamente. Música cercana poniendo una nota de serenidad al maremágnum de tráfico. Discusión. Otro semáforo. Estación.

¿Por qué no existirá una ventanilla para «LEJANÍAS»...? Siempre me ha sorprendido la palabra «cercanía».

- Buenas tardes. ¿Puede darme, por favor, un billete para «LEJANÍAS», perdón, para Madrid?

- ¿?

- ¿Cuánto le debo, aparte de su sorpresa?

Llego a la puerta de Salidas. Un empleado se interpone en el paso:

- ¡Oiga! ¿Lleva usted billete?

- Sí.

- ¿Y el equipaje?

- Va conmigo. Es ligero.

Si supiera que mi bagaje es de 30 años, no lo habría comprendido. Busco mi tren. Ayer leía en una revista: «El tren está al servicio de la comunidad y necesita su confianza, porque nuestro tren es, eso, nuestro». Sí, mi tren. Tengo la

impresión de que me agrego a una romería... Su nombre es mariano y contradictorio: «Virgen de la Soledad». Al menos, ya somos tres en este viaje: el tren, la soledad y yo.

Música ambiental. Refrigeración. Sillón reclinable. Compañía. Una mujer. ¿Quizá sola? Físicamente, sí. Qué extraño que dos voluntariamente solos, estemos obligatoriamente unidos por un billete. ¿Diálogo? ¿Por qué no? Primero procuraré serenarme. Pensar.

Casi sin darme cuenta me he alejado del ruido de la ciudad, del trabajo habitual, de los amigos, de mi casa y de mi parentela, en busca de algo nuevo, de experiencias hecha carne, de caminos por andar. ¿Por qué? Quizá por la propia insatisfacción que siempre viaja conmigo desde aquel encuentro brutal con la vida. Estoy cansado, hastiado de tanta mentira, tanto fraude, de tanto convencionalismo y de tanta contemporización. Confieso que hoy busqué refugio en el tren, por todo el valor simbólico que encierra... La lectura de un eslogan publicitario me cuestionó hace pocos días este momento climático: «EL TREN: una voluntad en marcha». Es verdad. La inteligencia necesita complementarse con otra facultad espiritual que me cualifica como hombre: la voluntad. Así justifico los hechos y mis actitudes. Para poder dar razones de mi yo, de mi hombre de secreto, necesito que mi voluntad esté en marcha, como motor móvil que dé sentido a mi vida. En este caso tengo que estar agradecido a los medios de comunicación social, porque indudablemente han «situado» mi crisis humana.

He sentido la impaciencia de los semáforos y de las matrículas cercanas. Juntos, nos hemos puesto a reflexionar. Ahora tengo que desempeñar el rol de viajero. Pero no, quiero romper los moldes clásicos del viajero español y demostrarme a mí mismo que llevo también un alimento invisible..., como el equipaje de la pregunta en la estación. Soy un hombre que he buscado lejanía de lo habitual, para encontrar paz. Tengo mis convicciones religiosas y políticas. Cuando decidí olvidarme de todo y dejarlo sobre el andén, la búsqueda de un tren de vida me situó frente al recuerdo religioso. Y aquel «afiche» político y publicitario me miró desafiándome a una lucha en mi sitio, en mi tierra, con los míos, como gritándome: ¡Alto a la huida existencial!

Sentir el desarraigo a esta velocidad, es arrancarte algo y alguien. Quizá es que ha sonado la alarma de la vida, de la limitación humana. Aquí no hay tirador, ni instrucciones suplementarias. Ni siquiera multa. Sólo, miedo existencia! Vacío. En definitiva, contradicción.

Camino fijo, nuevos semáforos, nuevas paradas. Pero al menos no soy consciente, ni me siento responsable. Me llevan...

- ¿Un cigarrillo?

- No, gracias. Acabo de tirar uno.
- ¿Quiere hojear este libro?
- ¿Cómo se titula?
- «Poesía», es una edición muy importante de la poesía de Rafael Alberti.
- Si no le molesta, prefiero hablar.
- Sí, sí, encantado.

Inconscientemente he sentido un estremecimiento físico y psíquico. Por primera vez en muchos años, alguien ha preferido hablar a distraerse de la vida. Al menos, así lo intuía. Recuerdo cuando era alumno, aquella clase de Filosofía sobre Pascal, cuando nos explicaban su doble camino: o compromiso, o diversión... existencial.

- Mire, le vengo observando desde media hora antes de sentarnos casualmente juntos. Nos hemos conocido a la luz de los semáforos. Éramos dos inquietos. Intuí su prisa. Quizá fue su simpatía humana, en su sentido más profundo. Le envidié al verle entrar en la estación, con ese aire tan desenfadado. Aquella pregunta acerca del billete para «Lejanías», me centró la imagen difusa que hasta ese momento tenía de Vd. ¿Paradoja? Éramos dos voluntariamente solos y obligatoriamente unidos por unas horas. Gracias al tren, aquí y ahora. El mañana no lo conocemos. Pero perdone, no he parado de hablar un momento y, en principio, he sido descortés con Vd., porque fue quien me invitó a la comunicación y al diálogo, en ese ofrecimiento tan superficial para muchos...

- Sí, es verdad. No importa que me hable ininterrumpidamente. Lo prefiero. Será la única forma de sentir el vértigo de la intercomunicación, porque la soledad me hace retroceder, me anquilosa. Hable, hable sin temor...

Cinco horas de viaje darían para escribir muchos libros y muchas impresiones. Fue una conversación plagada de silencios que hablaban por sí solos. La observación conjunta del paisaje, de los pueblos, de las montañas y de los hombres, fueron motivos de comunicación verbal profunda. Aprendí mucho de aquella soledad-mujer, sentada en la vida, como dice el pueblo alemán. Una soledad modelada como tren, me ofreció un camino corto y compañía para continuar la búsqueda incesante de la verdad. Aquello parecía una novela rosa, un cuento de mi abuela, contado con la prisa de acabar bien, pero yo lo vivencí con la tragedia de la vida y con la esperanza del cielo...

- Adiós...

- Adiós...

Cuando llegué a mi destino, decidí volver a lo mío. Esta fuga sirvió para darme cuenta de la inconsistencia humana. Regresaré con nuevo equipaje. Invisible, pero esperanzador. Me subiré al tren de la vida y procuraré evitar ser el farol rojo..., aunque esté en marcha. Tendré que encontrarme de nuevo con coches, personas, semáforos y niños inconscientes. Si es verdad que mi voluntad está en marcha, tengo que demostrarlo.

Nuevo coche. El 021. Asiento de pasillo. Ha cambiado el panorama paradójicamente. De la contemplación de la naturaleza, he pasado al roce con la realidad del hombre, en ese corredor de la vida donde el retorno se hace innecesario... Poesía. Abro el libro de Alberti y leo:

«Tren del día, detenido
frente al cardo de la vía.

- Cantinera, niña mía,
se me queda el corazón
en tu vaso de agua fría.

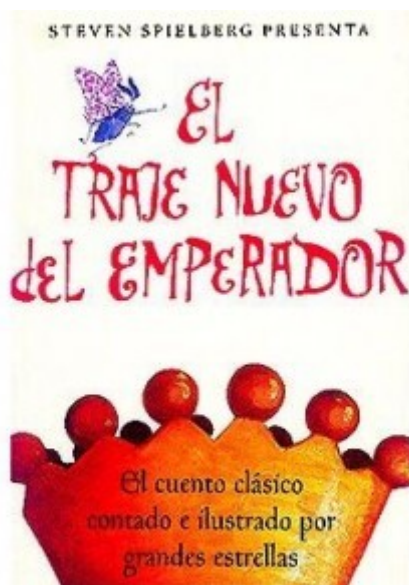
Tren de noche, detenido
frente al sable azul del río.

- Pescador, barquero mío
se me queda el corazón
en tu barco negro y frío».

Pienso. Duermo. Sueño. Y es verdad, porque mi corazón se ha quedado en el mundo abierto y humano, en un tren de mediodía...

Huelva, 1977

El espejo imperial (de un emperador o presidente actual con traje nuevo...)



Hace muchos años, trabajé con ilusión desbordante en un Proyecto digital muy revolucionario, implantado en todos los hospitales públicos de la Comunidad Autónoma de Andalucía. Se llamaba y se llama “Mundo de Estrellas”, mediante el cual las niñas y niños ingresados por enfermedades de diferente origen, podían encontrar en las tecnologías, mediante mundos virtuales, un aliciente para pasar horas de diversión y aprendizaje social en los hospitales: navegación, chat y “quedadas” virtuales en la discoteca virtual, llenaban tiempos imposibles de estos niños y niñas, en Andalucía.

Había conocido años antes una experiencia dirigida por Steven Spielberg, el proyecto Starbright (hoy [Starlight](#)), del que aprendí muchas cosas. Pero me llamó la atención la publicación de un cuento, *El traje nuevo del emperador* (1), editado por la Fundación del mismo nombre y con el prólogo de Spielberg, que servía para financiar una parte de los gastos de los diferentes Proyectos de la Fundación, que recomiendo en su versión al castellano y por sus magníficas ilustraciones, que suelo leer a menudo, sobre todo para refrescar siempre una recomendación del afamado director: ¡Cuidado con los tejedores espabilados!

La nueva versión del cuento de Andersen, no tiene desperdicio. Pero una interpretación de una de sus autoras, la actriz Geena Davis, sobre el espejo imperial en el que tantas veces se debe mirar un emperador de hoy que se precie de serlo, me ayuda a entender lo que humanamente no hay por donde cogerlo

cuando se habla tanto de los regalos a determinados altos mandatarios de este país, durante el ejercicio público de sus funciones. Lo transcribo tal cual, esperando que me perdone Geena y la Fundación si hago uso indebido del mismo, aunque cumplo una misión tradicional y consustancial con los contadores de cuentos: utilizar solo la palabra, el boca a boca ó el bit a bit, para transmitirlo.

El espejo imperial

Como lo cuenta Geena Davis

Soy PERFECTO

No bromeo, soy perfectísimo. Reflejo las cosas exactamente como son. Soy incapaz de cometer un error.

Es cierto que el emperador y yo hemos discutido a menudo por unos cuantos kilos o por la progresiva extensión de su calva, pero por lo general termina aceptando mi punto de vista. Por esta razón me había divertido tanto con la farsa de los tejedores. Estaba seguro de que una vez que el emperador se contemplara en mi luna el día de la gran prueba final vería la verdad: los ladrones quedarían en evidencia, y al final todos nos desternillaríamos de risa.

Pero no: el emperador se plantó delante de mí y nos miramos el uno al otro. Con los ojos buscaba el reflejo de su persona pero no podía dejar de mirar los de sus consejeros, que seguían el “ensayo general” desconcertados. Estoy convencido de que Su Majestad vio lo que yo, sin dejar lugar a dudas, reflejaba: un emperador prácticamente desnudo, enmarcado en un espejo; un par de nerviosos “tejedores”; el transparentemente siniestro primer ministro, y todo el cabeceo aprobatorio de la corte imperial de tontos.

Sin embargo, no dijo esta boca es mía. Nadie dijo una palabra. Yo casi me hago añicos por la frustración. Había creído que el emperador era un hombre sensato. ¡Por mi gloria! ¿Es que no se daba cuenta?

Y colorín, colorado, este cuento, por desgracia, todavía no se ha acabado...

Sevilla, 18/VIII/2009

(1) The Starbright Foundation (1998). *El traje nuevo del emperador*. Barcelona: Ediciones B.

Feria del libro en Sevilla

Si tuviéramos que localizar un identificador esencial en Sevilla, un descriptor para localizar su idiosincrasia, seguro que recurriríamos a la palabra “Feria”. Pero si tuviéramos que describir la realidad de la lectura en la ciudad, estaríamos más lejos de los tópicos acuñados a tal efecto. Una feria de libros es una oportunidad de curiosear el estado del arte en la edición actual española, ojear hasta la saciedad e intentar gastar menos en la compra de los libros deseados y deseantes. Ayer estuve en la Feria del Libro, en su nueva edición, con un lema programático “Sevilla, capital de la poesía”, en un marco muy propicio para provocar emociones y sentimientos lectores: el Alcázar, la Giralda, la Catedral, el Archivo de Indias, como testigos activos de la historia de Sevilla que todavía está por escribir.

La verdad es que la concurrencia era escasa, quizá por la hora, las seis y media de la tarde, el calor recurrente en Sevilla y digámoslo claro, porque en Sevilla se crea mucho y se lee poco. Casetas sin apenas visitantes aunque algunas estaban rotuladas especialmente, sin barreras, invitándote a entrar. Y las novedades, sempiternas llamadas de atención de editores interesados en que se lea lo que se demanda según no se sabe qué encuesta de última hora. Quizá influía el calor sofocante que ayer tuvimos la suerte de disfrutar para que no faltara de nada.

En la Plaza del Triunfo estaba desarrollándose la presentación de la colección “E la nave va”. Ya había puesto los motores en marcha la tarde anterior José Saramago, autor de un sugerente “cuento de la isla desconocida”. Había público interesado y aquellos que aprovechaban los bancos de fondo para descansar del calor sofocante. Como en cualquier tarde de los veranos adelantados en Sevilla. Y el trajín de los coches de caballos con su olor identificador, los coches de última generación adornados para las bodas del lugar y un sacristán de la catedral, vestido “ad hoc” localizando en la caseta en la que estábamos buscando libros de interés personal, al dueño del vehículo que no permitía entrar al coche nupcial en la Plaza Virgen de los Reyes camino de la Puerta de los Palos para celebrar el desposorio que indican los manuales de turno. Sevilla estaba allí, cerca de los libros, en la literatura, pero sin acercarse a ellos, como se ha demostrado en ocasiones históricas a lo largo de los siglos.

También se podía leer el periódico “Mercurio” en una edición especial para la Feria. Lo podías retirar de unos expositores de ADN (¡qué denominación tan sugerente para los preocupados por la inteligencia digital!), añorando la edición mensual en formato revista que tanto aprecio, por la posibilidad que ofrece de

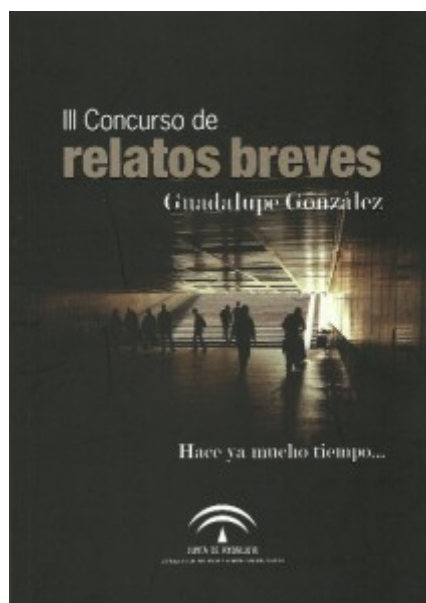
conocer el panorama de libros con referencia explícita a Andalucía. Me lo quedé, sin necesidad de pagarlo, en un esfuerzo editor para que no sea tipificado como mercancía. Gracias.

De vuelta de la Feria me encuentro esta buena noticia: el porcentaje de personas que leen libros en España, todos o casi todos los días, ha aumentado durante el primer trimestre del año, hasta situarse en un 25,4% de la población mayor de 14 años. Me encantaría que así fuera en Andalucía, que ocupa el puesto 12 entre las Comunidades Autónomas, con un porcentaje del 54% de población lectora de libros, mayor de 14 años, con una cifra inferior a la media nacional (57% de lectores frente al 43% de población que asegura no leer libros nunca o casi nunca), según el citado barómetro de 2005. Es digno de agradecer, por tanto, el esfuerzo de la Asociación Feria del Libro de Sevilla, porque hace falta valor ideológico y cultural, en su sentido primigenio, para montar una Feria con la que está cayendo.

Por la calle Santo Tomás, eran las ocho y media de la tarde, todavía resonaban los silencios de Sevilla. Y algunos poetas celebraban la capitalidad otorgada en esta feria –patio– tan particular, donde uno se acerca y se aleja de las casetas, sin comprar, como en las demás. En casa, me ilusionó conocer las recomendaciones del Consejo Audiovisual de Andalucía sobre la movilización de los medios audiovisuales a favor de la lectura y de la cultura del libro. Un reto inteligente.

Sevilla, 14/V/2006

La tegala de Saramago (II): *Emocionentes*



“Hace dos meses que José Saramago murió. En su biblioteca privada, en Tías, Lanzarote, este medio día se ha brindado por su vida y se ha agradecido su ejemplo cívico y su aportación a la belleza del mundo. Gracias, Saramago, una vez más, desde esta tu “Balsa de piedra”.

Palabras tomadas del [Portal de la Fundación José Saramago](#), hoy, minutos antes de que se celebre un acto, a las 20.00 horas, “para recordarle y compartir un momento entrañable en el segundo aniversario del día en el que, como tantas veces, voló más lejos que nosotros”.

Con el relato que presento hoy, quiero contribuir a seguir buscando islas desconocidas que nos permitan encontrarnos con nosotros mismos cada día, cada minuto, como homenaje de una persona *emocionente* a Saramago, en su tegala tan particular.

La Viceconsejería de la Consejería de Economía y Hacienda, hoy de Hacienda y Administración Pública, de la Junta de Andalucía, dictó una [Resolución el 30 de marzo de 2009](#), por la que el concurso de relatos breves de la Consejería pasaba a denominarse «Concurso de relatos breves Guadalupe González Fernández». Sin agregar nada personal, para no contaminar aquél texto, se decía que “En los últimos años, se vienen convocando diversos concursos en la Consejería de Economía y Hacienda dirigidos a todo el personal de la misma, con la finalidad

de fomentar la participación de los empleados y empleadas públicos en otras actividades extralaborales. Entre otros, se encuentra el concurso de relatos breves, que se creó en 2007. Por otra parte, es deseo de esta Consejería rendir homenaje a la recientemente fallecida Guadalupe González Fernández, Jefa del Servicio de Legislación durante un gran número de años. Consideramos que su labor ha creado escuela, y ha sido ejemplo para todas las personas que con ella hemos trabajado. En reconocimiento a su buen hacer, a su trabajo diario en la elaboración y tramitación de las normas, y a su dedicación y esfuerzo a lo largo de todos estos años, esta Consejería de Economía y Hacienda considera que merece un homenaje especial”.

Pertenezco a esa Consejería y quise sumarme una vez más al reconocimiento personal e intransferible que debía a Guadalupe, con quién tuve la suerte de trabajar codo con codo en determinados proyectos de disposiciones, persona entrañable con la que aprendí el rigor que se necesita en estos menesteres de ordenación administrativa con gran impacto final en la ciudadanía.

Preparé un relato para el III Concurso (todos tenían que comenzar con la frase “Hace ya mucho tiempo...”), que se falló en marzo de 2010 (1), con la ilusión de participar en este homenaje anual a Guadalupe, y ganarlo, habiéndome preparado en los sueños de algunas noches cómo iba a dedicárselo a ella, porque pertenezco al Club de los emocionentes. Al final, no fue así porque ya sé que no soy Citius (el más rápido), Altius (el más alto), Fortius (el más fuerte) en la Olimpiada de la vida. Cuando se acabó la competición, pensé que lo podía entregar a la Noosfera, como el testigo de una hipotética carrera de relevos existencial, como regalo que hiciera más universal a Guadalupe, que siempre iba la primera en la carrera de la vida, a quien le expliqué en muchas ocasiones qué significaba la revolución digital. Dicho y hecho...

Emocionentes

Hace ya mucho tiempo, se descubrió en un país de nunca jamás, una palabra sorprendente, porque el rey del cerebro (así lo llamaban los habitantes del lugar) no sabía cómo explicarla: *emocionentes*. Solo se conocía una muy parecida: *inteligentes*, pero era cierto que tendría que salir a cabalgar en un curioso equino cerebral, el hipocampo (caballo encorvado, caballito del mar), que juega un papel tan importante en la carrera de la vida humana, para susurrar a este pequeño corcel, en sus oídos, que hay que identificar bien el largo camino de la memoria. Cabalgando despacio, porque el rey entendió que era posible conocerle bien y saber qué papel tan trascendental juega en la vida de cada una, de cada uno.

Él, bravucón donde los haya, recordaba los ojos de *María Celeste*, el mascarón de proa preferido de Neruda, que lloraba cada vez que el calor del

fuego que ardía en la chimenea de su casa, en la Isla Negra, condensaba el vapor en sus ojos de cristal. Sabía que algo le ocurría al mirar esos ojos saltones y que sucedía algo esencial para la vida de los *emocionantes*, porque normalmente siempre se escucha al corazón mucho más fuerte que al viento, ya que si esta búsqueda al galope, no tiene corazón, es solo eso, búsqueda.

El rey, tan sabio, sabía que las palabras nuevas (ésta, *emocionantes*, la había localizado en una larga misiva de carácter regio) no ruborizan, recordando una cita de Cicerón a la que profesaba gran estima: una carta no se ruboriza (*Epistola enim non erubescit*). El rey del cerebro, en sí mismo, no se ruboriza. ¡Faltaría más! Solo sabía que podía pedir auxilio a los sentimientos cuando la maquinaria perfecta cerebral atisba el sufrimiento humano.

Y descubrió algo maravilloso en su consulta: él era propietario de un caballo encorvado, conocido como hipocampo, que ya se encontraba hace millones de años en los mamíferos primitivos, es decir, ¡estaba en su cerebro! Y lo sustancial: formaba parte del sistema límbico, como estructura fundamental de diferentes tipos de memorias y almacén de las emociones por su proximidad con la amígdala. Vamos por partes, decía ruborizado a pesar de él mismo.

El rey no daba crédito. “¡Soy propietario de un caballo maravilloso y nadie me lo había anunciado!”. Pero he aquí que lleno de curiosidad quiso conocerlo de forma más cercana. Y comenzó a leer y leer, a preguntar en todas partes de aquél mundo de nunca jamás, y supo que si quería conocer y domesticar su caballo encorvado tenía que “abrir su cerebro” para localizarlo. El consejo de sabios fue contundente: no se ve desde fuera. Y comenzaron a explicarle que hace muchos años, unos científicos especializados abrieron uno por curiosidad y se encontraron estructuras donde cabalgaba tranquilamente un caballo como el suyo.

Siguió preguntando, más y más, hasta que una sabia mujer le susurró algo al oído:

- cabalgas porque te emocionas.

De pronto, supo que la información que entra por los sentidos llega al hipocampo dejando siempre una “huella” de lo que se ha “visto” o “sentido”. Así lo confirmaba aquél grupo de expertos. Y que también puede llegar a la amígdala, para evaluar emocionalmente la “escena” o “reacción sensorial” a grabar. Y que comienza la carrera interna del hipocampo como caballo disciplinado o desbocado, en función de los márgenes que dejen los neurotransmisores y las hormonas correspondientes. ¡Qué palabras tan desconocidas!

Aquél rey supo en ese momento que este caballo encorvado es mayor y más activo en las mujeres, es decir, ellas pueden estar en todos los “detalles” de lo que ocurre en determinadas ocasiones; sufre cambios hormonales constantes en una dialéctica entre el estrógeno y la progesterona, activas “amazonas” en la carrera de la vida personal y en pareja.

Se lo diría a la reina: en el primer día del periodo, el hipocampo es activado por el estrógeno reforzando e incrementando en un 25% sus conexiones: se recuerda y aprende más y mejor, es decir, la actividad recordatoria puede ser frenética en la segunda semana del ciclo menstrual. Y él sabía que conocer estas realidades fisiológicas ayuda a los hombres a respetar más a la mujer, entre otras cosas porque sus posibilidades de aprendizaje son una continua lección programada, mes a mes, que hace muy valiosa la experiencia menstrual desde esta óptica contrastada por la ciencia. También le contaron que se había investigado el envejecimiento en esta maravillosa estructura cerebral y que si se mantiene la terapia hormonal en mujeres menopáusicas, su memoria tenderá a envejecer más lentamente, porque las dosis de estrógenos activan la memoria verbal y de largo plazo.

El rey agradeció a los sabios y sabias del lugar, la aproximación que le habían ofrecido sobre el cerebro desnudo. Como era un rey moderno, supo que existía un acto que “susurraba a los caballos” como metáfora de la aprehensión de la vida.

Y comenzó a correr y correr anunciando su “descubrimiento”: él como persona, más que como rey, no solo era inteligente, sino también *emocionante*, porque sabía a ciencia cierta, que en el cerebro, junto al caballo que acababa de descubrir, se encuentra una estructura cerebral, del tamaño de una almendra, que se llama “amígdala”, situada exactamente en el lóbulo temporal y que forma parte, junto a otras estructuras cerebrales, como el hipotálamo, el septum y el hipocampo, fundamentalmente, de los circuitos responsables de la emoción, de la motivación y del control del sistema autónomo o vegetativo. Y que galopaba directamente al sistema límbico, responsable directo de la codificación del mundo personal e intransferible de los sentimientos y de las emociones. Con el control férreo de la corteza cerebral.

Lo que había descubierto sobre la amígdala era fascinante. Supo que es una estructura muy pequeña y evolutivamente muy antigua. Además y dependiendo de su tamaño se puede identificar el carácter de una persona, llegándose a saber que una atrofia de la amígdala llevará a la persona que la sufra a una seria dificultad en el reconocimiento de los peligros, siendo realmente asombrosa la asociación que se puede llegar a dar entre su hipertrofia y la

violencia y agresión. También, que se puede llegar a conocer el coeficiente de las emociones en cada lado de la amígdala.

Había leído, además, que el cerebro es capaz de decodificar el significado y el sentido emocional de palabras que se presentan a las personas de su reino, de manera subliminal. De ahí la importancia de los anuncios publicitarios y su falta de inocencia, en aquél mundo del nunca jamás. Obvio. Y qué campo tan interesante se abría en su reino para la educación infantil y en casa, en el trabajo y en la Universidad Regia. Los elementos de contexto en los que vivían las personas de aquél lugar, hacían evidente las emociones de cada día, de su existencia diaria, ¡cuántas palabras e imágenes, cuantos estados afectivos momentáneos (emociones) y duraderos (sentimientos) se pueden estar desarrollando y elaborando en el interior de las personas sin que se tome plena conciencia de ello! Es lógico que a veces las personas más próximas al rey le dijeran: “no sé lo que me está pasando”. Responsable: la amígdala personal e intransferible y su integración en circuitos más complejos.

Conoció que el estrógeno, la progesterona y la testosterona son actores y actrices invitados en el funcionamiento de la amígdala en el cerebro sexuado. Todo lo que ocurra a nivel hormonal afecta a la amígdala. La razón es obvia: si el estrógeno está equilibrado en su funcionamiento ordinario, complejísimo, la amígdala hará vivir y sentir las emociones conscientes e inconscientes de forma regular, modulando actuaciones preprogramadas. Después, los sentimientos y emociones que se construyen en la amígdala, en compañía del hipocampo y del hipotálamo, se bifurcan en razón del protagonismo que concurra en relación con las hormonas masculina o femenina: la progesterona y la testosterona. Y en cada ciclo de vida personal, el protagonismo es diferente. Por ello, supo el rey, que la inteligencia individual, comienza a escribir en el libro de vida de cada persona en particular, cómo se aborda la resolución de problemas diarios para vivir de forma adecuada. Sin florituras agregadas. Solo se regula la mejor forma de vivir, sabiendo que la amígdala es sensible de forma particular con todo lo que a mí me pasa y me acaba afectando de forma momentánea (emociones) o duradera (sentimientos).

El rey, con su caballo desbocado, tuvo la impresión que la próxima vez que se comiera una almendra, iba a tener una sensación (¿emoción, sentimiento?) diferente de lo que hacía a diario. Probablemente, porque la amígdala cerebral de cada una, de cada uno, ha mandado unas señales neurológicas diciendo a la corteza cerebral que recuerde algo que ya protegió el caballo encorvado, porque ya sabe por qué está sintiendo algo especial.

El rey ya lo había dicho: *somos emocionentes*.

Y consideró su misión cumplida, aunque para él, este maravilloso cuento humano, no había hecho nada más que empezar...

Sevilla, 18/VIII/2010

(1) Cobeña Fernández, J.A. (2010). Emocionantes, en *III Concurso de relatos breves "Guadalupe González"*. Sevilla: Junta de Andalucía. Consejería de Hacienda y Administración Pública, págs. 85-89.

Melismas de Juan Peña y Gabriel García Márquez



A cudiendo a las memorias de mi hipocampo, recuerdo que conocí a Juan Peña, *El Lebrijano*, en junio de 1965. A toda la familia Peña, unidos como una piña, viajando desde Lebrija para ofrecernos en Umbrete (Sevilla) un recital familiar. Todo se debía a la colaboración que prestaba Pedro Peña, un compañero mío en aquél Colegio Menor, primo hermano de Juan, donde nos preparábamos a los diecisiete años para cantar a Dios, sus pompas y sus obras. Aquella noche, que luego serían dos, dos años seguidos, Juan, sus padres, sus tíos, sus sobrinos, primos y toda su parentela, nos obsequiaban con su modo de ser y estar, *gitano*, con una lección que aprendí en relación con el destino. Primero, el día concertado, nos hablaban a todos en el salón de actos. Después cenábamos juntos y en el “Merendero”, en el patio exterior, comenzaba la fiesta dirigida por la familia Peña. Me encantaba la dulzura de María “La Perrata”, la madre de Juan, sus palmas, su “jaleo”, su encantamiento colectivo, hasta el punto de que salí a bailar delante de ellos, para dar unos pasos, torpes pasos, simulando un taconeo que les llenaba de gozo. Lo que no lográbamos arrancar del tímido Pedro. A mí, lo que me asombraba era el encanto sugestivo que expresaban en todas sus manifestaciones. Y algunos churumbeles cruzaban el escenario sin contemplaciones, como desafiando la vida. Y los despedíamos en la puerta del Colegio cantando todos juntos un estribillo que nunca he olvidado:

«Ya se van los gitanos / por los caminos, por los caminos. / Van en caravana/ que es su sino, ese es su sino.»

Y volví a coincidir con toda la familia Peña, quizá fuera en 1973, con motivo de la operación del padre de Juan, sencilla en origen pero de la que no pudo recuperarse ni en la sala de despertar. Y tuve que decírselo, con la autorización del cirujano, con el dolor que me suponía comunicarles de forma contradictoria lo que presagiaba, unos minutos antes, que todo iba a ir muy bien.

Y compartí el dolor con ellos. En su silencio, en sus expresiones de ausencia incomprensible. Lo que es muy difícil explicar.

Posteriormente, Pedro Peña, hermano de Juan, colaboró conmigo en Huelva, en una actividad de sensibilización social gitana, en la época en que practicaba la docencia vinculada al trabajo social. Siempre amable, siempre cercano, maestro de maestros en docencia y guitarra. La familia Peña era siempre un referente. A Juan lo he seguido por sus discos, por las referencias de sus múltiples actuaciones. En una grabación muy querida por mí, donde procuraba aprender a conocer todos los “palos” de la A a la Z, me sobrecogió siempre una alboreá flamenca cantada a dúo por María “La Perrata” y Juan Peña, madre e hijo, hijo y madre, un romance morisco, de Gerineldo, que estremece a cualquiera, donde la melodía melismática (a cada sílaba le corresponde más de una nota) acerca la alboreá, la alborada, el cante por excelencia en las mañanas de las bodas gitanas, a los cantes por soleá:

*«Dónde está la novia
novia tan bonita
estaba cortando rosas
por la mañanita»*

Y Juan, que *cuando canta se moja el agua*, en metáfora acertada de Gabriel García Márquez, comienza a poner *pensamiento y sentimiento albertianos*, en su nueva obra, a las letras de Gabo, a párrafos cruzados de *La increíble y triste historia de la Cándida Eréndira y de su abuela desalmada*, de *Ojos de perro azul*, algunos cuentos peregrinos, y de *El coronel no tiene quien le escriba*.

Cuando el sábado 21 de junio de 2008, lo escuchaba a cinco metros de su voz, en la plaza de San Francisco, en Sevilla, con ecos de aquella maravillosa familia Peña que conocí en Umbrete, en una actuación pública, que él sabe apreciar, sin taquillas discriminadoras, comprendí mejor que nunca unas palabras suyas que “aparecen” al retirar el disco de su estuche, cuidado hasta el último detalle:

*«Cuando estamos creando y por las flores que nos envían,
nos damos cuenta que Dios existe»*

Es que en *El Lebrijano*, pensamiento y sentimiento se convierten en agua que se moja, hasta desaparecer en su voz, *al escucharse el corazón de todas y de todos mucho más fuerte que el viento*, por las *melismas de refresco* [sic] que él solo canta, que él solo conoce...

Sevilla, 30 de junio de 2008

Olor suave

Cuento escrito al amor del nuevo milenio...

Aquel libro sugería las ausencias sentidas por Christian, aunque ser ciego al color era, en su caso, algo más que una metáfora. La acromatopsia venía a poner sobre la mesa los interrogantes del mundo occidental acerca de los grandes beneficios de la cultura, de la inteligencia social y de los sentimientos que, en palabras de Alberti, siempre se tienen que escuchar mucho más fuerte que el viento.

Eran las veintitrés horas exactas del día 31 de diciembre de 2000. Hace solo un año vivió una experiencia inolvidable, en el espíritu de Kiribati. Todo el mundo estuvo pendiente de esta isla, de su reconocimiento por el diccionario, las enciclopedias, los atlas y las consultas en Internet. Lo que pudiera pasar allí sería una primera lectura intercontinental de lo que podría pasar en el aquí europeo. Era el temido efecto 2000. Y la lectura compulsiva de todo lo que se refería a la cultura de las antiguas Islas Gilbert, ponía sobre la mesa de Christian unos mundos de color que le llevarían hasta la Micronesia, donde las islas de Pongelap y Pohnpei harían su presentación en la sociedad occidental para mostrarnos una cara metafórica de la vida: ser ciegos al color no impide encontrar la felicidad. Así transcurrieron los meses anteriores a las veintitrés horas del día 31 de diciembre de 2000, inmerso en unas contradicciones de cultura y en el marco de grandes interrogantes.

Christian vivía en una gran ciudad del sur de España, donde el color y los olores conviven a diario en un esfuerzo por demostrar al mundo que necesitamos las sensaciones para ser. Aquella lectura de 1999, unos días antes de la memorable fecha del 31 de diciembre, había dejado huella en su quehacer diario. El mundo occidental recibiría un aviso importante para interpretar su futuro, dependiendo de unas pequeñas islas, en Kiribati, donde el color y las sensaciones eran el exponente básico de su supervivencia. Y Christian tenía que reinterpretar en claves digitales lo que no eran más allá que sensaciones en torno al color y al olor, como elementos descriptores de aquella cultura.

Y todo volvía a rememorar aquellas sensaciones, ahora en compañía de Clara, trece años menor que él y con unas cualidades que acortaban espacios y tiempos. No había que perder esta oportunidad. Puso el reloj de arena al revés y así hasta dieciséis veces, el tiempo exacto para hacer pasar la hora que marcaría la entrada en el nuevo año, siglo y milenio, dependiendo de la perspectiva de cada uno. Junto al reloj, un perfume, una fragancia de diccionario, olor suave y delicioso, algo más para los dos que una marca, porque la primera vez que lo

intercambiaron supuso una mezcla de encuentro, gozo y pasión, al tocar la piel de ella y hacer reales las sensaciones para los dos. Caja con tonos azules como los ojos de Clara, siempre vigilantes de cada acto de la conciencia, de lo que no se ve pero se siente: sin reparos, con el encanto de un francés aprendido y sentido para la ocasión, donde las yemas de los dedos dibujaban expresiones libres por la rugosidad de sus líneas envolventes.

Así comenzó el rito. Ya había dado la décima vuelta al reloj de arena y todo hacía presagiar que la fragancia podía llenar de recuerdos el contenido del mejor regalo que se podían cruzar.

- Te recuerdo siempre a través del azul del cielo. Es el mejor referente, quizá porque no lo abarco, aunque el juego de mis dedos en la caja de este perfume me sugiere siempre que tú eres así: inabarcable y libre en tus formas, como siempre te sentí y te amé. Y, ¿sabes una cosa? Sentí unas sensaciones extrañas cuando terminé la lectura del libro que me ha acompañado en las horas previas al sueño durante las últimas semanas, donde los protagonistas eran personas ciegas al color, porque siempre ven todo en blanco y negro o, a lo sumo, en gris. Pensé que la pérdida que sufriría al padecer esta enfermedad, la acromatopsia, me privaría de tus ojos y de los sentimientos que se despiertan en su eterno retorno de sensaciones y emociones.

- Si importante es esta pérdida, porque sé lo que significan los colores para ti, mucho más importante es el mundo de los olores, un universo mucho más intenso y que permite penetrar la piel, los afectos y cultivar la estela de lo que somos. Siempre permanece el recuerdo de cómo olemos y el perfume ha estado unido a las culturas más inteligentes del planeta. ¡Fíjate cómo se valoran los olores en el sur, espacio al que tú y yo pertenecemos! Y ambos sabemos que aquél perfume de nuestros primeros encuentros, al que has hecho referencia en tu búsqueda del tiempo encontrado a través de la velocidad de la arena, significó mucho sin que tuviéramos que utilizar las palabras. Bastaba unas gotas de este perfume, para comenzar una aventura hacia lo desconocido pero siempre llena de valor humano y de recuerdos, como los de aquellos primeros pobladores ribereños que cuidaban la cultura del intercambio de los regalos prometiéndose fidelidad: el jésed.

Y así se aproximaba el nuevo año, el siglo y el milenio, a través de una experiencia nacida en el regalo y en la realidad de una esencia conocida por los dos sin tener que justificarla por su oportunidad ni en festividades programadas. Cuatro veces más y ya estamos en el rito de las campanadas. No hay tiempo que perder.

- Clara, solo quince minutos nos separan de una experiencia que nunca se volverá a repetir en nuestra existencia. Nuestro azul envolvente debe permanecer en el tiempo que se aproxima y este regalo que ha perdurado en el tiempo debe hoy recobrar especial importancia, sobre todo cuando conocemos la calidad de nuestra existencia, de nuestra cultura al poder valorar los colores y saber de sus interpretaciones en el espectro cromático de los códigos románticos.

- Si el azul ha sido el código de nuestras miradas, el perfume debe ser el hilo conductor de nuestros encuentros. Así, color y olor pueden crear el mejor efecto 2001 sobre nuestras vidas, durante el tiempo que seamos capaces de seguir encontrando sentido a lo que hacemos y, sobre todo, somos. Entenderás así que esta entrada de año, siglo, milenio, te recordarán también Kiribati, Pongelap y Pohnpei en un entorno de reconocimiento inteligente a la vida que nos permitió nacer en el Sur, donde las culturas que crearon nuestros usos y costumbres se embriagaron de perfumes muy sofisticados en su elaboración, porque nacieron de los sentimientos de las personas que todavía se maravillaban de plantas y flores que mezcladas entre sí componían la mejor fragancia para enamorar...

Sevilla, 6/I/01

El regalo más pequeño del mundo

Sigo muy cerca de José Saramago. Solo con escribir en este blog, que es un homenaje permanente a su cuento “La Isla desconocida”, contribuyo a que su memoria histórica siga viva entre las personas que buscamos pequeñas cosas en la vida para alcanzar la felicidad en el aquí y ahora de cada uno, de cada una. Anida en mi corazón, siempre, y más en estas fechas, un pájaro perdido que me regaló hace muchos años Rabindranath Tagore, a través de Zenobia Camprubí, la compañera leal hasta la muerte, de Juan Ramón Jiménez:

A mis amados les dejo las cosas pequeñas; las cosas grandes son para todos...

En la presentación del cuento, *La flor más grande del mundo*, que puedes ver en interpretación animada, a continuación, con la mejor atención de la que dispongas en este momento, con una narración directa de Jose (sin acento), como le llamaban con respeto reverencial las personas próximas a él, que conocí este verano en su biblioteca de Tías (Lanzarote), nos brinda Saramago una maravillosa lección de humildad:

Las historias para niños deben escribirse con palabras muy sencillas, porque los niños, al ser pequeños, saben pocas palabras y no las quieren muy complicadas. Me gustaría saber escribir esas historias, pero nunca he sido capaz de aprender, y eso me da mucha pena. Porque, además de saber elegir las palabras, es necesario tener habilidad para contar de una manera muy clara y muy explicada, y una paciencia muy grande. A mí me falta por lo menos la paciencia, por lo que pido perdón. Si yo tuviera esas cualidades podría contar con todo detalle una historia preciosa que un día me inventé [...]



http://youtu.be/ac9XG_lGrSA

Cuando llegues el final -házlo, por favor-, comprenderás mejor su recomendación para vivir con un compromiso mayor en vida:

Este es el cuento que yo quería contar. Me da mucha pena no saber narrar historias para niños. Pero por lo menos ya conocéis como sería la historia, y

podréis explicarla de otra manera, con palabras más sencillas que las mías y tal vez, más adelante, acabéis sabiendo escribir historias para niños. Quien me dice que un día no leeré otra vez esta historia, escrita por ti que me lees, pero mucho más bonita.

Una aldea, un niño que descubre una flor seca, una búsqueda de agua por todas partes, una flor agradecida y una moraleja por haber permitido que la flor volviera a crecer y dar sombra. Todo, gracias a un niño salvador de la flor más triste que pudiéramos imaginar y, ahora, gracias a su esfuerzo, *la más grande del mundo*:

A este niño lo llevaron a casa, rodeado de todo el respeto, como obra de milagro. Cuando luego pasaba por las calles, las personas decían que había salido de casa para hacer una cosa que era mucho mayor que su tamaño y que todos los tamaños.

Y lo vuelvo a regalar a los que están cerca de este blog, con imágenes, sin las palabras reales escritas por Saramago en el cuento real, con la esperanza de que todos hagamos un esfuerzo por leerlo y reescribirlo, siguiendo la recomendación del autor, contando historias, al menos, igual de bonitas..., para regalarlas a las personas que queremos, sin tener que recurrir a la mercadotecnia navideña que nos invade ahora, hoy, mañana y pasado mañana, por tierra, mar y aire.

Sevilla, 26/XII/2010

Peter Pan, de nuevo



Sigo buscando “islas desconocidas”, que existen, en la clave de Saramago, en un viaje existencial verdaderamente apasionante y leo [un perfil de Leopoldo María Panero](#) (Madrid, 1948), en el que se vuelve a recordar la figura de Peter Pan volando junto a Campanilla: “El desvío en la ruta, la visita a la Isla-Que-No-Existe, está previsto en el itinerario. Cruzarán el cielo otros nombres hasta ser llamados, uno tras otro, por la voz de la señora Darling”. Hemos vuelto a hablar todos los días de Peter Pan, del síndrome que lleva su nombre y que no está reconocido oficialmente por las clasificaciones mundiales de enfermedades mentales, pero que busca hacerse un sitio en las mismas. La señora Darling dibujada por Panero en *Así se fundó Carnaby Street. 1970*, está llamando a muchas personas por su nombre, sobre todo a las instaladas en este [síndrome](#), que hace su agosto en épocas de vacas flacas, como la actual. Se habla de la generación “Peter Pan”, en la que están instaladas las personas treintañeras que se conforman con lo que hay en todos los planos posibles: personal, afectivo, laboral, de amistad y de la llamada *realización personal*, que no se sabe bien qué se quiere decir o simbolizar cuando se utiliza la expresión. Se habla, en general, del síndrome de Peter Pan, intentando explicar la conducta de aquellas personas que no quieren crecer, en cualquier edad, o que esperan hacerlo en un momento que nunca llega ó que esperan tener siempre una Wendy cerca de sus vidas.

¿Qué sucede realmente en la actualidad, en las personas calificadas como *Peterpanes* de hoy, en un síndrome capitalista, comunista y socialista por definición, da igual, que afecta a todas las clases sociales, aunque no de

causalidad idéntica? Realmente, está bastante claro su perfil. Son personas, en su mayoría varones, *kidults*, *adultescentes* o *Generación X*, como los retrataba Josep Garriga en un reportaje reciente (1), que han crecido con todo tipo de bienestar o malestar, en la infancia y en la adolescencia, con objetivos nada claros y que descubren un día que permanecer en su situación los hace menos vulnerables ante la vida, negándose a crecer en cualquier perfil humano, fijándose metas muy triviales, de corto alcance, como determinadas armas, aceptando o destrozando cuanto encuentran a su paso, porque no merece la pena crecer. Son adultos en potencia, aunque hayan alcanzado la treintena de años. Siempre buscan un hombre ó una mujer con rol de madre protectora que los ampare, es decir, cualquier hada Campanilla que les permita localizar un espacio que realmente no existe. Son personas que aportan muy poco a la sociedad, que se conforman con casi nada y que un buen día explotan y/ó destrozan a su alrededor todo lo que se mueve, pero desde su atalaya particular del vuelo, cogiendo la mano de Campanilla, porque no acaban de descubrir que también son protagonistas de la vida en su rol personal e intransferible y que nadie va a venir a sacarte las castañas del fuego. Es decir, que tienen que dejar de volar y asumir responsabilidades de todo tipo.

Las personas que asumen el rol de Peter Pan se caracterizan “por la inmadurez en ciertos aspectos psicológicos, sociales, y por el acompañamiento de problemas sexuales. La personalidad masculina en cuestión es inmadura y narcisista. El sujeto crece, pero la representación internalizada de su yo es el paradigma de su infancia que se mantiene a lo largo del tiempo. De forma más abarcadora, según Kiley, las características de un “Peter-Pan” incluyen algunos rasgos de irresponsabilidad, rebeldía, cólera, narcisismo, dependencia, negación del envejecimiento, manipulación, y la creencia de que está más allá de las leyes de la sociedad y de las normas por ella establecidas. En ocasiones los que padecen este síndrome acaban siendo personajes solitarios. Con escasa capacidad de empatía o de apertura al mundo de los “grandes”, al no abrirse sentimentalmente, son vividos como individuos fríos o no predispuestos a darse, lo que vuelve como un “boomerang” a través de la no recepción de entregas o muestras ajenas de cariño. Algunos profesionales avanzando tal vez audazmente en sus diagnósticos los han denominado esquizo-afectivos. También se dice que este padecimiento se da por el no haber vivido una infancia normal, que hayan trabajado desde muy pequeños u otras razones más” (2).

Esta *isla* es ya conocida. En el argot de mi educación del *discreto encanto de la burguesía*, no tendremos *perdón de Dios*, de cualquier dios, si no la exploramos detenidamente, para buscar espacios de recuperación vital para estas niñas-niños frustrados, que avanzan en soledad personal e intransferible hacia el abismo de la no cooperación social, para ayudarles a vivir, paradójicamente, en

un mundo que a veces parece diseñado por el enemigo. Sin necesidad de las Wendy de turno, que también existen en su [síndrome](#) tan particular, para que sus respectivas mamás naturales ó artificiales dejen de amarlos tan desesperadamente.

Sevilla, 8/XI/2009

(1) Garriga, Josep (2009, 25 de octubre). [La generación “peter pan” está hipotecada](#), *El País*, pág. 32.

(2) Extraído del artículo “[Síndrome de Peter Pan](#)”, en Wikipedia.

El orgullo de Apeles (parábola actual)



Sandro Botticelli, *La calumnia de Apeles* (1495)

Cuentan las buenas lenguas, ¡menos mal en los tiempos que corren!, que Apeles de Cos, era un pintor griego, muy protegido por Alejandro Magno, del que no conocemos obra alguna que podamos valorar, pero que era reconocido en el orbe mundial por su “gracia” especial para reflejar la realidad griega en sus obras. Y cuentan también que una vez pronunció una frase, quizá impertinente, pero que dejaba ver a través de sus pinceles su auténtica persona de secreto: *Ne supra crepidam sutor judicaret*: el zapatero no debe juzgar más arriba de las sandalias. ¡Valiente atrevimiento el del zapatero! Todo, porque contemplando un día una obra suya, ya había mostrado su insolencia al hacerle un comentario, a priori constructivo, sobre un fallo en el diseño de las sandalias del cuadro. Apeles, todo orgullo, corrigió el fallo. Y cuando pensó que el zapatero ya no hablaría más, ¡zás!, vuelta a empezar. Ya no solo estaba el fallo en las sandalias, dijo el humilde zapatero, sino también en la forma de las piernas pintadas en el cuadro. No sabemos si siguió opinando sobre otras zonas del cuerpo pintado por Apeles, ante su monumental enfado. Solo que le espetó la enigmática frase que después ha derivado en otra más popular: *Ne supra crepidam sutor judicaret*.

Ya sabemos. Cuando se emite un juicio sobre los demás, hay que ser cautos porque Apeles hay en todas partes, zapateros también, y es probable que debamos mirar antes a nuestros pies para que no se descubra la debilidad de nuestro cerebro. Ya comprendo mejor la frase popular: ¡zapatero, a tus zapatos!, porque de piernas, brazos y cabezas mal pintados, en el ámbito político, andamos sobrados todos.

Sevilla, 13/IX/2009

Frecuentando la locura



Alicia, la del País de las Maravillas, no quería andar entre locos. Pero el Gato, de forma socarrona, le advierte: *Me parece difícil que puedas evitarlo; aquí todo el mundo está loco*. Traigo a colación esta reflexión después de haber leído un libro precioso, *El nuevo elogio de la locura* (1), de Alberto Manguel, autor al que sigo desde hace muchos años. Mejor dicho, sigo su locura por el desarrollo del conocimiento a través de la lectura.

Estamos rodeados de locura. Nos envuelve. Si estamos atentos a los medios de comunicación social, creo que es fácil detectar que algo pasa en el mundo actual que no nos gusta, porque no es que pasen más cosas a diario, es que las conocemos al momento: *está pasando, lo estamos viendo*, como reza un eslogan de una cadena de televisión. E integramos las locuras como si no pasara nada: crisis, paro, gripe A, guerras, atentados, violencia de género, pateras, jóvenes subsaharianos vendiendo pañuelos fabricados por el primer mundo, regulaciones de empleo, fichajes de Ronaldos, morosidad, sálvame, sálvanos, etc.

Y quizá sea un gran remedio saber leer entre líneas todo lo que está ocurriendo. Pasan más cosas que antes: NO. Lo que ocurre es que ahora las conocemos inmediatamente y con profusión de detalles, hasta una desvergüenza fuera de toda ética privada y pública. Cuando yo era pequeño, por ejemplo, mucha gente tenía que esperar hasta la semana siguiente para leer en *El Caso* los detalles de la locura organizada. Eran días y horas de desconocimiento y de elucubración solo contenida por las emisoras de radio. Por cierto, entre serial y serial, que no sé lo que era peor, sí escuchar o leer. Por cierto, en medio de una censura atroz, para no alterar la charanga y la pandereta. Pero solo se conocía lo que otros querían que se supiera. No se podía conocer como ahora la locura de lo

que estaba pasando realmente en la sociedad más próxima, ni por supuesto en la lejana.

La locura actual está teñida de un principio de Sófocles, entre otros: la existencia más placentera consiste en no reflexionar. Dice Manguel que “la locura, degradada a mera torpeza, a una estupidez voluntaria que se hace evidente en casi todos nuestros actos cotidianos, ha adquirido prestigio universal y se ha convertido en motivo de jactancia. La locura sublime no inspira gran respeto, mucho menos se la alienta. Lo que importa es el poder, y las ganancias adquiridas a través del poder. En nuestra época, la meta reconocida es ser percibido como un necio poderoso”.

La locura no es una señora con un gorro de puntas de las que cuelgan cascabeles, en un nuevo acto machista por asignación de este rol péfido a la mujer. La locura puede ser entendida en su sentido más noble como la capacidad de alternar la crudeza de la vida diaria con el bienestar personal, mediante “lecturas especiales/ideales” de lo que está ocurriendo (2), aunque si la naturaleza humana no responde a las necesidades diarias, la gracia nunca puede presuponer lo que naturaleza no da (*gratia non datur, natura dispensatur*). El famoso cuento del violín, escrito por Federico el Grande, lo resume muy bien: la vida me pide, a veces, que toque el violín solo con tres cuerdas, luego con dos, luego con una [cada una, cada uno que ponga otro nombre a las cuerdas de *su locura...*], pero los resultados son obvios, la locura crece:

*Os pido, si os place, que este cuento
Os enseñe, queridos amigos,
Que por grande que sea el talento
El arte no se basta sin los medios*

Sevilla, 21/VIII/2009

(1) Manguel, Alberto (2006). *Nuevo elogio de la locura*. Barcelona: Lumen.

(2) Manguel define así a un lector ideal, junto a otras muchas definiciones: “Robinson Crusoe no era un lector ideal. Lee la Biblia para hallar respuestas. Un lector ideal [*de lecturas especiales*] lee para encontrar preguntas” (*los corchetes son míos*).

El Niño Jesús proletario

Dedicado especialmente a las personas que, como me pasa a mí cuando llega la Navidad, nos miramos a nosotros mismos y a nuestro alrededor, y nos preguntamos muchas cosas. Nada más.



Escenarios en Palestina, durante la preparación del rodaje de *El evangelio según Mateo* (Pier Paolo Pasolini, *Il vangelo secondo Mateo*, 1964)

Cuando finalizaba el verano, leí unas páginas excelentes de “pequeñas memorias”, escritas por José Saramago (1), que me sirvieron para pensar y soñar en una Navidad verdadera. Ahora, en estos días cercanos a la Navidad real de 2008, las he recordado de nuevo y las incorporo a este cuaderno para que tengan un lugar preferente durante estos días, dedicadas a cuantas personas me acompañan en esta singladura digital:

“En ese tiempo, los Reyes Magos todavía no existían (o soy yo quien no se acuerda de ellos), ni existía la costumbre de montar belenes con la vaca, el buey y el resto de la compañía. Por lo menos en nuestra casa. Se dejaba por la noche el zapato (“el zapatinho”) en la chimenea, al lado de los hornillos de petróleo, y a la mañana siguiente se iba a ver lo que el Niño Jesús habría dejado. Sí, en aquel tiempo era el Niño Jesús quien bajaba por la chimenea, no se quedaba acostado en la paja, con el ombligo al aire, a la espera de que los pastores le llevaran leche y queso, porque de esto, sí, iba a necesitar para vivir, no del-oro-incienso-y-mirra de los magos, que, como se sabe, solo le trajeron amargores para la boca. El Niño Jesús de aquella época era un niño Jesús que trabajaba, que se esforzaba por ser útil a la sociedad, en fin, un proletario como tantos otros”.

El Niño Jesús proletario, el Niño Jesús de Saramago, es una imagen muy próxima a la realidad de la memoria histórica del acontecimiento que ahora, paradójicamente, justifica fiestas por doquier. Hace veinticuatro años, escribí un artículo para un periódico, que titulé “Ciudadano Jesús”, recopilado posteriormente en mi libro “Teatro de barrio”, en el que analizaba las grandes

contradicciones de estas fechas y del que entresaco algunas reflexiones que siguen teniendo actualidad absoluta: “todo este montaje «dorado» se debe a que unos cronistas del siglo quinto antes de Cristo, comenzaron a tomar apuntes de un hecho sociológico interesante en sí mismo: el empadronamiento y, en un momento dado de la historia, el ordenado por el emperador romano César Augusto. José y María de Nazareth, ciudadanos responsables, buenos demócratas en su sentido primigenio, acuden a empadronarse a Belén, en hebreo «casa del pan», y allí, fuera del drama que siempre nos han pintado del rechazo a la familia «sagrada», al no encontrar sitio en la posada porque estaba hasta los topes, debido al empadronamiento masivo, se le cumplen los días a María, «estaba cumplida», y nace Jesús, niño-ciudadano, en el acto de empadronamiento de sus padres. María estaba loca de contenta por las cosas «maravillosas» que los pastores decían del «niño». Había también por allí una profetisa anciana de nombre Ana, que conocía muy bien a la gente del Templo, y hablaba a todo el mundo de las cosas del niño. Y Jesús comenzó su vida normal, creciendo en todos los sentidos. El cronista de la época ha sido muy escueto en sus manifestaciones, pero constituyen en sí mismas un dato muy importante para la humanidad: es necesaria la revolución en las épocas de estancamiento social, de aburguesamiento en todos los sentidos”.

Y finalizaba el artículo con unas palabras que sigo suscribiendo de forma íntegra y que después de tantos años podrían ser anunciadas a los cuatro vientos como avisos para navegantes digitales pre-ocupados [sic, con guión] con un Niño Jesús proletario que no está en los cielos...: “Esta Navidad podía ser algo diferente. No sería bueno entrar en maniqueísmos desfasados, pero sí sería conveniente no malinterpretar el contenido revolucionario del mensaje del ciudadano Jesús. Con normalidad, con alegría, con coherencia, pero sabiendo de antemano que trabajar en su ideología y actitud de creencia lleva indefectiblemente a encontrarse de lleno con la actitud oceánica de la sociedad actual, donde el oleaje de consumo, violencia y desprecio humano suele ser el acicate para todo aquel que prescinde de la realidad del compañero. Porque nuestro sistema democrático vigente debe mucho al ciudadano Jesús, sobre todo a su actitud ante la necesidad de cambiar una sociedad tranquilizada con el bienestar codificado por las multinacionales de la alegría navideña”.

Vuelvo a abrir el libro de las pequeñas memorias de Saramago por las páginas 107 y 108, buscando el final de esta microhistoria navideña del Nobel portugués. Y no me sorprende su reflexión de cierre y recuerdo de aquellos días: la ansiada presencia de los ángeles, una recreación de sus mayores, a los que nunca divisó en su cocina real, aunque los adultos que le rodeaban en aquella Nochebuena se empeñaban en demostrar que “lo sobrenatural, además de existir de verdad, lo teníamos dentro de casa”. Y Saramago niño, incluso ya mayor, aún dejándose llevar por el niño que siempre fue, nunca los vio, “ni uno como muestra”, porque el Niño Jesús que llevaba dentro estaba en otras cosas más mundanas, yendo del corazón a sus asuntos proletarios.... Los que un día, no muy lejano, atendería como compromisos sociales el Niño-Ciudadano Jesús.

Sevilla, 21/XII/2008

(1) Saramago, J. (2008). *Las pequeñas memorias*. Madrid: Punto de Lectura, p. 107.

El cerebro de Pinocho



Roberto Benigni, en un plano durante el rodaje de Pinocchio (imagen recuperada el 16 de noviembre de 2008, de:

<http://www.sentieriselvaggi.it/articolo.asp?sezo=10&sez1=85&art=3142>)

Muchas veces hemos escuchado los problemas que tuvo Pinocho con las mentiras, aunque la verdadera historia de este niño de madera no es la que conocí por ejemplo, en mi niñez, a través de Disney. Cuando crecemos tomamos conciencia de la verdadera dimensión de la mentira, una más de las tareas en las que se tiene que desenvolver la ética del cerebro y Pinocho pasa a segundo plano, quedando como distraído en un juego desconocido con el hipocampo, la sede de la memoria.

La dialéctica verdad/mentira ha dado siempre mucho juego en el terreno de la ética humana. Y las personas han estado siempre a mal traer con esta sofocante realidad porque la mentira es un componente de la conducta que toda persona aborda a lo largo de su vida y que todavía sigue siendo una gran desconocida. La mentira está ahí y aparece de forma muy violenta en nuestros hogares a través de los medios de comunicación y como espectáculo en torno a ella o a su contrario: la verdad: “Hasta ahora ha sido una posibilidad más o menos

remota, y más o menos incómoda. Pero un tribunal en India lo ha convertido en realidad: una mujer fue condenada en junio por asesinato tras haber aceptado el juez como prueba el resultado de un detector de mentiras cerebral. La acusada — que se declara inocente y se sometió voluntariamente a la prueba— no tuvo que abrir la boca; su cerebro, supuestamente, lo dijo todo, y acabó inculpándola. La marea de reacciones no se ha hecho esperar, entre otras cosas porque la noticia cae en campo abonado“(1).

Con esta noticia se abre una vía de investigación muy severa para conciliar técnica con ética y, más en concreto, con neuroética. Lo que aporta hoy la ciencia es de una rotundidad clamorosa: estas técnicas, como la utilizada por el tribunal indio, no están reconocidas en la actualidad como eficaces y basadas en hipótesis científicas fiables, porque existe un principio en las neurociencias que desborda cualquier intento de hacer “foto fija” del cerebro, como ocurre con esta técnica y otras similares: polígrafos, detectores de temperatura del rostro, movimiento de ojos, etc.: la plasticidad, es decir, la movilidad continua de las neuronas en sí mismas y en sus interrelaciones (sinapsis) en el interior del cerebro. He recordado a tal efecto, una observación leída recientemente en un libro magnífico de José María Delgado García, *Lenguajes del cerebro*: “Nuestro cerebro cambia (es *plástico*, como se suele decir en el argot neurocientífico) al unísono con nuestro entorno físico aprendamos o no, recordemos u olvidemos” (2). Más o menos lo que ya recogía en este cuaderno de viajes digitales, de derrota, en un post específico, [Las mudanzas del cerebro](#), en marzo de 2008: Las mudanzas han sido una constante en mi vida, porque he aceptado siempre con buen talante que en la vida se producen variaciones del estado que tienen las cosas, “*pasando a otro diferente en lo físico u lo moral*” (Diccionario de Autoridades, RAE, 1734). Las he vuelto a revivir al leer una frase de un cómico americano Steven Wright, al afirmar que escribía un diario desde su nacimiento y como prueba de ello nos recordaba sus dos primeros días de vida: “Día uno: todavía cansado por la mudanza. Día dos: todo el mundo me habla como si fuera idiota”. Es una frase que simboliza muy bien las múltiples veces que hacemos mudanza en el cerebro porque cambiamos o nos cambian la vida (*el estado que tienen las cosas*) muchas veces a lo largo de la vida. Y el cerebro lo aguanta todo y..., lo guarda también. Es una dialéctica permanente entre plasticidad cerebral y funcionamiento perfecto del hipocampo (como estructura que siempre está “de guardia” en el armario de la vida).

Pero la gran pregunta desea abrirse pasos en este post: ¿Por qué mentimos y, además, a través de las estructuras del cerebro? En primer lugar hay que ponerse de acuerdo sobre qué significa “mentira”: Expresión o manifestación contraria a lo que se sabe, se cree o se piensa (RAE-DLE, 22ª ed.), o qué se entiende por “mentir”, en sus cinco acepciones oficiales: 1: decir o manifestar lo

contrario de lo que se sabe, cree o piensa, 2. inducir a error (*mentir* a alguien los indicios, las esperanzas), 3. fingir, aparentar (el vendaval mentía el graznido del cuervo), los que se *mienten* vengadores de los lugares sagrados, 4. falsificar algo y 5. faltar a lo prometido, quebrantar un pacto.

En este país estas son las acepciones principales, modificadas conductualmente en función de creencias personales y colectivas, con cargas éticas de arraigo muy importante. Y después, las patologías en torno a la mentira. Y poco a poco se va abriendo paso una realidad irrefutable: a través de las técnicas de imagen, como la resonancia magnética nuclear funcional (RMNf), se deduce que se puede llegar a saber si al hablar mentimos o decimos la verdad y nada más que la verdad. Pero no es tan fácil reproducir lo que realmente ha pasado, porque cuando se reproduce la imagen ya nada está pasando. En el artículo citado anteriormente, José María Delgado García decía en tal sentido: “Los escáneres cerebrales para detectar mentiras parten del principio de que el cerebro trabaja más para mentir. Pero ¿y si el sospechoso cree cierto un hecho falso? Si un psicópata sin remordimiento alguno engaña tranquilamente a un polígrafo, ¿qué dirá un cerebro con falsos recuerdos? “Los resultados serían muy distintos si el sospechoso fuera un neurótico frente a un psicópata; el primero puede tender a autoculparse, y el segundo ni se emociona con la rememoración del caso. Si ya es difícil saber la verdad con palabras, ¿por qué esperan que sea más fácil registrando la actividad cerebral?”.

Lo verdaderamente preocupante es que bajo este halo científico de fondo, no demostrado todavía con rigor extremo, la Administración americana ya incluye esta batería de pruebas en el acceso de funcionarios al Pentágono. Vicios privados, públicas virtudes, una vez más. En cualquier caso, las neurociencias avanzan que es una barbaridad y no está lejano el día en que podamos interpretar el funcionamiento real de determinadas estructuras del cerebro. Comparto la visión de Agnés Gruart, neurocientífica de la Universidad Pablo de Olavide, según manifiesta en el artículo de referencia: “El cerebro funciona por la activación de determinados circuitos cerebrales en un tiempo y un orden determinados, así que es perfectamente correcto que alguien determine mediante técnicas de neuroimagen o similares dónde se produce dicha activación, y sus características. El problema es que aún no podemos interpretar de forma precisa este funcionamiento. Todo el comportamiento y el pensamiento están producidos en el cerebro; con más información y refinamiento técnicos podría llegar a describir cómo se generan el comportamiento y el pensamiento”.

Llegará el día que sepamos con exactitud qué mecanismos se activan y desarrollan en estructuras cerebrales que permiten mentir o decir la verdad. Pero, ¿por qué ocurre esta acción tan humana? Es una pregunta que hoy no tiene

respuesta fuera de los circuitos de las creencias, porque también está demostrado que determinadas respuestas nos desbordan: muchas veces no quisimos hacerlo o decirlo (decir la verdad/mentir). Y, al menos, no deberíamos cargar con sentimientos o complejos de culpa lo que solo es un mecanismo cerebral. Nada más. Porque Pinocho y las creencias personales y sociales ya se encargarán, desgraciada o afortunadamente, de hacer el resto, es decir, de alargar la nariz a todas, a todos. Ya lo decía el Diccionario de Autoridades al referirse al lema “mentir”: “Si mintió en cosa de la Fe, Escritura Sagrada, o de vicios o virtudes, mortal de suyo” (Diccionario de Autoridades, RAE, 1734, p.545, 2).

Sevilla, 16/XI/2008

(1) Salomone, M. (2008, 19 de septiembre). [Tu cerebro te puede delatar. La intimidad del pensamiento peligra. Nuevas técnicas para leer la mente impulsan el detector de mentiras para acusados y empleados](#), *El País*, p. 36.

(2) Delgado García, J. M. (2008). *Lenguajes del cerebro*. Sevilla: Letra Aurea, p. 137.

Patio San Dámaso



Guardias suizos, en una ceremonia de aniversario, en el Patio San Dámaso (Ciudad del Vaticano). Fotografía recuperada el 25 de octubre de 2008 de: <http://www.daylife.com/photo/oeNLbFL3lbbri>

Publico hoy en este blog, un nuevo relato corto, Patio San Dámaso, sobre el que he estado trabajando bastante tiempo, como tarea impuesta por mi inteligencia digital. Las primeras palabras dejan entrever un hilo conductor del protagonista, un hombre en la encrucijada de la vida, en un entorno que a veces parece que está diseñado por el enemigo. Espero que su lectura sea un motivo agradable para sopesar que otro mundo, el de acá, es también posible.

Son siete episodios (*puntate*), trazados mediante siete líneas delgadas rojas, que están concatenados entre sí, porque se sufren en un entorno sagrado, asombrosamente místico, pero con una carga de profundidad que deja al descubierto, de forma descarnada y metafórica, cómo una persona puede morir en la Plaza de San Pedro de Roma albergando el sueño o la idea de que un día puede ser recibido por alguien superior para alcanzar la felicidad, más allá de las burocracias de la vida, de las iglesias, ¿de las religiones?, tal y como Marco Ferreri dibujó en su durísima trama de la película **La audiencia** (*L'udienza*).

Y solo queda un recurso para quien sabe esperar en el principio esperanza: avanzar por la Via della Conciliazione (*calle de la conciliación*), precioso nombre, buscando el amor desesperadamente...

Sevilla, 2/XI/2008

PATIO SAN DÁMASO

Prima puntata¹: San Dámaso

Se asomó al *Cortile* (patio) San Dámaso y perdió elementos clave de su fe. Varios coches oficiales de la marca Mercedes, de color negro premonitorio, con la bandera amarilla y blanca, la vaticana, sobre la aleta derecha delantera, estaban aparcados en batería. Coches oficiales del cuerpo diplomático vaticano, en el patio renacentista construido por Renato Bramante, cargado de historias, a la espera de sus eminencias reverendísimas, trabajadores de la fe, esperanza y caridad, como virtudes teologales aprendidas en horas de seminarios metropolitanos. Asimiladas. Quizá, no sentidas. Una ventana al mundo de secreto de la *cittá* sagrada, desde la Secretaría de Estado, en el Palacio Apostólico, a la espera de un sello que hiciera oficial la cadena sacra de las garantías de firmas antecedentes en su flamante título de licenciado. Cincuenta liras, *cinquanta lire*, prego. Y un sello con la fecha de autos: 17 de junio de 1977.

Porque la dialéctica pascaliana de la razón de la razón, que no del corazón, era muy habitual en Antonio, aquel sacerdote en busca de luz humana en medio de una encrucijada de ángeles, cúpulas, bronce y dorados, como la podía sentir un turista de la religión católica en visita programada al Vaticano, a su Basílica de San Pedro, en la clave de Alberti, cuando las aceras de Roma se convierten en un auténtico peligro para caminantes:

*Entro, Señor, en tus iglesias... Dime,
si tienes voz, ¿por qué siempre vacías?
Te lo pregunto por si no sabías
que ya a muy pocos tu pasión redime.*

*Respóndeme, Señor, si te deprime decirme
lo que a nadie le dirías:
si entre las sombras de esas naves frías
tu corazón anonadado gime.*

*Confíesalo, Señor. Sólo tus fieles
hoy son esos anónimos tropes
que en todo ven una lección de arte.*

Miran acá, miran allá, asombrados,

¹ *Puntata*: palabra italiana, utilizada con frecuencia en cinematografía, que significa «episodio», «Primer episodio». Así, hasta la «Settima puntata», «Séptimo episodio», también «Séptima entrega...», en este relato.

ángeles, puertas, cúpulas, dorados...
Y no te encuentran por ninguna parte.

Pagó las cincuenta liras y con su título bajo el brazo, recorrió la Vía de la Conciliación, en busca de su residencia de estudiante privilegiado. Allí se había quedado, junto a los coches negros, un amigo entrañable, chileno, represaliado por el régimen de Pinochet, que le había comentado al oído sensaciones ridículas al subir lentamente a los cielos de la Secretaría de Estado, en aquél majestuoso ascensor de caoba, con asientos y cojines de damasco rojo, custodiados por dos guardias suizos, para anunciar la visita oficial de un humilde obispo, acompañado de Antonio, un anónimo sacerdote español que por artes divinas y humanas frecuentaba Roma para estudiar desesperadamente. Era fácil acordarse de los ojos de *María Celeste*, el mascarón de proa preferido de Neruda, que lloraba cada vez que el calor del fuego que ardía en la chimenea de su casa, en la Isla Negra, condensaba el vapor en sus ojos de cristal. Porque aquél hombre bueno, además de no vestir como obispo, lloraba de rabia.

Fundamentalmente, porque con aquél salvoconducto romano, el de las cincuenta liras, comenzaba una carrera de independencia para *frecuentar el futuro* que posteriormente descubrió en una lectura atenta de Tabucchi, como recomendación existencial del Dr. Cardoso a Pereira. *Sostiene Antonio, Sostiene Pereira*. Porque a la altura del castillo del Santo Ángel, las preguntas martilleaban su cerebro inquieto hasta la muerte, con tres preguntas que han crecido de forma paralela a la historia de la humanidad, las tres preguntas de aquél hombre de asamblea, revolucionario, conocido como Eclesiastés, al salir de una experiencia de lo vivo cercano:

- René, voy a hacerte tres preguntas, de las que nos hemos examinado frecuentemente en nuestras Academias, pero que siguen estando ahí, incluso en el patio de San Dámaso y alrededores: ¿qué gana el que trabaja con fatiga, si se demuestra antes ó después que todo es vanidad de vanidades, solo vanidad, algo así como intentar atrapar el viento? Segunda pregunta: ¿qué diferencia hay entre el hombre y el animal si ambos vuelven siempre al polvo? La última: ¿quién nos guiará a contemplar lo que hay después de nosotros?

- Antonio (cogiéndole del brazo afectuosamente): en Chile aprendí que no hay respuestas a estas preguntas, palabra de obispo, aunque después de hacerlas solo queda una garantía para vivir: buscar amigas, amigos, porque la amistad es el recurso por construir todos los días una buena respuesta, porque es como la cuerda de tres hilos: difícilmente se puede romper. Lo sabían los mayores de los pueblos ribereños, los que estaban cerca del Tigris y Éufrates, y decidieron hacer un regalo a la posteridad con este mensaje pasado de padres a hijos. ¡Tradición oral, Antonio, tradición oral!

Llegó el 881, *Estación Términi-Villa Aurelia Antigua*, aquél autobús que tenía letreros provocadores en su interior, en la cabecera del conductor: *nella fermata non mettere la macchina in folla* (en la parada, no dejar el vehículo en punto muerto), que tantas sonrisas y caras de admiración arrancaba, sobre todo, de turistas celtibéricos. Y el *fattorino*, el cobrador de toda la vida, se esforzaba, mientras, en hacerles ver que delante estaba el autobús vacío, interpretándoles la vida como casi siempre pasa cuando hablamos de los otros. Delante, todo vacío. Y bajaron los dos, buscando amigas y amigos, desesperadamente.

Seconda puntata: Plaza de la encina

Antonio arrastraba una crisis galopante como persona responsable en el mundo. Tenía grabadas en su corazón las aventuras amorosas de aquél fraile aguerrido, con voz de trueno, profesor de Sagradas Escrituras, al que le había temblado el mundo bajo sus pies cuando se enfrentó al amor de una limpiadora. Era su ídolo hasta que supo que *la debilidad de la carne*, como gran eufemismo de la santa iglesia católica, apostólica y romana, había hecho mella en él. Pero ¿por qué abandonar al ídolo? Sencillamente, porque en los años de formación en el Seminario cualquier atisbo de sentimientos y afectos eran el pasaporte para la traición a Dios. Y ya sabía Antonio que al igual que en el frontispicio del templo de Apolo en Delfos, había una frase grabada a fuego también en su corazón:

Extra Ecclesia nulla salus (fuera de la Iglesia no hay salvación posible).

Se sentó delante de aquél hule blanco extendido en una mesa eterna, en una trattoria de la Plaza de la Encina (la *Quercia*), en pleno centro romano, atendida primorosamente por Roma, una cocinera que hacía honor al Imperio, por sus 120 kilos de ternura y cercanía, que frecuentaba por su sencillez y buen trato:

- Antonio, *caro mio*, es necesario comer mucho y hablar poco (*hai bisogno di mangiare e non di parlare...*).

Antonio no hablaba. Sufría en silencio la soledad sonora de un sacerdote perdido en el sacrosanto mundo romano. Pero en *la quercia*, estaba acompañado siempre por muchas personas, con las manos sobre el hule, anónimas de la vida ordinaria, dando el calor que la madre Iglesia era incapaz de prestar a sus amantísimos hijos, con esas esdrújulas tan cargadas de historia y de contradicciones.

Terza puntata: Las marionetas del Gianiccolo

«El público, muy atento, se moría de risa, al oír la disputa de aquellos dos títeres, que gesticulaban y se vituperaban con tanta naturalidad como si fuesen verdaderamente animales racionales y personas de este mundo».

C. Collodi: «Las aventuras de Pinocho».

Estaban tirando unas piedras enormes. Y aquél pequeño teatro de marionetas luchaba denodadamente por defenderse de la tiranía infantil con un letrero de letras coloreadas primorosamente, con un mensaje claro: no lanzar piedras a las marionetas (*non buttare sassi ai burattini*). Era todo muy sugerente porque la vida es a veces una representación de marionetas que manejan personas con sus manos y sus mentes. Otras y otros, tiran piedras... Antonio, en su pequeñez más extrema, recordaba los títeres del Parque del Retiro, en Madrid, donde siempre había un héroe, Chacolí, perseguido insistentemente por la bruja. Y gritaba con todas sus fuerzas, en el coro de ángeles de tres a seis años: ¡que viene la bruja, que viene la bruja! Y a palmetazo limpio, con una cachiporra más grande que él, se liquidaba a aquella mujer que solo interpretaba un papel mágico en la vida: ser la mala de los títeres ambulantes. Como Antonio.

Tremenda lección. Pero aquellas niñas romanas (había aquella tarde más niñas que niños), apedreaban sin compasión el escenario de aquél maravilloso teatrillo ambulante, aunque su dueño rompía toda la magia de su representación autónoma lanzando a los cuatro vientos una palabra que en Italia es un insulto incalificable: ¡*boia, boia!* (canalla, canalla). Y las niñas y niños corrían despavoridos por culpa de un Chacolí de carne y hueso que no se andaba con muchas contemplaciones.

Y canallas somos a veces cuando apedreamos la conciencia de los que se plantean romper cadenas multiseculares. Las de Antonio, entre otros.

Quarta puntata: Porta Portese

*Un bel dì, vedremo
levarsi un fil di fumo
sull'estremo confin del mare-
E poi la nave appare.
Poi la nave bianca entra nel porto,
romba il suo saluto.*

(Cio-Cio-San, Aria *Un bel dì, vedremo*)

Estaban en fila india. Una familia judía, uno a uno, una a una, con todas sus pertenencias en venta. Judíos rusos, recién llegados a Roma y de paso para las Américas. Antonio miraba sus manos y pequeños tenderetes con sábanas de lino, relojes Vostok de tamaños adaptados a cada miembro de la familia, sus relojes; sus insignias, su termómetro en una funda de cartón piedra en el que estaba grabada la hoz y el martillo, y discos de vinilo a muy bajo precio. Destacaban, entre seis discos de 33 revoluciones, dos a muy bajo precio, liras necesarias para el viaje a alguna parte de aquella familia encantadora.

Antonio no se lo pensó. Aquél disco de Sarita Montiel en ruso, *Sara poet, Sara canta*, devolvía recuerdos de aquella España difícil, en años de tránsito hacia la democracia. *Madame Butterfly*, ópera de Puccini, en tres vinilos de gruesa capa, editados por la empresa estatal Melodía (Ministerio de Cultura CCCP [sic]), con el título de la protagonista *Cio-Cio-San*. Los compró. Y aquella familia rusa lo agradeció a coro. Solo faltó que cantaran el agradecimiento a un católico, apostólico y romano que buscaba, como ellos, la libertad desesperadamente.

Seguían en fila india, romana, por más señas. Hasta que el abuelo, con el nieto sentado en sus rodillas, era capaz de enseñarle a recitar las palabras maravillosas del Génesis: *berechit bará Elohim...*, *en el principio Dios...*, mirando de reojo, con pena interior, cómo escapaba de su muñeca aquél reloj tosco pero certero, comprado con esfuerzo de éxodo muy particular.

Así se iniciaba una nueva marcha interior de Antonio, como contrario, aprendida junto a la Anábasis de Jenofonte. En *Porta Portese*, un mercado romano para cada ocasión...

*Un bello día veremos
levantarse un hilo de humo
en el extremo confín del mar.
Y después aparece la nave.
Y después la nave es blanca.
Entra en el puerto,*

truena su saludo.

(Cio-Cio-San, Aria *Un bel dì, vedremo*).

Quinta puntata: Cinema Farnese

Antonio leyó atentamente el programa de Noviembre: Semana dedicada a Pier Paolo Pasolini. La plaza Farnese es un enjambre humano, con un Cine modesto, pero especializado en Cine de autor. Cerca de la Plaza de la Encina, tan querida, por tanto calor humano. Pasolini brindaba una oportunidad irrepetible de conocerle a fondo, más allá del crimen cometido por Pelosi en su persona, en la playa de Ostia. Él recordaba la impresión humana del protagonista vasco en *El evangelio según San Mateo*, *Il vangelo secondo Mateo*, con una representación de Jesús de Nazareth hecho carne y hueso. Muchas preguntas después de ver la película.

Pero nada más atractivo en aquella semana tan particular que *Teorema*, para un autor de doble nombre apostólico que siempre fue un escándalo en su círculo cinematográfico. Este hombre desconcertante, despiadadamente sincero consigo mismo, firme en su interpretación del sexo, más allá del bien y del mal, se quedó sólo ante el peligro de la vida romana, boloñesa, la de su ciudad natal. Era un hombre comprometido con el cine, con la cultura de su época, con el lenguaje del proletariado de las «borgate» romanas, los suburbios actuales menos presentables.

Antonio estaba convencido de que Pasolini creó una escuela digna de ser explicada. Porque sabía que partiendo de su modo de ser, de su manera, luchó por rescatar el lenguaje cercano al cine del proletariado. Porque nadie se puede imaginar, sin cierta sorpresa, a Pasolini cerca de Vittorio de Sica. Quizá, esta dialéctica del costumbrismo italiano, le llevó como autor-director de escena a comprometerse a través del cine, medio de expresión desconcertante en su sociedad contemporánea. Compromiso cinematográfico. Por ello, este matiz necesitaba ser rescatado para una sociedad dormida, insensible ante guerras fraticidas muy cercanas, hambre a dos pasos y encuentros en la tercera fase del mundo que amenazan con desestabilizar el planeta de países alineados. La dialéctica pasoliniana estaba precisamente en esa denuncia de la corrupción personal de la moral establecida, farisaica en la mayor parte de las ocasiones. El canto en su obra al hombre total, belleza cósmica, verdad acrisolada por el amor a los cuatro vientos, la denuncia de todos los totalitarismos, incluido el del amor establecido en normas legales, más o menos vigentes, es un magnífico título de crédito para una obra jamás filmada: la de la vida de cada uno en el compromiso sencillo/difícil de existir siendo copartícipe, compañero de los desposeídos de la tierra, los pobres del Señor, que él gustaba llamar, imbuido en un marcado carácter sacral en su fotocomposición diaria de la vida, real como ella misma.

Antonio buscaba en Pasolini lo que la Iglesia oficial no le había proporcionado nunca. La Oficina Católica Internacional del Cine entregó a

Pasolini su reconocimiento a través de un premio, por una obra jamás entendida desde la Institución: «Teorema». La posibilidad de que el Espíritu Santo entrase en cada uno de nosotros se constituyó en el móvil del premio. Cuando se descubrió que Pasolini volaba más bajo que el espíritu, la institución se arrepintió y explicó a los cuatro vientos su voto. El anatema estaba servido. En definitiva muy poca gente había entendido el mensaje real: no es necesario invocar a los espíritus para llenarse de amor en vida, cualquier amor. Que el mundo necesitaba amor por los cuatro costados no exigía un premio, sino que las mentes cerradas lo entendieran. El mensaje subliminal de Pedro o Pablo, ¡qué ironías de la vida!, fue precisamente el de desenmascarar la podredumbre de los fuegos fatuos de la sociedad vigente, donde lo importante no es el «Oscar» o la «estatuilla de turno», sino el reconocimiento de un colectivo ante el mensaje expresado.

Votar por la vida es lo difícil. Votar por la existencia en el compromiso es el reto de los espectadores del mayor espectáculo del mundo. La ampliación de las semanas, jornadas, congresos, certámenes, bienales, festivales y demás encuentros colectivos se expresa en el acontecer diario del a posteriori. El mensaje premiado debe ser el hilo conductor de ese compromiso con el cine. Varios años después, Antonio asistió al estreno de «Desaparecido», consciente de que el cine le estaba pidiendo levantarse del asiento y denunciar a los cuatro vientos la injusticia de Iberoamérica, expresada en un país muy concreto, Chile, el país de su obispo y compañero en el Patio San Dámaso, donde la represión seguía teniendo la misma taquilla de los estadios llenos de presuntos alborotadores y desestabilizadores del régimen. ¿Qué se premiaba entonces en una semana como la del Cinema Farnese? ¿La estética o el mensaje? Quizá, Antonio necesitaba más del mensaje que de la estética, aunque en los lenguajes revolucionarios siempre ha existido esa simbiosis. Pasolini, que llenaba los cines por sus mensajes, el Farnese, por ejemplo, y no por su respeto al amor sublimado, es hoy día un testimonio eficaz frente al inmovilismo latente y manifiesto. Su testamento espiritual, «Saló o los ciento veinte días de Sodoma», no dejaba lugar a dudas: el totalitarismo, el fascismo siempre está despierto y hay que combatido, aunque haya que utilizar imágenes muy duras, porque de esta forma salen a la luz las atrocidades de un sistema que guarda todo en el silencio, para que nadie pueda utilizar las palabras, ni la expresión de los ojos que ven y obligan al corazón a sentir.

Noviembre de 1976. Hacía un año que habían asesinado su persona, su mensaje. Pelosi, su asesino, que seguía manifestando a los periodistas de «crónica negra» su no arrepentimiento por el fondo y la forma de matar a Pasolini, arrancó del pueblo una seria afirmación: al fin y al cabo, Pelosi era fruto de la miseria fotografiada por Pasolini, es decir, se le podía «justificar» el crimen. Antonio salió de aquella sesión vespertina con la impresión de que no se entendía nada al

autor. Por eso creyó que su muerte, su obra en vida, podían ser un revulsivo para el mundo, en lenguaje de imágenes servidas por un cine comprometido. De lo contrario, como en las mejores películas de ficción, cualquier parecido con la realidad del mundo marginado de hoy, era pura coincidencia.

Aquella tarde romana, Antonio pensó que estas palabras «de estilo» son las que deberían desaparecer de los títulos de crédito de cualquier hoy, de cualquier mañana, para que precisamente el cine ganara en eso, en crédito y verdad comprometida. Al fin y al cabo, aquella semana *farnesiana* formaría ya, siempre, parte de la película de su vida.

Sesta puntata: Ostia Antica

Cogió el tren que abre la historia subterránea y suburbana de Roma, con dirección a Ostia Antica, saliendo de Porta San Paolo. Comenzó aquel paseo difícil entrando en la necrópolis y la via Ostiense, con los columbarios que años después se pondrían de moda en España, llamados así por su parecido a los nidos de las palomas en cautividad, como metáfora de la cautividad última mediante la incineración. Después, las termas de Cisiarii, con el mosaico denominado «triunfo de Neptuno», que representa a la divinidad sobre una cuadriga tirada por hipocampos, y circundado por un cortejo de monstruos marinos, nereidas y tritones.

El Foro y la vía de las corporaciones, con cincuenta tiendas en perfecto estado. El Capitolio y la Curia. Las tabernas -tiendas de la época- de los pescaderos, con la única ausencia de sus protagonistas porque todo lo demás continuaba allí. Las sedes de los colegios profesionales, muy centrados en el trabajo del mar.

Antonio sabía que Ostia Lido, Lido di Roma, era una Diócesis. Por respeto a su historia, porque Augusto seguía vivo en aquellas ruinas. A las afueras de Roma, por si acaso. Con un Cardenal al frente que para no contaminarse con tanto desvarío mundano sigue trabajando en la Curia Romana.

Regresó a Roma capital después de un viaje a una parte de la trastienda romana, intacta, sabiendo que en su caso se hacía verdad católica aquella feliz expresión de su querido Alberti: peligro para caminantes y para quienes se asomaban como él al Patio San Dámaso.

Settima puntata: Roma, al revés

Cuando bajó Antonio por primera vez la escalerilla del avión en el aeropuerto Leonardo da Vinci, en Roma, en septiembre de 1975, se acordó de un poema personal que le devolvía calor y vida en una aventura que comenzaba hacia alguna parte: «La lectura de Roma al revés, amor me da, algo es...». Le gustaban los palíndromos, como juego de palabras que intenta dar la vuelta a lo cotidiano y salirnos de la rutina. En su estudio permanente de Mozart, descubrió un día que también frecuentaba esta sana costumbre. En sus interesantes cartas de amor y dolor, firmaba con frecuencia *Trazom* (Mozart al revés), como símbolo de su permanente afrenta a lo que todo el mundo conocía como «lo normal».

Cuando Mozart utilizó por primera vez *Trazom* fue en un contexto muy difícil en el que quería salvar su reputación a toda costa. Como el de Antonio. Utilizar su nombre al revés era una clave de autenticidad ante un mundo perverso que en todas partes veía maldad y odio. Incluso en la pensión de Viena donde compuso «El rapto del serrallo» (1782), llamada curiosamente «El ojo de Dios», en cuya habitación privilegiada por su acogida tuvo que dar la clave de su nombre al revés como declaración de amor verdadero a Constanz (*Znatsnoc*, su nombre al revés), su compañera fiel, tal y como lo escribió en su devocionario. Venía a concluir que las apariencias engañan. En el libreto de esa ópera está la clave de su desafío: perdón, tolerancia y clemencia.

Antonio pensaba que temporalmente se tiene que vivir a veces al revés, pero al final de los caminos aparece siempre la posibilidad de ser uno mismo. Es importante que resplandezcan siempre los auténticos nombres, con una declaración de principios sobre Mozart-Trazom como reinterpretación de su existencia, tal y como lo había leído en una obra de Philippe Sollers, en «Misterioso Mozart»: no soy monárquico, ni jacobino, ni republicano, ni demócrata, ni anarquista, ni socialista, ni comunista, ni fascista, ni nazi, ni racista, ni antirracista, ni proglobalización, ni antiglobalización. No soy clásico, ni moderno, ni posmoderno, ni marxista, ni freudiano, ni surrealista, ni existencialista. Como mucho, pueden presentarme como singular universal, es decir, católico en un sentido muy particular, o como francmasón de una manera muy personal, es decir, universal singular. ¿Ven en ello una contradicción? Yo no. En verdad, soy lo que fui: mi música. Seré lo que seré, mi música. Soy únicamente lo que soy: esta música.

Sin doblez, ni engaño, lo firmaría Johannes Chrysostomus Wolfgang Theophilus Mozart Pertl..., es decir, Mozart. También, Antonio, aunque en su último paseo por Roma llevara a rajatabla el compromiso de San Pedro de Alberti:

«Haz un milagro Señor. Déjame bajar al río, volver a ser pescador, que es lo mío».

Y Antonio, Oinotna, desapareció por la Via Della Conciliazione, muy cerca del Patio de San Dámaso, buscando el río de la vida, para asomarse ó adentrarse en él desesperadamente. Porque había llorado al contemplar a San Pedro, en bronce inmovilizado, en su Basílica, gritando a los cuatro vientos que no podía dar un puntapié, pues “tengo gastado el pie, como ves”. De los besos católicos que le retenían en el puerto vaticano, cerca de Ostia.



Quercus ilex: encina

Este relato se terminó de escribir y preparar el 25 de octubre de 2008, en la festividad de los Santos Macabeos, los “fuertes contra los adversarios”. Como Antonio y René...

Las reinas magas (Cuento)

Como homenaje a dos mujeres extraordinarias, como tantas otras, que día a día, como por arte estrictamente humano, no de magia, nos demuestran que ese otro mundo existe, a veces más cerca de lo que parece, donde la vida deja de ser un regalo para ser feliz, demostrando con su trabajo anónimo que las mujeres son auténticas reinas magas del contrato social.



(Fotografía de las cooperantes de [Médicos Sin Fronteras](http://es.noticias.yahoo.com/fotos/diapositivas/fotos-somalia.html), Mercedes García y Pilar Bauza, recuperada de <http://es.noticias.yahoo.com/fotos/diapositivas/fotos-somalia.html>, el 5 de enero de 2008)

Érase una vez tres mujeres que vivían en una región del planeta alumbrada, de forma privilegiada, por el sol. Acababa de amanecer un día cargado de contenido histórico: 5 de enero. Salieron por la mañana temprano de sus casas, dejando sus hijas e hijos al cuidado de sus parejas. Eran tres mujeres trabajadoras: una, en la limpieza de calles; otra, enfermera en un hospital y, la última, trabajadora social para un mundo mejor. Se encontraron en la parada del autobús, el de todos los días, aunque hoy, sin saberlo, las iba a llevar a alguna aventura desconocida.

Llegaron a sus destinos, el de todos los días. Al entrar en sus taquillas, algo sorprendente las hizo coincidir en un sueño: por un día podrían ser reinas magas.

Las tres soñaron que un día no muy lejano podrían volver a Somalia con la médico leonesa Mercedes García y la enfermera argentina Pilar Bauza y estar cerca de aquella realidad donde las personas han dejado de ser algo importante para el Gobierno y para una gran parte del mejor mundo. Y regalarles posibilidades para vivir. Y comenzaron su jornada ordinaria, como si no pasara nada. Pero en su interior, cada una había buscado su oro, incienso y mirra especial para una aventura que acababa de empezar en sus conciencias, arrebatando protagonismo a una creencia de hombres que a través de sus nombres propios, Melchor, Gaspar y Baltasar, tejían una nueva historia de hombres reyes frente a una remota posibilidad de que la mujer pudiera ser reina maga para siempre.

Y volvieron a sus casas. Ya, los regalos, no eran lo mismo. Habían tocado un sueño hecho realidad, porque el mensaje durante muchos días de las dos mujeres secuestradas en Somalia –ya felizmente liberadas- había sido el mejor regalo soñado por unas reinas magas del día a día.

Así sucedió y así lo he contado...

Sevilla (Occidente), 5/1/2008

El día X

En el editorial de un periódico, el 20 de enero de 2006, se hacía la siguiente reflexión: “En una revisión radical y peligrosa de la doctrina nuclear francesa, el presidente y jefe de las Fuerzas Armadas francesas, Jacques Chirac, anunció ayer que Francia podría contestar con un ataque atómico a Estados que utilizaran medios terroristas contra ella o para garantizar “los aprovisionamientos estratégicos y la defensa de los aliados”. Hace años comencé a escribir un cuento, hoy inconcluso, que ya podía tener final. Sobre todo porque lo podría sobrecribir cualquier ciudadana ó ciudadano responsable.

Sevilla, 22/01/06

Nunca se veía la luna. Jugar con ella, en sonrisa o tristeza, no era posible aunque la noche fuera eterna. Las estrellas eran solo un recuerdo de niño asombrado.

- Jorge, ¿dónde estás?

- Mirando esta planta..., es verde y cariñosa, ¡me abraza!

Era verdad. Jorge confundía sus brazos con las hojas de aquellas plantas verdes, impasibles, que junto a su pelo rubio parecían crecer en caricia de madre. Rosa jugaba a ser mujer.

Estos dos niños no necesitan presentación. Su vida anterior casi no cuenta. Una bomba de neutrones acabó con la existencia humana y animal que les rodeaba en Lugaria. Crecían por instinto de conservación. La historia les había escrito, dejándoles huella. Las salidas de aquella planta subterránea habían sido esporádicas. Toda la ciudad estaba tranquila. Comercios eternamente encendidos, con rebajas de Enero que no parecían interesar a nadie. Autobuses y coches en situación estática de maqueta. Puertas siempre abiertas en todas direcciones. Periódicos detenidos en el tiempo, en una insólita fecha:

1 de Febrero de 2006

Silencio absoluto. Sólo el diálogo de Jorge y Rosa rasgaba el vacío existencial de aquella ciudad.

- ¡Mira ese hombre en el escaparate: parece que está hablando!, Mira aquellos niños, podríamos llevarlos a casa..., al menos nos acompañarían por un tiempo. Tú podrías coger un hombre y yo una mujer. Después venimos a por los niños y así formamos una familia. ¿Por qué no jugamos a construir una familia?

- Vale Jorge. Me parece estupendo.

Dicho y hecho. A los pocos minutos, sin vigilantes en las puertas y sin precauciones de ningún tipo, cogieron unos maniqués vestidos de invierno social y a duras penas los llevaron a casa, aquél subterráneo de silencio permanente con música de “rap” como recuerdo de un día “X”.

- Sienta a tu muñeco aquí, Jorge. Podría ser nuestra madre, ¿verdad? Yo voy a poner a “papá” aquí, en este sillón, leyendo un periódico eterno. Como la televisión ya no sirve, nos va a prestar un servicio como mesa de juego. En esta sala entraremos poco, aunque siempre daremos los “buenos días” y las “buenas noches”. . .

- Rosa, ¿quieres seguir estudiando?

- Sí, ahora es mejor porque ya no hay exámenes. Tú estudias lo que quieras, yo también y al final ponemos en común lo que sabemos. De todas formas, podemos ir al Colegio para leer los temas que se estaban dando el año fatídico. ¡Vamos!

El camino del Colegio era suficientemente conocido. Pareció este día más largo, ya que la distancia era grande y el autobús permanecía parado en huelga permanente a la puerta del Centro. No había golosinas. Ni Paco, con su kiosco nuevo, ni el portero Juan. Ni su pequeña radio, a todo volumen, con la publicidad del día. Entraron en sus respectivas clases y recogieron los útiles necesarios para seguir las clases por radio, en una emisión internacional que provenía de Alfran, país que por conflicto político había lanzado la terrible bomba...

- ¿Rosa, te acuerdas de aquella canción que se llamaba “Mirando al sol”? Yo la cantaba muchas veces, pero hace tanto tiempo que ya no me acuerdo apenas. Solo recuerdo una parte que decía:

*Si miras al sol
No cierres los ojos...
Sería para él enojo
Al darte luz y calor...*

Una canción cualquiera que instaba a mantener los ojos bien abiertos ante una realidad que quemaba en su proximidad. La canción era casi un programa futuro que Jorge y Rosa cantaban en inocencia de doce años. La guitarra y la flauta eran compañeros inseparables.

Muchas horas de rasgueo inseparable suplían una actividad normal añorada. Ni un solo grito de protesta, ni un solo ademán de castigo. Solo quedaba el abrazo a una guitarra o el beso a una flauta que sonaba notas de una canción que se podría llamar “Ave Fénix”.

En Jorge y Rosa existía amor. Para ellos no tenía ningún valor la teoría de los hechos. Ahora, la vivencia diaria tenía que configurar una nueva teoría. El desamor les había llevado a una situación de convivencia donde la necesidad mutua hacía descubrir a ambos la belleza de sus cuerpos desnudos, en un grito de

amor que no se sentía por este nombre. Los ojos que se cruzaban en miradas de afecto, simbolizaban una ceguera multiseccular.

- Te quiero así, Rosa. Tú y yo podemos construir una nueva casa, una nueva ciudad, una nueva nación, un nuevo mundo. Tú y yo podemos soñar, nadie nos lo prohibirá. Deja que te contemple: no me importaría vivir muchas horas en pensamiento tuyo. Mira a tu alrededor: los relojes ya no limitan ni controlan nada, solo nos recuerdan que el tiempo corre, como nuestras vidas.

Salieron y pasearon hasta un Parque grandioso. La ausencia de niños convertía aquella zona en una selva urbana. Jorge y Rosa decidieron transformar aquel jardín y devolverle su belleza en potencia. Todos los días arreglaban un sector del Parque, hasta que pasados unos meses el paseo ya no era el mismo. La soledad aún gritaba ausencia, pero nadie debía volver a jugar allí hasta que la ciudad estuviera a punto para una convivencia nueva, en plenitud de amor.

Las calles quedaron limpias. Los comercios, con sus puertas abiertas, invitaban a la no especulación, en un ideal de servicio a todo tipo de necesidades en intercambio mínimo. Los Bancos ya no existían. Se convertirían en lugares donde la cultura se daría sin intercambio económico. En sus sueños, Jorge y Rosa, planificaban así su nueva ciudad.

Lo que más preocupaba era el sitio donde albergar las dependencias para un "museo del hombre anterior". Allí irían todos los trajes de la época, del día "X", los utensilios de trabajo más sofisticados, las ideas más "deslumbrantes", los vehículos más representativos, la maqueta de un Banco y de edificios públicos donde se gestaron las grandes soluciones a los conflictos permanentes del hombre anterior..., los "planning" de lo que se llamaba Ejército, Policía, Administración, etc. El único oro que se podría utilizar como símbolo sería para realizar las letras que anunciarían la existencia del Museo:

MUSEO DEL HOMBRE ANTERIOR

La ciudad, después de cuatro años, ya no era la misma. Jorge y Rosa, dieciséis años ambos, no habían trabajado en vano. Habían descubierto el valor del amor como única moneda de intercambio a la hora de relacionarse con los otros "tú", con los animales y con las cosas. Toda la ciudad parecía a punto para recibir al hombre nuevo. La apertura a la naturaleza era total. Ya no había coches. Los que quedaban por las calles morirían definitivamente en sus cementerios. No era posible ya ningún tipo de contaminación, puesto que la Naturaleza respondería a las necesidades del nuevo hombre. La comida ya no estaría adulterada y habría lo necesario para cada uno. El dinero ha perdido su significado. Quizá haya sido el mejor hallazgo de Jorge y Rosa. El trabajo de los nuevos habitantes sería recompensado en elementos necesarios para vivir y emplear equitativamente el tiempo de ocio. La distribución de viviendas se haría en términos de justicia y los parques y jardines serían todos de dominio público. El cine y los medios de comunicación social se potenciarían en torno a un principio de esperanza y de felicidad. Las cárceles ya no son necesarias.

Muchas cosas quedaban por hacer en la nueva Ciudad, pero los fundamentos eran evidentes. Su fisonomía era especial, algo que siempre habían soñado los dos niños sin historia.

Pasados los años, una noche cualquiera, de luna llena y sonriente, acogió el amor nuevo de Jorge y Rosa. Un nuevo ser era el símbolo del hombre nuevo que en sus mentes y en sus manos habían forjado a lo largo de su vida... Y comenzaron a llegar de todas partes, al amor de una experiencia nueva, en un paraíso urbano que necesitaba escribirse para otros dos mil años de historia...

Y despertaron, descubriendo que su ciudad todavía estaba allí.

Perdona, querido internauta, quien quiera que seas: cualquier parecido con la realidad puede ser que algún día no sea pura coincidencia.

Huelva/Sevilla, 1982-2006

Veo a mis palomas volar

*Tú les recuerdas
que del corazón brota
la paz verídica.*

Llorenç Vidal (1991), del libro de poemas “*Estels filants*”. Haikais. Mallorca-Cádiz: Nova Arcàdia.

Desde hace una semana vengo observando que las palomas que representaban imágenes importantes de mis reflexiones sobre Educación para la Ciudadanía, están volando en libertad, requeridas por personas a las que no conozco pero que me llena de satisfacción por ser la Noosfera un medio útil para reforzar aquellas ideas que trabajé con tanta dedicación en los meses de agosto y septiembre de 2007, con ocasión de la controvertida asignatura de Educación para la Ciudadanía (recojo el último post, de una serie de diez, escritos específicamente a favor de la impartición de la “asignatura”). Picasso, desde donde quiera que esté, por respeto a cómo a él le gustaba ser y le gustaría estar, estará disfrutando con esta original *suelta digital* de su paloma mensajera de paz.



La paloma de la paz. Pablo Picasso, 1949

He pensado que quizá estaría relacionado con trabajos preparatorios del Día Escolar de la No-violencia y la Paz (DENIP), que se celebra cada 30 de Enero (fecha del aniversario de la muerte de Gandhi), que fue declarado por primera vez en 1964. Es conocido también por Día Mundial o Internacional de la No-violencia y la Paz, como una iniciativa pionera, no estatal, no gubernamental, no oficial, independiente, libre y voluntaria de Educación No-violenta y Pacificadora, del profesor mallorquín Llorenç Vidal, practicada ya en escuelas de todo el mundo y en la que están invitados a participar los centros educativos, los educadores y los educandos de todos los niveles y de todos los países. En este día, los colegios y

centros que se adhieren libremente se convierten en instrumentos de paz y entendimiento entre personas de distinta formación, raza, cultura y religión (1).

El mensaje básico de este día es: 'Amor universal, No-violencia y Paz. El Amor universal es mejor que el egoísmo, la No-violencia es mejor que la violencia y la Paz es mejor que la guerra'.

Me parece extraordinario que se aproveche cualquier declaración a favor de la no-violencia y la Paz para que estudiantes de este controvertido país –no la asignatura de Educación para la Ciudadanía– hagan un alto en su camino y recojan interpretaciones excelentes que ayuden a implantar una cultura permanente de concordia, tolerancia, solidaridad, respeto a los derechos humanos, no-violencia y paz. Una cultura de educación ciudadana, en las pequeñas cosas y en las relaciones personales de cada día. Todo el esfuerzo es poco, viendo los sucesos que a diario contemplamos en nuestros barrios más cercanos (quizás en nuestras propias casas...) y sin tener que viajar hasta Kenia para rubricar que algo está pasando en nuestros cerebros, que no deja avanzar la inteligencia social para construir la no violencia y la paz en domicilios, aulas, zonas de recreo, de trabajo, calles, aceras, salas de estar y ser. Sí, sí, *salas de ser*, como una estancia necesaria en la vida. En definitiva, en cualquier lugar donde nacemos, crecemos, habitamos y somos, sin necesidad de tener ó poseer.

Sevilla, 31/I/2008

(1) <http://es.geocities.com/ahimsadenip/denip.spanish>;
http://www.aulaintercultural.org/article.php3?id_article=675

Groucho y el niño perdido



Siempre me encantó aquella frase gloriosa de Groucho Marx, en *Sopa de ganso*: “- ¡Hasta un niño de cinco años sería capaz de entender esto!... Rápido, busque a un niño de cinco años, a mí me parece chino.”. Y no andaba descaminado cuando se constatan los últimos resultados obtenidos en la investigación realizada por el Grupo de Investigación en Neurociencia Cognitiva (GRNC) de la Universidad de Barcelona y la Universidad British of Columbia de Vancouver (Canadá), que se publicó el pasado 25 de mayo en la revista *Science*, con el título *Visual Language Discrimination in Infancy*, del que se obtiene la siguiente conclusión: con tan solo mirar los gestos del rostro de su interlocutor, un bebé puede distinguir si se le habla en un idioma o en otro (1).

He leído con atención la noticia y el artículo de referencia, donde la investigadora Nuria Sebastián-Gallés ha manifestado que esta habilidad “forma parte del conjunto de capacidades que tiene el niño al nacer”. Esta capacidad perceptiva les aporta “una información más, que utilizan para complementar la información auditiva”, explica. “Para comprender el nuevo mundo en el que les ha tocado vivir, los bebés utilizan todos los recursos cognitivos que pueden”.

En la investigación han participado 12 bebés monolingües de cuatro y seis meses, y 12 bilingües de ocho meses, en un entorno familiar en el que se hablaba francés e inglés. A todos se les mostró una serie de videoclips mudos, en los que sólo podían ver las caras de diversos interlocutores, recitando frases del cuento *El pequeño príncipe*, primero en un idioma, y luego en otro: “Cuando el bebé ya no mostraba interés, se le cambiaba por la imagen muda de la misma persona, pero recitando en otro idioma. “El bebé mira más, nota que ha pasado algo, y vuelve a prestar atención”, explica la investigadora. Se midieron los tiempos de atención de cada niño, que eran significativamente más altos que antes del cambio. Sin embargo, esta capacidad para distinguir visualmente las lenguas cambia con el tiempo y con el hecho de que el bebé viva en un entorno de una o dos lenguas. Los bebés mayores, de ocho meses y monolingües, no prestaron ningún interés ante el cambio de lengua, mientras que los bilingües sí. “A los seis u ocho meses, seguramente el bebé monolingüe ya tiene todos los elementos que requiere para entender la lengua materna”, interpreta Sebastián-Gallés, “la lengua que

desconoce es irrelevante, ya no capta su atención”. El interés del bilingüe también tendría explicación: “No es extraño que el bebé bilingüe continúe aprovechando esta información extra, porque ha de diferenciar las dos lenguas”. Los resultados demuestran que la experiencia modifica el cerebro. Según Sebastián-Gallés, “todavía queda mucho por conocer sobre el cerebro del bebé y sobre la adquisición del lenguaje”(2).

El resultado más llamativo es la constatación de que la experiencia es una variable interviniente en la maduración cerebral y de alguna forma viene a consolidar la teoría del desarrollo cognitivo como potencial vinculado a patrones sociales con estímulos permanentes, sobre todo del lenguaje, como marcador diferencial del desarrollo humano. Un entorno social enriquecido por las variables lingüísticas desde el nacimiento puede configurar una nueva forma de ser en el mundo. Se abren expectativas interesantísimas desde la perspectiva de la inmigración, en el día que hemos conocido un dato relevante desde la cohesión social de este país y su estructura socioeducativa: el diez por ciento de la población empadronada en España está compuesta ya por ciudadanía extranjera (exactamente, 4.482.568 personas).



Seguro que un cuento senegalés, por ejemplo, *La princesa, el baobab y los cauris*, narrado en wolof, francés y español, lo percibirán las niñas y los niños que nazcan hoy en nuestro país, de parejas bilingües como mínimo, desde una perspectiva muy diferente al *principito* de la investigación y comprenderán de forma admirable su forma de acabar estas bellas narraciones: *así sucedió y así lo he contado*. Y ofreceremos garantías de comprensión a estas nuevas generaciones de niñas y niños nacidos en un nuevo contexto de mestizaje, para asimilar mejor la complejidad de la vida, los caballos que vuelan, aunque Groucho, en cualquier caso, siga necesitando localizar a un niño de cinco años (o a un bebé de ocho

meses) para entender los asuntos de la vida, de la muerte, que a todas y a todos – a veces- nos siguen pareciendo escritos en chino ó wolof...

Sevilla, 13/VI/2007

(1) Weikum, W.M., Vouloumanos, A., Navarra, J., Soto-Faraco, S. Sebastián-Gallés, N., Werker, J.F. (2007). Visual Language Discrimination in Infancy. *Science*, 25 May 2007: Vol. 316. no. 5828, p. 1159

(2) Ferrado, M.L. (2007, 25 de mayo). Los bebés identifican por los gestos el idioma en que se les habla. *El País*, p. 56.

Tú, gitana

A María José y Marcos, porque están siempre aquí, en nuestra particular aventura

Ha sido una experiencia deliciosa de la inteligencia digital. Esta tarde he vuelto a ver el magnífico anuncio sobre Galicia y su preciosa frase: palabras únicas, para emociones únicas. Desde hace meses estaba deseando localizar la banda sonora del anuncio. Y la he encontrado en la Noosfera digital: Internet, en una página que recomiendo abrir y escuchar la versión de la canción [Tú, gitana](#) interpretada por el grupo coruñés Luar Na Lubre (*Luz de luna en el bosque sagrado*), con la cantante, Sara Vidal, y la colaboración de Pablo Milanés, al que tanto admiro por su compañía cuando buscaba la libertad de Andalucía y España.

*Tu gitana que adevinhas
me lo digas pues no lo se
si saldré desta aventura
o si nela moriré.*

*O si nela perco la vida,
o si nela triunfaré,
Tu gitana que adevinhas
me lo digas pues no lo se.*

Tú, gitana que adivinas
dímelo, pues no lo sé
si saldré de esta aventura
o si en ella moriré

O si en ella pierdo la vida,
o sin en ella triunfaré
Tú, gitana que adivinas
dímelo, pues no lo sé

Antes de seguir la lectura de esta página del cuaderno, te pido un favor: escucha la canción, siéntela. Después, continúa la lectura, si el sentimiento de sus voces te deja pensar que otro mundo es posible cuando nos admiramos de los demás, de sus voces, de su expresión y de la forma de sentir de un pueblo.

Las resonancias de José “Zeca” Afonso, autor de la canción, a quien también debo parte de la ideología por su preciosa *Grândola, vila morena*, no me dejan indiferente. Espero que esta tarde, mañana o noche te sirva para valorar la inteligencia de la música hecha compromiso. Solo quería compartirlo contigo. Que lo disfrutes, en esta nueva versión de Noosfera musical..., a pesar de que esta

fecha esté resonando en el mundo con compases de tristeza y en cada aventura particular.

Sevilla, 11/IX/2006

Cuando desperté, mi blog todavía estaba allí



A modo de *cerebros*, ante el viento que genera la crisis – Molinos de Viento en Ciudad Real

“cuando empieza a soplar el viento, algunos corren a esconderse mientras otros construyen molinos de viento”
(refrán popular asiático)

Es la primera vez, en tres años, que me he ausentado de la cita en la Noosfera durante un mes. No he estado fuera de ella, físicamente hablando, pero sí de esta obligación [sic] con el ejercicio de la inteligencia digital. Y me preocupa pensar que el ejercicio de lo cotidiano robe esta posibilidad de desarrollo de la inteligencia creadora. Quizá, estoy, estás, está, estamos, estáis, están... viviendo momentos de compulsión vital. Y he vuelto a mi tarea de búsqueda de “islas desconocidas”. Cuando frecuentaba esta tarea, recordando el futuro de Pereira, de Tabucchi, he encontrado dos (existen más), que quiero presentar en sociedad digital desde mi orilla.

La primera ha sido en la asistencia a una de las sesiones programadas en *Imaginática 2009*, celebrada en el Aula Magna de la Facultad de Física de la Universidad de Sevilla. Me atrajo el título, *En busca de islas desconocidas* y sus autores: Braima Mane, un ingeniero de telecomunicaciones de Guinea Bissau y Marcos Cobeña Morián, estudiante de Ingeniería Informática. Y no me defraudó. El protagonismo fue el de la inteligencia personal, colectiva y conectiva. Rompió muchos moldes. Quien buscara el reino del chip, descubrió que aquél no era el sitio adecuado. Solo quedó patente que el conocimiento era el rey de la vida y que para muchas personas todavía existen islas desconocidas, con tres razones de búsqueda ó encuentro: menos es más, la actitud permanente de búsqueda y una biografía de modelo que, en este caso, era Braima. Y el objetivo de la exposición se cumplió: en la clave de Saramago [*El cuento de la isla desconocida*], Braima y Marcos zarparon en un pequeño barco virtual donde, con los asistentes a bordo,

navegamos entre África, Cuba y España, buscando islas desconocidas, con un par de maletas más vacías que llenas.

La segunda isla desconocida ha sido una dirección electrónica: <http://www.agoratalentia.es/documentos/everis.pdf>, en la que he encontrado unas razones para comprender mejor cómo actuar ante los molinos de viento actuales, la “crisis”, palabra y realidad que me hizo sospechar, tal y como lo planteaba en mi post anterior, que estaba naciendo una oportunidad de desarrollo de la inteligencia personal e intransferible, como recurso que no se ha agotado todavía, con gráficas desoladoras de paro humano, pero no cerebral. He visto la presentación de Marc Alba varias veces y tengo que decir que me ha ayudado a despertar y darme cuenta de que *mi blog todavía estaba aquí*. Esta es la auténtica razón de mi vuelta a esta cita ob-ligada para garantizar la búsqueda compartida de islas desconocidas.

Sevilla, 7/III/2009

Si eres humano...



Recuperado de <http://blog.agirregabiria.net/2007/09/gnothi-sauton-concete-ti-mismo.html>, el 12 de julio de 2008

Cuando frecuentaba la historia griega en mi adolescencia, viajando intelectualmente hasta Delfos, tengo que reconocer que asimilé una máxima que figuraba en el frontispicio del oráculo/templo de Apolo, como compromiso para la vida ordinaria y que permanece en mi hipocampo con la frescura de entonces: *¡Conócete a ti mismo!*, modulada sin lugar a dudas por un oráculo de respuesta a Creso, rey de Lidia, recogido en versos gnómicos (de opinión), que son un claro exponente de la dialéctica científica y humana de todos los días: “εἰ θνητός εἶ, βέλτιστε, θνητὰ καὶ φρόνει”, es decir, “*si eres humano, procura pensar en cosas humanas*”.

Después apareció el comediógrafo Menandro, que corrigió esta sentencia, y nos complicó la existencia: mejor que “conócete a ti mismo” es “*conoce a los demás*”.

Hace unos meses, Forges, nuestro cronista del humor inteligente, dio una vuelta de tuerca a Creso y Menandro, entre otros, al manifestar en boca de un protagonista de sus viñetas (su oráculo), algo transcendental para la vida diaria: “*los funcionarios sabemos cosas que los humanos ni sospecháis*”.

Y otros buscan a Dios por todas partes y no lo encuentran, como pasaba con las *cosas divinas* en Delfos, como pasaba también en las iglesias de Roma que recorría Rafael Alberti, en su exilio italiano de finales de los sesenta, en el siglo pasado: “Confíésalo, Señor, sólo tus fieles hoy son esos anónimos tropes que en todo ven una lección de arte, miran acá, miran allá, asombrados, ángeles, puertas, cúpulas, dorados... y no te encuentran por ninguna parte”.

Y como soy humano y funcionario (en perfecto griego del oráculo, *mortal entre los mortales*), voy a pensar por qué han muerto 15 *sin papeles* subsaharianos, entre ellos nueve niños de entre 12 meses y nueve años, cuando sus padres solo buscaban la felicidad humana, *cosas humanas*, en una patera [isla] desconocida, viajando hacia Andalucía..., porque probablemente está ya entreabierta alguna puerta para el compromiso.

Sevilla, 12/VII/2008

Víctor Jara y mi memoria de hipocampo

*Te recuerdo Amanda / la calle mojada / corriendo a la fábrica / donde trabajaba
Manuel...*



Víctor Jara, fotografía recuperada el 6 de diciembre de 2009, de <http://radionuevaaurora.files.wordpress.com/2007/09/056-victor-jara.jpg>

Es verdad que recuerdo la muerte de Víctor Jara, cuando yo llevaba un año trabajando en el Hospital Universitario San Pablo, en la antigua Base americana “San Pablo Frontera”, en septiembre de 1973, en unas condiciones difíciles para estar cerca de la vida y de la muerte de las personas que allí se atendían. Con veintiséis años. Fueron días de contradicción interna porque recordaba a Víctor Jara en canciones protesta que me sabía de memoria y no comprendía por qué le habían asesinado de forma tan brutal. Además, con escasa información en un país que agonizaba en su dictadura feroz, que asimilaba personalmente de forma difícil en mis compromisos con la Universidad de Sevilla.

Llevo días leyendo numerosas referencias a la muerte de Víctor Jara, en el Estadio Nacional que nunca olvidaré, gracias a Costa Gavras, en su película desgarradora, *Missing*, que tantas veces he recordado, como acicate para que no abandone el compromiso con la ética social.

El 16 de septiembre de 1973, lo enterraron de forma humilde y clandestina gracias al aviso de una persona que descubrió su cadáver junto a la tapia del cementerio. Y el pasado 5 de diciembre de 2009, volvió a recibir sepultura digna, en el mismo sitio de 1973, después de que exhumaran su cadáver de nuevo para

poder certificar la violencia con la que actuaron los soldados y oficiales de Augusto Pinochet contra sus palabras, su testimonio de vida, su compromiso ético.

Treinta y seis años después, lo he acompañado por las calles de mi memoria de hipocampo, la de secreto, hasta depositarlo de nuevo en el mismo sitio que ha estado en estos treinta y seis años de mi vida, recordando su sonrisa, sus rizos, que tanto enfadaron al soldado que le golpeó brutalmente en el estadio, en una muerte lenta (1), porque era un cantante marxista-leninista (en interpretación celtibérica que tanto resonaba en mis oídos en aquella época y durante la famosa transición):

-¡Así que vos sos Víctor Jara, el cantante marxista, comunista concha de tu madre, cantor de pura mierda! -gritó el oficial.

Después, he buscado siempre a Víctor Jara a través de [Quilapayún](#), conjunto con el que convivió durante años muy importantes de su vida. Y lo he encontrado hoy, escuchando de nuevo canciones de compromiso para que no olvide nunca mi memoria histórica, a Víctor Jara:

*Levántate y mira la montaña
de donde viene el viento, el sol y el agua.
Tú que manejas el curso de los ríos,
tú que sembraste el vuelo de tu alma.*

*Levántate y mírate las manos
para crecer estréchala a tu hermano.
Juntos iremos unidos en la sangre
hoy es el tiempo que puede ser mañana.*

Sevilla, 6/XII/2009

(1) Délano, M. (2009, 6 de diciembre). [La muerte lenta de Víctor Jara](#). *El País, Domingo*, pág. 12s.

Retorno de lo vivo cercano

Este fin de semana no he podido cumplir, como quisiera, con mi cita semanal en este cuaderno de inteligencia digital. Pero he estado cerca de varios acontecimientos que he guardado en mi hipocampo personal e intransferible, en la búsqueda de la mejor ocasión para tratarlos:

1. Las tres preguntas del [Eclesiastés](#), cada vez que salgo de una experiencia de *lo vivo cercano*:

- ¿Qué gana el que trabaja con fatiga, si se demuestra antes ó después que todo es vanidad de vanidades, solo vanidad, algo así como intentar atrapar el viento?
- ¿Qué diferencia hay entre el hombre y el animal si ambos vuelven siempre al polvo?
- ¿Quien guiará al hombre a contemplar lo que hay después de él?

2. El retorno de *lo vivo lejano*, en palabras de Rafael Alberti:

Nos dicen: Sed alegres.

*Que no escuchen los hombres rodar en vuestros cantos
ni el más leve ruido de una lágrima.*

*Está bien. Yo quisiera, diariamente lo quiero,
mas hay horas, hay días, hasta meses y años
en que se carga el alma de una justa tristeza
y por tantos motivos que luchan silenciosos
rompe a llorar, abiertas las llaves de los ríos.*

3. Los ojos de *María Celeste*, el mascarón de proa preferido de Neruda, que lloraba cada vez que el calor del fuego que ardía en la chimenea de su casa, en la Isla Negra, condensaba el vapor en sus ojos de cristal.

4. Un fotograma, que recupero a continuación del diario [El País](#), de la película *Buda explotó por vergüenza*, como mensaje subliminal de un artículo excelente de Carlos Boyero, [Exotismo con alma](#), que recomiendo en atenta lectura.



5. Una frase de Arthur C. Clarke, que me ha hecho pensar de nuevo en mi preocupación actual sobre el cerebro: *“En sus artículos profesionales, un científico no puede confesar sus emociones, ni soltarse con simples intuiciones, ni limitarse a especular, soñar, sugerir, opinar... El científico tiene esa servidumbre; el escritor, no”*.

Y cuando volví a casa, *este cuaderno todavía estaba aquí*. Tal y como me lo recuerda en muchas ocasiones el dinosaurio ¿despierto, dormido? de Tito Monterroso.

Sevilla, 27/IV/2008

Zenobia Camprubí



Puede ser una paradoja que muchas personas no entiendan. El próximo 25 de octubre se celebra la conmemoración del 50 aniversario de la concesión del Premio Nóbel a Juan Ramón Jiménez. Y es verdad que en este año se han preparado múltiples eventos para celebrar este gran acontecimiento. Pero me gustaría rescatar en este día a una persona que empecé a conocer por sus excelentes traducciones de Rabrindanath Tagore cuando era niño (Pájaros perdidos) y también en la adolescencia inquieta: Zenobia Camprubí, la excelente compañera de vida de Juan Ramón, la enamorada impenitente de una persona extraordinaria en su realidad existencial, difícil, desaforada, extraña, alejada de un siglo en el que estaban obligatoriamente obligados a vivir y entenderse.

Zenobia Camprubí Aymar, mujer ejemplar en etapas de la vida “nacional” que nunca se tendrían que haber escrito, ha representado a la inteligencia creadora y comprometida de las mujeres del segundo plano, de aquellas que han dejado todo, en el pleno sentido de la palabra, para acompañar el éxito de sus parejas masculinas, en el que la retroalimentación ha sido en el mayor número de ocasiones un auténtico calvario de vaciamiento existencial. Y creo que la conocí mucho mejor en mis múltiples visitas a la Casa Municipal de Cultura “Zenobia y Juan Ramón”, en Moguer (Huelva), pueblo en el que viví algunos años (1976-1978) por temporadas, en el Hotel Fuentepiña, edificio desaparecido hoy en su función hotelera y recuperado para el pueblo, afortunadamente. En aquella Casa de Zenobia y Juan Ramón, el guía que la atendía con dedicación y primor, Pepito, siempre repetía las mismas frases de ternura hacia Zenobia, cuando subíamos a la primera planta y entrábamos en su habitación dormitorio: “qué guapa, verdad, siempre se dedicó a atender a Juan Ramón, porque él creía que siempre estaba enfermo”. Allí había un cuadro, con una fotografía de esta excelente mujer y para ella eran las palabras más cálidas de la visita. Tengo que reconocer que allí empezó mi interés por conocer su apasionante vida. Gracias a Pepito, enamorado de la obra y vida del matrimonio Jiménez-Camprubí, que en una de mis últimas

visitas a Moguer, me enseñó con gran orgullo el perejil de plata que le habían entregado en la excelente Fundación Juan Ramón Jiménez, y que muchas veces me había sellado los libros que compraba en ediciones que casi nadie quería, pero de un valor incalculable por ser primeras ediciones, con las firmas autógrafas de Zenobia Camprubí de Jiménez y Juan Ramón Jiménez.

Zenobia vivió con dedicación plena a Juan Ramón. Recientemente, se ha publicado el tercer tomo de su [Diario](#), y tal como manifestaba Andrés Trapiello, en el suplemento Babelia de El País, de 7/X/2006: “estamos ante una obra donde no cabe mayor seriedad: han sido dictados por la consciencia y por la paciencia, es decir, por un pensar y un padecer únicos y muy hondos”. Es una gran desconocida para el gran público porque todos los honores se los llevó siempre Juan Ramón, pero la lectura de su obra diaria permitirá recuperar la autenticidad y grandiosidad de esta mujer culta, inteligente, sensible, compañera, amiga y enfermera sempiterna de “su único hijo, Juan Ramón”, en un amor correspondido a su manera y que se traduce con exactitud existencial en su dedicatoria a los diarios: “A Zenobia de mi alma, que la adoró como la mujer más completa del mundo, y no pudo hacerla feliz”. Ahí está la clave de su éxito.

Sevilla, 13/X/2006

Ombra mai fù



Photo: Decca / Uli Weber, recuperada el 11 de octubre de 2009 de la [home page](#) de Cecilia Bartoli

En una etapa personal en la que voy con frecuencia [del timbo al tambo](#), tengo dificultades para escribir en este cuaderno y hoy, cuando me atrevo a escribir en mi brevedad de ser este post, lo hago escuchando de fondo a una persona que admiro desde hace unos años, [Cecilia Bartoli](#), cantando un aria de la ópera de Handel, *Jerjes* (Serse).

*“Ombra mai fù
di vegetabile
cara ed amabile
soave più”*

(Jamás ha existido sombra vegetal tan querida y amable)

En aquella ocasión, que puede ser en el fondo y en la forma la de hoy, decía lo siguiente: “Aquí está listo el post de hoy, para ser llevado a tu mesa, cuando voy permanentemente de mi corazón a mis asuntos, *del timbo al tambo* particular, personal e intransferible. Cerebro y corazón, básicamente el cerebro, para los que nos acercamos con tanto respeto a él, que nos recuerda permanentemente su papel estelar en la vida, porque diversas estructuras cerebrales hacen posible la historia jamás contada, de vivir de forma controlada para no ir *del timbo al tambo*. A ser posible, a los asuntos importantes para la búsqueda de la felicidad. Y estos días que pasan, pero que en algunas y algunos se quedan, estamos viviendo momentos trascendentales para cada persona, para la

sociedad, para la ciudadanía, para las familias, para las amigas y amigos a los que queremos, para las compañeras y compañeros de trabajo, con los que estamos obligatoriamente obligados a vivir, estar y, lo más difícil, ser”.

Cecilia Bartoli, con la edición de un disco extraordinario, [Sacrificium](#), se ha comprometido con una historia muy triste para la sociedad en general, la de los “castrati”, donde la Corte, la Iglesia y las personas más influyentes de la sociedad no tenían escrúpulo alguno en seguir marginando a la mujer a costa de niños napolitanos que vivían una experiencia sangrante desde la perspectiva emocional de cada uno.

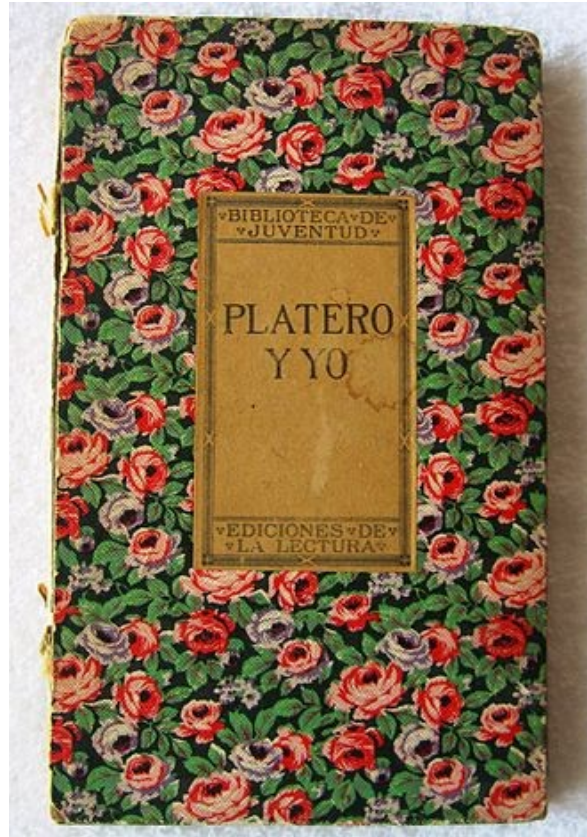
Hoy, en homenaje a aquellos cantantes de ópera castrados en sus almas, los recuerdo con la voz de Cecilia, sonando el querido *Largo* de Handel, el aria *Ombra mai fú*, con un mensaje para navegantes vitales:

Jamás ha existido sombra vegetal tan querida y amable

Mientras, he buscado la compañía de Cecilia Bartoli para demostrarme los contrapuntos de la vida, donde Farinelli y Cafarelli encantaban la vida de un público fervoroso, aunque en esa ópera, *Serse*, personaje principal de la misma, es un travestido en sí mismo, buscando sombras materiales donde cobijarse...

Sevilla, 11/X/2009

Nochebuena de los felices



Se aproximan días que respeto en su quintaesencia histórica, aunque soy consciente de que la economía de mercado los ha convertido en pura mercancía. Recuerdo siempre el villancico final que cerraba los planos finales de la película [Plácido](#): “en esta tierra nunca ha habido caridad, ni nunca la ha habido, ni nunca la habrá”, que repongo en sesión especial vital todos los años, durante la Navidad, para que no olvide su mensaje demoledor cuando convertimos estos días en una rifa para sentar pobres en nuestras mesas vitales.

Escribo este post como regalo para todos los días, no sólo en Navidad, para los que desean ser felices con lo que tienen, día a día, pero sobre todo para que seamos mucho más felices todavía siendo y no solo teniendo.

Este título no es mío, pertenece al niñodíos de nombre Juan Ramón Jiménez. El próximo año se celebrarán los primeros cien años -porque estoy convencido de que se cumplirán muchos más- de la primera publicación, parcial, de “Platero y yo”, elegía andaluza a la que siempre quería agregar capítulos el poeta de Moguer, el gran embajador mundial de ese pueblo precioso, que me entregó su alma secreta durante años.

Moguer me ofreció siempre una acogida de día y noche que no puedo olvidar. Por las mañanas, porque preparaba mis clases en la casa de Juan Ramón, gracias a Pepito, su guardián celoso y servicial, muy atento a que mi estancia allí fuera tranquila y segura, alejándome a veces del clamor infantil en las visitas de la mañana a la sala-biblioteca que existía en la planta baja de aquella época. Además, en el arco de la escalera del patio principal, leía todos los días un mensaje alentador y programático: Amor y poesía, cada día... Por las noches, porque me ofrecía conocimiento y libertad para comprender en sus recónditos bares, uno de ellos muy querido, *La Parrala*, lo que significaba tomar algo a modo de cena, siempre acompañado por personas que conocí a pie de barra. Sobre todo, Mateo, un hombre tosco y aguerrido, que hablaba todos los días con su caballo, en conversaciones imposibles, probablemente porque Platero lo había marcado de por vida, haciéndome partícipe de sus ilusiones y frustraciones diarias. Después, en un paseo iluminado siempre por los mensajes de personas y paredes, me alojaba en el Hotel situado junto al Ayuntamiento, en una habitación que me asignaba el encargado, Pepe, que en su soledad sonora y amable, procuraba proteger mi estancia para que la vida me permitiera descansar como caminante que siempre pretendía hacer camino al andar.

Llega la Nochebuena, sobre todo para los felices. Y he vuelto a leer en *Platero y yo* el capítulo dedicado a la Navidad (CXVI), cuya lectura casi recuerdo de forma íntegra cuando llegan estos días de forzados recuerdos y que reproduzco completo como homenaje a Platero, para que siga trotando libremente en mi memoria de hipocampo, agregando años a su vida real en la mente sana de los que apreciamos conocerlo tal y como era, porque no nos importa seguir siendo niños sin Nacimiento, como los de Juan Ramón:

Navidad

¡La candela en el campo!... Es tarde de Nochebuena, y un sol opaco y débil clarea apenas en el cielo crudo, sin nubes, todo gris en vez de todo azul, con un indefinible amarillor en el horizonte de Poniente... De pronto, salta un estridente crujido de ramas verdes que empiezan a arder; luego, el humo apretado, blanco como armiño, y la llama, al fin, que limpia el humo y puebla el aire de puras lenguas momentáneas, que parecen lamerlo.

¡Oh la llama en el viento! Espíritus rosados, amarillos, malvas, azules, se pierden no sé donde, taladrando un secreto cielo bajo; ¡y dejan un olor de ascua en el frío! ¡Campo, tibio ahora, de diciembre! ¡Invierno con cariño! ¡Nochebuena de los felices!

Las jaras vecinas se derriten. El paisaje, a través del aire caliente, tiembla y se purifica como si fuese de cristal errante. Y los niños del casero, que no tienen

Nacimiento, se vienen alrededor de la candela, pobres y tristes, a calentarse las manos arrecidas, y echan en las brasas bellotas y castañas, que revientan, en un tiro.

Y se alegran luego, y saltan sobre el fuego que ya la noche va enrojeciendo, y cantan:

*...Camina, María,
camina José...*

Yo les traigo a Platero, y se lo doy, para que jueguen con él.

Abro de nuevo el libro y sigo andando por la calle de la Ribera, interpretando los sentimientos de Juan Ramón ante la casa que lo vio nacer, invitando a Platero a que mirara por la cancela la verja de madera, negra por el tiempo..., intentando compartir con él, como solo él sabía hacerlo, una buena noche para ser feliz.

Sevilla, 17/XII/2013

NOTA: Se puede hacer una audio-lectura de este capítulo, accediendo a la siguiente URL: <http://albalearning.com/>

Aforismos



Noray en Puerto Calero (Lanzarote). Foto del autor

Aprecio mucho el aforismo, que ya en el siglo XVIII se definía por primera vez en el Diccionario de Autoridades, como “Sentencia breve y doctrinal, que en pocas palabras explica y comprehende la esencia de las cosas” (RAE A 1726, pág. 338,1). Y vuelven a estar de moda, quizá porque la velocidad que se imprime a la vida diaria, necesita de estos “pretextos para textos fuera de contexto”, como lo ha definido recientemente Jorge Wagensberg en un artículo de opinión, extraordinario, que ha publicado en el suplemento *Babelia*, de El País (1).

Esta definición, en términos de ciencia, lo fundamenta en tres argumentos: la objetividad, la inteligibilidad y la dialéctica. **Objetividad**, porque el sujeto de conocimiento debe distorsionar lo menos posible al objeto de conocimiento. Mediante la **inteligibilidad**, porque hay que despejar a la esencia de todos sus matices, alcanzando la mínima expresión de lo máximo compartido. Ejemplo: *Vivir envejece*. Y, por último, la **dialéctica**, como tensión continua entre sujeto y objeto: *La realidad es inteligible porque no hay bosques con más árboles que ramas* (2).

Cuando estamos ante momentos cruciales de compromiso activo o, por ejemplo, cuando estábamos en fechas próximas a las elecciones del 25M, tuve una sensación extraña en mi vida profesional, que traduje en un aforismo personal y transferible:

Falta mar para recoger a todos los que se tiran del barco...

Era **objetivo**, porque asistí a deserciones de todo tipo ante lo que podía pasar el 25 de marzo de 2012. Era **inteligible**, porque muchas personas que se

mantenían en el puente de mando personal, político y profesional, sabían que era cierto solo con mirar a su alrededor. Y la **dialéctica** era obvia: barco y mar, porque en determinados momentos se controlan por la tensión económica, política o social, correspondiente. Era verdad, desgraciadamente, que cada uno estaba al final en su sitio, porque lo que definiendo desde hace años es que no todos decimos lo mismo, ni vamos en el mismo barco. Ni hacemos la misma singladura. Ni navegamos con la misma empresa armadora. Unos en cruceros, otros, en pateras, sin quilla, pero navegando siempre hacia alguna parte, buscando islas desconocidas, que se encuentran.

Y pasadas esas fechas críticas, nació un nuevo aforismo, como corolario del anterior e indisolublemente unido a él:

Falta barco para recoger a todos los que se tiraron a ese mar...

Aunque en esta ocasión, el pretexto haya sido un texto dentro de contexto.

Sevilla, 14/V/2012

(1) Wagensberg, Jorge (2012, 12 de mayo), [Pretexto para un texto fuera de contexto](#), en Babelia (El País).

(2) Wagensberg, J. (2012). [Más árboles que ramas](#). Barcelona: Tusquets.

El cerebro necesita poesía, cada día...



Escribo este post como homenaje expreso a un amigo del alma, [Juan Cobos Wilkins](#), quizá ahora tan tarde, pero al que he profesado siempre respeto y admiración. El me entregó lo mejor de él en años muy conflictivos en una ciudad diseñada por el enemigo, Huelva, comprometiéndonos con su progreso, cada uno en lo que mejor sabía hacer. Con un prólogo precioso a mi libro, [Teatro de barrio](#), lo mejor de sus páginas. Hoy, a través de este blog, simbolizo que el mundo de la memoria sólo tiene interés cuando va hacia adelante, aunque su especialidad sea ir hacia atrás. Paradojas de la vida, aunque seguro que los dos sabríamos escribir un nuevo guión para Errol Flynn, siempre como miembros de un séptimo de caballería muy particular, sabiendo que los indios sioux de cualquier Caballo Loco de hoy están siempre en el desfiladero y que al final del mismo nos espera Olivia de Havilland, cada uno en su reinterpretación personal, que en mi caso, sé muy bien quién es. Porque la respeto, quiero y admiro. Viviendo los dos con las botas puestas.

Amor y poesía, cada día. Así iniciaba muchas jornadas de trabajo en la Casa-Museo Zenobia-Juan Ramón, en Moguer, en 1978, con el permiso amable de Pepito, el guía por afecto a una causa no perdida, una persona extraordinaria que me hizo muy fácil vivir en tiempos revueltos, porque leía en tonos rojos esta frase que rodeaba el arco de la escalera de acceso a la planta alta de aquél entrañable Museo. Lo he recordado estos días al leer un libro de poesía, [Para qué la poesía](#), de Juan Cobos Wilkins, al que sabe que aprecio desde que nos conocimos en 1982, en Huelva, con el agradecimiento expreso por todo lo que aprendí de él y sigo conservando en mi memoria de hipocampo.

El libro es un homenaje sentido del olvido, la incapacidad de comunicación y la metáfora como salvación, con el que ha conseguido el [XVI Premio de Poesía Ciudad de Torreveja](#). Lo compré de inmediato porque siempre

tengo una deuda con Juan, al que debo mucho en mi aprendizaje de personas de secreto y porque su nombre me trae a la memoria de hipocampo momentos inolvidables de diálogo compartido, en soledad y acompañados por personas a las que queremos. Quizá sea su explicación de contexto en la visita que hicimos a [Peña de Hierro](#), en Nerva, el 31 de diciembre de 1982, la experiencia que más huella me ha dejado en mi cerebro de secreto.

Y qué curioso es que aunque por caminos distintos, los dos hemos trabajado sobre la memoria, hasta encontrarnos de nuevo. Por su parte, porque toda su obra es un canto permanente a su excelente memoria, devolviéndonos permanentemente su experiencia sentida a través de las palabras en prosa o poesía. Con la excelencia que él lo hace siempre. Por la mía, porque desde 2005, fecha en la que comencé a escribir en este cuaderno de derrota, en términos próximos al mar, la estructura del cerebro que aloja a la memoria y allí reside durante toda la vida o hasta que el zaratan del Alzheimer la destruye, es decir, el hipocampo, mejor, [el caballo encorvado](#), ha sido una constante de compromiso activo en el blog, porque siempre me ha preocupado desentrañar el conocimiento de la misma, porque [recordar y predecir](#), aunque sea a través de metáforas, como le gusta explicar a Juan, es imprescindible para la salud mental: “He comenzado a leer un libro sorprendente, *Me acuerdo* (1), que simboliza una actividad cerebral de importancia transcendental en la vida de las personas. Recordar o no recordar, esa es la cuestión. He llegado a esta lectura por dos razones fundamentales: la localización del libro a través de un artículo de Guillermo Altares, Cuando un recuerdo es algo que tenemos (2), y mi permanente actitud de investigación sobre las estructuras cerebrales que nos permiten recordar a través de la memoria. Una aventura apasionante”.

Dice Altares que “Esa mezcla, lo que tenemos, lo que hemos perdido, es lo que nos convierte en nosotros y el pintor Joe Brainard (1942-1994) encontró una fórmula maravillosa para navegar por la memoria, los *Me acuerdo...*”. Efectivamente, la memoria es lo que más nos pertenece, lo verdaderamente personal e intransferible en el cerebro de cada persona, lo irrepetible en el otro. Es lo que nos permite convertirnos permanentemente en nosotros mismos. Solo basta un pequeño ejercicio de parada “técnica” vital, detenernos unos minutos en el acontecer diario y comenzar a pensar bajo la estructura recomendada por Brainard: me acuerdo de..., y así hasta que el bienestar o malestar nos permita disfrutar del recuerdo o comenzar un sufrimiento posiblemente innecesario. Porque de todo hay en la memoria -¿viña?- de cada una, de cada uno”.

He explicado la estructura del hipocampo, en un post, [El caballo encorvado](#): “Y aparece así la estructura básica de la memoria a largo plazo, la razón de la razón (que no del corazón) en términos pascalianos. La información

que entra por los sentidos llega al hipocampo dejando siempre una “huella” de lo que se ha “visto” o “sentido”. También puede llegar a la amígdala, para evaluar emocionalmente la “escena” o “reacción sensorial” a grabar. Y comienza la carrera interna del hipocampo como caballo disciplinado o desbocado, en función de los márgenes que dejen los neurotransmisores y las hormonas correspondientes: “cuando el nivel emocional es elevado, las señales límbicas, vía septum, (la pared delgada que separa dos tejidos) alcanzan el hipocampo induciendo la síntesis de nuevas proteínas y de ese modo consolidar el trazo de memoria. De ese modo la huella débil y efímera se convierte en una memoria más robusta y duradera” [3]. Y se avanza en esta investigación con afirmaciones rotundas que dejan entrever el papel primordial del hipocampo en esta tarea de grabación histórica: “el hipocampo recibe de la corteza grandes volúmenes de información multimodal, la asocia, la retiene durante el procesamiento, la amplifica, probablemente la compara con la ya existente y contribuye a su consolidación en la corteza cerebral. El hipocampo y la amígdala participan simultáneamente, tanto en los estados iniciales de la formación de la memoria, como en la recuperación”.

Juan Cobos Wilkins, describe muy bien qué significa perder esta maravillosa realidad cerebral, en su primer poema: MATER, del que reproduzco los versos introductorios:

Ya sé que no te acuerdas, madre, no te acuerdas.

*Bajo el cabello blanco, una goma de borrar –no como aquellas
de infancia que olían a vainilla- hecha de niebla
y humo todo lo difumina, lo desvanece todo. Y sólo deja
tras de sí un hojaldre de escarcha, tan frágiles
esquirlas de cristal que la luz de mis ojos
las rompe si las toca.
Ya sé que no te acuerdas, madre,
pero yo soy tu hijo.
Tu hijo soy, y como tú a mí cuando era niño, ahora te digo yo:
[eso es azul,
se llama cielo.*

Y continúa el libro con referencias a la vida, de muchas formas posibles: desvivir, revivir, convivir: *conmorir con todo eso, lo de siempre*, sobrevivir y vivir: *eso invisible que le sucede a otros*. Después, preguntas que preparan la respuesta de para qué la poesía, para justificar por qué el cerebro necesita poesía. La mejor respuesta, la final: *para sanar, para vivir...*

Sevilla, 11/III/2012

(1) Brainard, Joe (2009). [Me acuerdo](#). Madrid: Sexto piso.

(2) Altares, Guillermo (2009, 28 de marzo), [Cuando un recuerdo es algo que tenemos](#), *El País (Babelia)*, p. 8.

(3) Almaguer Melian, W., Bergado Rosado, J. y Cruz Aguado, Reyniel (2005). Plasticidad sináptica duradera (LTP): un punto de partida para entender los procesos de aprendizaje y memoria. *Revista Cubana de Informática Médica*, 1 (5).

Soleá de la ciencia

Esta mañana, cuando preparaba un artículo sobre la esfera de la inteligencia, para publicarlo dentro de una hora, me acordé de una soleá preciosa, *Soleá de la ciencia*, cantada por Enrique Morente, que forma parte de su disco “Morente sueña la Alambra”, que te transcribo como homenaje a un poeta de vida, padre de Estrella, cantaora sublime en los atardeceres de Granada, y ... para bajar nuestros humos. Sus palabras son fiel reflejo de lo que supone la dialéctica del conocimiento de base y el de laboratorio.

Dicen los estudiosos que este palo debió originarse durante el primer tercio del siglo XIX, para acompañar el baile por jaleos, aunque con posterioridad se convirtió en cante para escuchar, hasta llegar a ser considerado uno de los pilares básicos del flamenco. ¿Soleá: soledad o poner al sol? Las letras tocan muchos temas, desde lo intrascendente a lo trágico. Destacan las alusiones a la vida, el amor y la muerte. En rigor, no debe hablarse de la soleá, sino del cante por soleá, o por soleares, dada la cantidad de variantes y matices que posee. Si esta prueba digital te convence, podemos seguir avanzando en nuestra aventura particular de cerebros pensantes, ilusionándonos con el saber compartido sobre la esencia de esta palo: interpretar los puntos cardinales de la existencia: la vida, el amor y la muerte, desde la inteligencia del Sur:

Presumes que eres la ciencia

Yo no lo comprendo así

Cómo siendo tú la ciencia

No me has comprendido a mí

Sale el sol y da en el cristal

Cuando no quebranta el vidrio

¿Qué es lo que va a quebrantar?

Los pajarillos y yo

Nos levantábamos a un tiempo

Ellos le cantan al alba

Y yo alegre mis sentimientos

Para que tanto llover

Mis ojitos tengo secos

De sembrar y no coger

Letra y Música: Popular adaptadas por Enrique Morente

Voz: Enrique Morente

Guitarra: Tomatito

Producido por: Enrique Morente

Tomatito aparece por cortesía de Universal Music Spain, S.L.

Sevilla, 14/IV/2006

Armstrong, niño de la luna



<http://youtu.be/TpWXyRq-Slw>

Dedicado a Neil Armstrong, aquél americano en la luna, que hizo posible creer en la innovación y en el progreso, en una España que tenía helado el corazón.

Pertenezco a la generación que escuchó a Jesús Hermida la narración de la llegada de Neil Armstrong a la luna. Era de noche y mi abuela desconfiaba de todo lo que estaba viendo: ¡Hermida es así de fantástico!, decía tan tranquila. Y todos nos deshacíamos en esfuerzos para entender aquello que nos superaba, más que a mi abuela a decir verdad, todavía en una película de blanco y negro. España vivía un mes de julio muy caluroso desde el compromiso político. A lo más que aspirábamos a mi edad era a no estar en la luna y, sobre todo, a no pedirla, como se decía en mi casa si algo era desproporcionado.

Yo no estaba en la luna, porque al día siguiente me iba a atender a los familiares de enfermos del Hospital de las Cinco Llagas, para invitarlos a dormir y asearse, en una habitación limpia, de un piso que había alquilado la asociación a la que pertenecía, para entregarles dignidad como personas, a pesar de que fueran pobres de solemnidad, como se decía en aquella época. Estaba de vacaciones, y cogía un autobús desde de Valencina de la Concepción a Sevilla, ida y vuelta, con una misión posible, muy terrenal por cierto.

Aquella noche de 20 de julio de 1969, la voz trémula y engolada de Hermida, muy americano él, nos hizo muy cercana la llegada del primer hombre a la Luna, algo que se nos escapaba a los que estábamos muy cerca de la Tierra, en su difícil día a día, luchando por cambiar un país que vivía aquello como el mundo del nunca jamás.

Y al cabo de los años, recordábamos a la luna con una canción que Ana Torroja, del grupo Mecano, nos dejó para la posteridad, haciéndonos comprender que la Luna, a pesar de la visita de Armstrong, estaba sola, “quería ser madre”, y no respondía, muy celosa ella, cuando se le preguntaba, de forma más desafiante que el astronauta lo pudo hacer, aquello de:

*Luna quieres ser madre
y no encuentras querer
que te haga mujer.
dime, luna de plata,
qué pretendes hacer
con un niño de piel.*

Y la luna lo tenía muy claro. Un día no muy lejano, ese niño estaría muy cerca de ella porque nadie entendió el conjuro de una gitana, desafiante ella, ya estuviera en fase menguante o llena, o detectara unas atrevidas huellas humanas de un tal Armstrong en su suelo:

*Y en las noches
que haya luna llena
será porque el niño
esté de buenas.
y si el niño llora
menguará la luna
para hacerle una cuna.*

Sevilla, 26/VIII/2012

Canción triste de Cádiz Street

Cádiz, con los cambios “climáticos” de Delphi. Cádiz arrastrando la dialéctica del dolor y de la alegría para vivir, para su libertad. El pasado 23 de febrero me quedé pensando durante un tiempo prudencial cómo sería la letra de la canción que interpretó Javier Rubial con motivo del acto que se celebró en Cádiz el 21 del mismo mes en torno del cambio climático. No la pude localizar. Y terminaba el post publicado aquél día, [El niño del Serengueti](#), diciendo: “Ruibal, con su encanto personal, coge la guitarra en su tierra y con la gracia que el Sur le ha dado, comienza a gritar a los cuatro vientos que mientras el niño del Serengueti admira el entorno tanzano como una maravilla para sus ojos cautivos, va arrojando agua sin la conciencia de estar perdiendo un auténtico tesoro. A diferencia de nosotros, los más inteligentes de la tierra, el primer mundo, que no podemos fantasear más allá de lo que nuestros ojos son capaces de transmitir a un cerebro cautivo y desarmado por la sequía de la inteligencia en muchas de sus manifestaciones posibles. Por cierto, humanas. Y que no es capaz de descubrir ya la realidad del “aire azul” tanzano ó gaditano, fantástica recreación del escritor australiano Alan Mooheread, enamorado del continente africano, escapándosele también el agua entre los dedos...”.

Tenía una deuda contigo, lector, lectora, de nuestra peculiar esfera digital, que consistía en localizar la letra completa de la canción (1) y ponerla en circulación neuronal (¿inteligencia digital?) para mejor comprensión de lo que reconocía que era una mera intuición. O sentimiento, en la clave que aprendí hace muchos años de Rafael Alberti, poeta también gaditano, en la dialéctica pensamiento/sentimiento, con su recomendación de que escuchemos siempre el corazón mucho más fuerte que el viento, porque si esta canción, este mensaje no tiene corazón, es solo eso, la letra de una canción triste de Cádiz Street... por mucho que Delphi intente cambiar el clima laboral de la bahía casi sin darnos cuenta:

*“Agua que no has de beber/
oro puro que se tira/que por el
agua se sufre/se perdona y se respira/
agua que no has de beber/
nunca la dejes correr.*

*El que corre sin descanso/
nunca llegará primero/al corazón
de los mansos/dale agua y*

*no dinero/agua que dejes pasar/
puede el destino cambiar.*

*Si tú la tiras por el camino/no
va quedar un espino/donde puedas
esconderte/y voy a darte tu
merecido/este niño malcriado/
nunca cambiará su suerte.*

*El niño de Senegal/sueña que
se va a la Luna/en una nave espacial/
ligera como una pluma/tuvo
cara de astronauta/desde que
estaba en la cuna.*

*Y en la órbita perfecta/asomado
a la ventana/el niño del Serengueti/
ocho veces por semana/
sueña que tira confeti/y se
inunda la sabana.*

*Como no cumple nunca un
castigo/este niño consentido/se
me va a quedar en Babia/ si no
estuvieras siempre en las nubes/
cuidarías, no lo dudes/de no
derramar el agua.*

*Por los dioses de mi tribu/juro
que hago de ti un hombre/
aunque pierda los estribos/y
llegue a borrar tu nombre/de
tanto como lo digo/un hombre
como es debido.”*

Sevilla, 7/III/2007

(1) El País (2007, 28 de febrero). Javier Rubial estrenó “El niño del Serengueti”. *El País (Extra)*, p. 10.

El niño Mozart

He cumplido un sueño histórico: después de muchos años de espera, de búsqueda, de asombro, de ilusiones fraguadas en el descubrimiento de la inteligencia musical, de acuerdo con el profesor Gardner (Howard), he escuchado, vivido, sentido, seis creaciones de Mozart cuando solo tenía cinco años. Son seis manifestaciones de un maestro del clavecín, que suman tan solo tres minutos y cincuenta y cuatro segundos, como introducción a una clase magistral de inteligencia aplicada.

El catálogo Köchel, recoge estas seis piezas como las iniciáticas del ciclo Mozart a lo largo de sus treinta y cinco años de vida, en los que se recopilan 626 obras maestras, a las que se podría calificar así, cualquiera de ellas. Estas pequeñas composiciones son: un andante, dos allegros y tres minuetos. Si alguien me pidiera una elección de las seis obras, me decanto por el Minueto para piano en fa mayor (K. 1d), que deja una estela de encanto melódico en un tiempo record: un minuto y veintidós segundos, en los que con los ojos cerrados he visualizado al niño Mozart rodeado de su padre y maestro, Leopold y su hermana Nannerl.

La versión que he escuchado es la del maestro Guy Penson, grabada en 1991, utilizando el clavicordio, con un sonido más próximo a la realidad mozartiana del año 1761. Prefiero el sonido del clavecín, mucho más cuando busco comprenderlo después de haber leído, hace muchos años, su diferencia del piano tradicional y próximo a nuestros días. El clavecín o clavicémbalo es, de acuerdo con el DRAE, un “instrumento músico de cuerdas y teclado que se caracteriza por el modo de herir dichas cuerdas desde abajo por picos de pluma (de cuervo...) que hacen el oficio de plectros”. Difícil nos lo ponía el diccionario: herir, picos de pluma, plectros... Estos últimos son “palillos o púas que usaban los antiguos para tocar instrumentos de cuerda”. Su origen griego (pléctron), decanta una especial orientación hacia la sabiduría, así como la segunda acepción de este vocablo cercano a la poesía: inspiración, estilo. La versión que escucho en momentos de búsqueda de la razón de ser de la inteligencia predictiva, es una ejecución sobre clavicordio, una variante de este tipo de instrumentos de la segunda mitad del siglo dieciocho, que se caracteriza también por las cuerdas y teclados, siendo “heridas” estas cuerdas (sic), por debajo, por una palanca que lleva un trozo de latón en la punta.

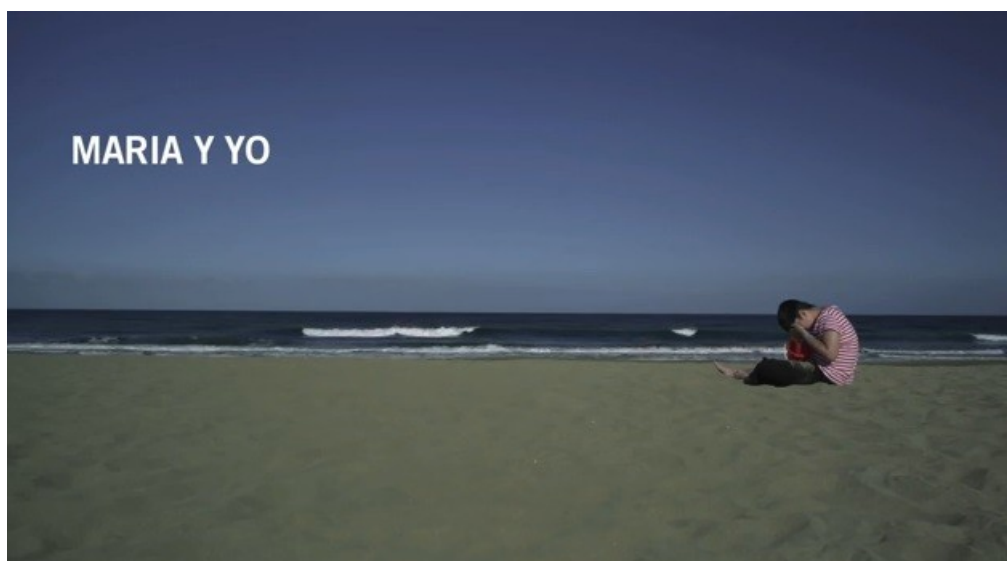
Esta música del niño Mozart ha llegado a mi vida, a mi investigación actual, como el conjunto de las tres “heridas” por las que clamaba Miguel

Hernández, la de la vida, la del amor y la de la muerte, al igual que los plectros del clavecín de Mozart hacían sentirse más cerca de la vida auténtica al mundo cortesano, al mundo real de una persona que demostró en 626 variaciones sobre un mismo tema vital, que se había equivocado de siglo y que estaba herido de muerte por los plectros interesados en la música de encargo.

Es un pequeño homenaje que debía al niño que llevaba dentro Mozart. Eso sí, sin el encanto que él imponía a cada “fuga” de su propia vida, simbolizado en Papageno, con su jaula y carillón ambulantes, el protagonista de “La Flauta Mágica”, sin que haya logrado entender todavía a qué “pájaros” quería encantar en el frenesí impuesto por la Reina de la Noche...

Sevilla, 18/IV/2006

María y yo, un gran regalo de Reyes



<http://youtu.be/aviGMwGRsroV>

He recibido, gracias a la vida, un regalo precioso: una historia entrañable para personas preocupadas, como yo, por la inteligencia y por su capacidad para resolver problemas. He leído el cómic que lleva por título *María y yo* (1) y también he visto la película del mismo título con un guión adaptado de la obra de [Miguel Gallardo](#), padre de María, la gran protagonista de esta historia bellísima, y reconocido creador de *Makoki*, líder en la década de los años ochenta de los mundos *underground* y contraculturales de nuestro país. El libro es para leerlo con mucha atención, lo que nos permitirá comprender bien un desajuste de estructuras cerebrales que son la base del autismo y cómo se puede abordar con mucha ternura esta realidad que está ahí, en muchos niños y niñas de nuestro país. María es un símbolo real de autosuperación en su persona de secreto que, poco a poco, se va conociendo con más detalle por la neurociencia más activa. Quizá, hoy, por ti, que sigues este blog.

Recomiendo la lectura del libro y la película, por este orden, para comenzar este año con un mensaje de esperanza y de optimismo ante la adversidad, con el recurso tan cercano de utilizar las pequeñas cosas, los pequeños afectos, los sentimientos, las emociones, para agregar valor a nuestras vidas, las de todos. Porque la inteligencia de cada una, de cada uno, seguro, pone el resto, porque es la que nos permite resolver problemas, en la clave que aprendí hace muchos años, de José Antonio Marina: *la inteligencia es la que permite, mediante una poderosa conjunción de tenacidad, retórica interior, memoria, razonamiento, invención de fines, imaginación -en una palabra, gracias al juego libre de las facultades-, que veamos una salida cuando todos los indicios muestran*

que no la hay. Inteligencia es saber pensar, pero, también, tener ganas o valor para ponerse a ello. Consiste en dirigir nuestra actividad mental para ajustarse a la realidad y para desbordarla (2).

Sevilla, 8/I/2011

(1) Gallardo, Miguel (2010). *María y yo*. Bilbao: Astiberri.

(2) Marina, José Antonio (1993). *Teoría de la inteligencia creadora*. Barcelona: Anagrama.

Tu canción (*Your song*)



Vuelvo a escuchar con la misma atención y sentimiento esta magnífica canción de Elton John. He recordado su letra, equívoca para una época de España, en la que el autor canta la belleza humana en la simbología de los ojos azules ó verdes, ¡qué más da!, porque lo importante es que *“tú puedes decirle a todos que esta es tu canción, puede ser absolutamente simple pero ahora está hecha, espero que no te molestes, espero que no importe que puse en mis palabras cómo es la vida de maravillosa mientras que tú estás en el mundo”*. ¡Cuántas veces asistimos al fenómeno de que “gusta” una canción, aunque en aquella época no supiéramos o sigamos sin saber lo que nos quiere transmitir el autor!

Y Reginald Dwight, *Elton John*, compañero de año de nacimiento (1947), seguía gritando su canción a los cuatro vientos, arrancando “su canción” con una frase premonitoria:

“Es un poco divertida esta sensación que tengo adentro, no soy uno de los que puedan ocultarlo fácilmente, no tengo mucho dinero, muchacho, pero si lo tuviera, compraría una casa grande en donde ambos podríamos vivir”.

“Así que perdóname por olvidarlo pero esas son las cosas que hago”.



Y aquella noche apagué mi radio *Grundig*, que compré con esfuerzo personal en una tienda de la via Giulia, en Roma, en 1976, mientras “su canción”, que no comprendía por mi carencia traductora, me susurraba a los oídos que otro mundo podría ser diferente. Así lo comentaba el locutor de aquella radio alternativa, *Radio Incontro*, que escuchaba con veneración, con esta sintonía de fondo que me acompañaba en las noches de Roma, cuya lectura al revés, amor me daba: algo era y algo es.

Sevilla, 19/VII/2007

La sabiduría de Guatemala

He leído con atención y dolor el reportaje “Guatemala desentierra el silencio”, que comienza con una frase programática: llévate mis palabras. El libro fotográfico de Miquel Dewever-Plana, es una lección que hay que aprender de la historia reciente del siglo pasado, donde la riqueza de la tradición ha superado la tragedia del mal irredento, de una memoria que no quiere negar el sufrimiento popular por respeto a sus antepasados, a su sabiduría de la vida. El exterminio que causó cerca de 250.000 muertos en la década de los ochenta y que en nombre de causas espurias justificó muchas veces la lucha armada contra los desarmados de cuna, me lleva a recordar un cuento de Augusto Monterroso, *El eclipse*, que muestra de forma rotunda la sabiduría de sus ancestros, que permitió vivir a los antepasados con palabras de vida. Por mucho que el bendito fray Bartolomé Arrazola intentaba persuadir a los indígenas de una selva de Guatemala para que no le mataran: “si me matéis –les dijo- puedo hacer que el sol se oscurezca”, éstos lo tuvieron claro desde el principio ante un propagador de la fe y del más allá. Aquellos primeros pobladores de Guatemala, mucho antes que los conquistadores “españoles” hubieran llegado allí gracias al mar generoso, decidieron acabar con estas monsergas del fraile, sacrificándolo en la piedra de los ritos, comenzando inmediatamente a recitar una por una por una las infinitas fechas en que se producirían eclipses lunares y solares, demostrando que eran excelentes astrónomos, tal y como “la comunidad maya había previsto y anotado en sus códices sin la ayuda de Aristóteles”.

Carta enviada desde Sevilla al suplemento dominical *Magazine*, el 12/XII/2006.

Pepe, el maestro

Me enteré hace unos días que Pepe, el maestro preferido de mi hijo, ha muerto. ¡Cuántas veces he recordado a Pepe, como a él le gustaba que le llamasen todos, con su cuerpo enjuto, unido a un cigarro interminable y hablando de su compromiso con los niños, en primer lugar, y con la sociedad en general! La última vez que hablé con él, me contó con la ilusión de un adolescente su interés por volver a dar clase en las zonas más deprimidas de Sevilla. Volver donde había encontrado la razón de ser como maestro, frente a la experiencia del discreto encanto de la burguesía y de la rivalidad manifiesta ante los licenciados y licenciadas del Instituto al que llevó, por primera vez, a sus alumnos de 12 años de la mano, que provenían del colegio público de la zona, entre los que se encontraba mi hijo, animándoles a encontrarse con una realidad social difícil, pero con el encanto de los que saben discernir en cada alumno la persona de secreto que lleva dentro y su necesaria inserción en el barrio de la vida. Aunque la procesión iba por dentro.

Pepe era un modelo a seguir por sus alumnos. Era respetado porque respetaba. Era querido porque quería. Sus alumnos sabían distinguir perfectamente a su querido profesor frente a otros que solo cumplían el expediente como empleados públicos. Sin más. Pepe no era como los demás. En su moto de toda la vida dejaba escapar sonidos de arranque hacia el infinito mundo de la ilusión compartida y respetada. Y ellos lo veían y lo tocaban.

Me encantaba escuchar historias de Pepe, contadas por mi hijo y sus compañeros y amigos. De Pepe y Antonio, su inseparable compañero de aventuras docentes. Que si ha dicho que la libertad es importante, que si había pedido que todos se respetaran en sus diferencias sociales, al estudiar en un colegio público con proximidad a zonas deprimidas de la ciudad. Que si era necesario escribir en una revista del Colegio para fomentar la opinión compartida. Que si el cine y las visitas culturales, así como las excursiones, los hacían más responsables. Siempre insistían en que los conocía muy bien. Yo sabía que los hacía también felices y libres.

Por eso me ha dolido tanto la ausencia de Pepe. Habiendo sido compañero virtual en este viaje a alguna parte, en la fase en que nuestro hijo se asomaba a la dureza de la vida, subidos los dos a un tren del que saqué billete hace muchos años, creo que desde que era muy pequeño, siento que se bajara en una estación de la vida porque ya no era imprescindible aunque sí necesario para nosotros. Cuando me despedí aquella mañana, cerca del espacio físico que había compartido con mi hijo, quise reiterarle el agradecimiento por ser una persona buena que seguía ilusionado con ofrecer su trabajo y tiempo libre a los más desheredados de la sociedad. También porque mi hijo había aprendido a ser bueno con él, en clases que no están en los manuales al uso.

Ha muerto un maestro necesario para la vida. No era imprescindible, es más, casi nadie se ha dado cuenta de su ausencia y no le ofrecerán homenajes y

panegíricos, porque además no le gustaban. Pero en el día de Andalucía, creo que merece que le declaremos, desde la ética pública, hijo predilecto de una tierra que quizá solo supo agradecerle que fuera “su” maestro, en silencio sonoro, por el esfuerzo y trabajo diario y anónimo con las niñas y niños en un Polígono de San Pablo que no está en los cielos...

Sevilla, 28/II/2006

Charo, maestra de Andalucía

Anoche estuvimos compartiendo horas de existencia con unos amigos: Chari (para nosotros) y Gregorio. Hacía tiempo que no intercambiábamos las sencillas realidades de nuestras vidas, con sus altibajos e incomprensiones. Sólo dos horas, pero que transcurrieron llenas de satisfacción por un hecho que rodeó el tiempo congelado de una experiencia que pongo a disposición de la inteligencia digital, compartida en el paso de las páginas de este cuaderno, también digital, como homenaje a Chari, a sus alumnos y a sus madres. Fue un momento muy emocionante compartir algo que le había ocurrido al finalizar el Curso, en junio. Las madres de las alumnas y alumnos del Curso 6º B, de los que ella ha sido “maestra de vida”, le habían dedicado unas palabras, escritas en cursiva, con una orla muy cuidada, que decía lo siguiente:

Para la señorita Charo

Llegó el final. Los alumnos de 6º B que un día empezaron en este colegio cuando aún no levantaban dos palmas del suelo, han terminado su escolarización aquí. Este ha sido su segundo hogar.

Empezaron con 4 años a escalar una gran montaña y hoy han llegado a la cima. Han pasado por muchas etapas. Etapas muy importantes de su vida. Y para ello siempre han tenido la ayuda de sus profesores.

Vd. ha sido su guía durante estos dos últimos años, quizás los más difíciles, porque cada vez están más cerca de la adolescencia y cada vez es más difícil tratarlos. Pero, ¡ENHORABUENA! Mejor no lo ha podido hacer. El resultado es tangible: un grupo de niños con una buena preparación, a los que le ha inculcado una serie de valores muy importantes que le servirán para el resto de su vida, y entre los que ha sembrado mucho cariño. Cariño, que a lo mejor no todos ellos saben demostrarle, pero que en el fondo sabemos, que todos la quieren y que la echarán de menos. Nosotros, las madres de estos niños, solo queremos decirle:

GRACIAS POR TODO

Gracias por ayudarnos a educarlos.

Gracias por su paciencia, por su entrega, por su dedicación y por haber enseñado a nuestros hijos a ser un poquito “mejor persona”.

Me ha llamado la atención que solo lo firmaran este texto las madres, pero sabemos que la situación social es así. Seguro que ellas son las que han estado atentas de verdad al crecimiento de sus hijas e hijos, a las llamadas al orden de Chari (para las madres “Señorita Charo”), en el buen sentido del término, en un barrio a veces conflictivo por su propia realidad social, donde han crecido con niñas y niños que provienen de ambientes difíciles. La realidad de género es visible incluso en los agradecimientos a la vida. Por eso, también deseo hacerles un homenaje explícito a ellas, cuidando hasta en el más pequeño detalle la

realidad sentida de sus hijas e hijos, con un regalo que no tiene precio pero sí valor. Inmenso valor.

Y lo que me entusiasma en la operación rescate de la credibilidad de “lo público”, que es necesario ejecutarla en décimas de segundo por la hemorragia que sufre la función pública a diario, es que todo lo narrado ha ocurrido en un Colegio Público, situado en el Polígono de San Pablo, un barrio de clase media y baja, donde Chari (para nosotros) tiene que desenvolverse en situaciones carenciales de todo tipo: afectivas, materiales (ellas siempre busca lápices de colores de donde no lo hay...), minerales, bolígrafos, objetos de demostración y lo más importante, suplir con mucha imaginación el respeto mutuo donde a veces esas niñas y niños no lo sienten en su casa, sencillamente porque no existe.

Cuando estábamos comentando las palabras de agradecimiento de las madres de sus alumnas y alumnos de 6º B, también recordó una ausencia que ha marcado su recorrido con estas niñas y niños a las que tanto ha entregado. Se refirió a su alumno Cristian, que murió atropellado a los nueve años, en el aeródromo de Tablada, en diciembre de 2004, por un coche que participaba en una competición ilegal. La recuperación de una foto suya, para integrarla como miembro de un equipo que de acuerdo con sus madres “empezaron con 4 años a escalar una gran montaña”, hace que desde cada cielo particular se puedan ver estas realidades con un sentimiento especial.

En el mismo acto, le regalaron también un reloj, muestra de que el tiempo pasa, y una caja para guardar fotografías. De lo que estoy seguro es que Chari va a guardar en la mejor caja que existe, el cerebro con fondo de corazón, lo que unas madres de Junio le han entregado con el valor rescatado que aún tienen algunas palabras de reconocimiento a la función pública de maestra.

Sevilla, 29/VII/2006

Género y vida

La sillita

Un relato, como pequeño homenaje a la mujer, en su día internacional.

Muchas mañanas los veo avanzar por la acera de La Cartuja (Sevilla), para pararse en el semáforo rutinario. No los conozco. No sé quiénes son. Haga frío o calor, llueva o ventee, siempre están allí. Esperan que el hombrecillo verde les deje pasar. Y cruzan. Muchos días ocurre lo mismo. Más de una vez me he distraído siguiéndoles con la mirada hasta perderlos en el horizonte de la esquina. Muy joven ella. Muy pequeño él. Madre e hijo, siempre en la sillita, a las siete y cuarto de la mañana, despierto, puntual a la cita del semáforo, acuden a su misión posible.

Cada vez que los veo me pregunto muchas cosas. ¿A qué guardería irá esa mujer madre, muy joven, a estas horas? ¿Estará su alojamiento en el mismo trabajo? La veo eternamente sola. Siempre ella. Nadie más. Se vuelca con cariño sobre el niño, lo arropa, le sonríe, le dice cosas que seguro entiende bien, en un lenguaje gestual que derrama ternura. Más preguntas. ¿A qué hora habrá tenido que levantarse para acudir a esa cita del semáforo, sin desmayo? Pienso en millones de mujeres que todos los días despiertan el día, preparan a sus hijas e hijos, ordenan la comida, dejan recogida la casa y caminan hacia la guardería, la escuela infantil, la casa de los abuelos, de los amigos íntimos que comprenden el trajín. Otras, posiblemente pasean, solas.

Cuando regreso sobre las tres y cuarto de la tarde, miro siempre hacia la esquina donde desaparecen por la mañana. Y no los veo nunca volver. Lo único que vuelve son las preguntas. Tendrán que comenzar la faena del mediodía, de la tarde, de la noche. Seguir. En silencio. Y vuelta a empezar.

Mañana, a las siete y cuarto de la mañana, seguiré sin entender por qué esta madre tan joven ha despertado tan temprano en los semáforos de la vida. Seguro que estará allí. Estoy tentado a bajarme un día y preguntarle muchas cosas. Para aprender. Sobre todo, que me explique cómo puede estar siempre tan sonriente y empujar la sillita –como hace cada día– con la ilusión de ofrecer a su hijo lo mejor a la vuelta de la esquina. Quizá, por eso los pierdo y no vuelven a mediodía...

Sevilla, 8/III/2006

Género y vida

Cayucos

Nunca habíamos hablado tanto de los cayucos, esas embarcaciones de la esperanza, de la miseria, de las frustraciones. Han sido los auténticos protagonistas del verano, llegando a las Islas Afortunadas, las Canarias, por oleadas, en un viaje a lo vagamente conocido por las parabólicas de Senegal. Y lo cotidiano ha sido ver como saltaban a la teórica libertad de un puerto canario, desde el barco paradójico “Esperanza del Mar”, abrazándose a una cruz roja como misión imposible, en el silencio de los muertos y desaparecidos.

¿Qué son los cayucos?: dicen los expertos que son embarcaciones en las que durante la travesía de su vida aprenden a no hablar al llegar a España, a no mirarse a la cara, porque durante siete días, que es lo que dura el viaje descarnado, solo pueden mirar hacia adelante, siempre en la misma postura, todos juntos, hacinados, para ver si el Teide, España y Europa los acoge en su misteriosa holgura de riqueza y libertad. Ser ó tener, esa es su cuestión. Hasta que un día los encontramos en un semáforo, en nuestros viajes cotidianos, donde los pañuelos a un euro pueden servirnos para justificar sus lágrimas cuando nos miramos de frente, entonces sí, cara a cara.

Carta enviada a “Magazine” el 27/VIII/2006

Paz civil

La lectura de la entrevista a Anthony Beevor (*Magazine* de 18/IX/2005) me ha sugerido reflexionar sobre la realidad de la guerra civil. Sobre todo por la documentada investigación llevada a cabo a lo largo de novecientas páginas en su última obra: “La guerra civil española”. Y he pensado que quizá en quince líneas, se podría argumentar lo que ha supuesto para la construcción de una nueva España, con sus claroscuros, éxitos y fracasos y, sobre todo, para la memoria perdida y ahora recuperada.

He buscado en el cajón donde guardo recuerdos de lo vivido lejano y he encontrado una foto de mi padre en el frente de Extremadura, a sus dieciocho años, unos meses antes de resultar herido de gravedad y de arrastrar una minusvalía motora y acústica hasta su muerte a los veintisiete años. No he podido interpretarla nunca. Precisamente, por no haber podido cruzar ninguna palabra con él, soy hijo póstumo, me permito darle las gracias por posar con la arrogancia y frescura de quien no entendía nada de lo que estaba pasando pero que lo tenía que pasar para la posteridad, como la foto en color sepia, por la cerrazón de unos y otros.

Y gracias a muchos como él, que han vivido mutilaciones físicas, psíquicas y sociales durante muchos años, se puede reinterpretar por mucho tiempo el nuevo “entendimiento civil” a través de la Constitución, que se puede cambiar, claro que sí, siempre y cuando se construya con el respeto a los demás, a la diversidad y a la posibilidad de que el otro tenga la razón. Paz civil, por supuesto, aunque esta breve historia de la guerra civil española haya necesitado hoy veinte líneas de continuado silencio histórico para entenderla.

Carta enviada a *Magazine*, el 18/IX/2005

El cerebro *disfruta* con los libros



Cartel de la Feria del Libro (Bogotá), s/d

El cerebro percibe o goza de los contenidos y formato de un buen libro. Así lo hemos aprendido de la tradición de las palabras vividas en determinados contextos, porque así se ha transmitido. En el siglo XIX se fijó por primera vez la palabra *disfrutar* en el ámbito de la lengua castellana, para dar brillo y esplendor a su contenido: *coger, lograr, percibir los productos y utilidades de alguna cosa* (RAE U, 1822). Es decir, cojo un libro, logro hacerme con él y percibo su contenido adaptándolo a mis expectativas, a mi conocimiento, a mis sentimientos y emociones. Lo *abrazo*. Me *abrazo*. Todo eso produce un libro ó una revista de historia, por ejemplo.

Este juego de palabras lo he experimentado con un descubrimiento en días pasados de una revista publicada en Andalucía, por el [Centro de Estudios Andaluces](#), *Andalucía en la historia*, que me ha llenado de orgullo al percibir en su contenido, al que he tenido acceso por primera vez en el número 23, que la historia es una fuente de conocimiento que despierta interés social por conocer claves de aproximación a la verdad de lo ocurrido durante siglos en este territorio tan creativo. Me interesó su contenido, centrado en un dossier sobre la prensa andaluza, por haber formado parte de esta intrahistoria andaluza, al haber sido Presidente de un Consejo de Administración de la sociedad editora de un periódico en la provincia de Huelva (1983-1984), *La Noticia*, que marcó un desafío a una forma de manifestarse la sociedad, en clave periodística de integración de opiniones y creencias. Con anterioridad, en 1976, por colaboraciones periódicas en un diario que rompía moldes en clave de apertura y compromiso social, *El*

Correo de Andalucía, en el que me ilusionaba entregar mis originales muy cerca de la rotativa, en el edificio del Polígono de la Carretera Amarilla, para la célebre página 3 de opinión, en noches apresuradas de la nueva Andalucía que soñábamos, que queríamos.

DISFRUTAR. v. a. Cojer, lograr, percibir los productos y utilidades de alguna cosa. *Fructus percipere.*

Me han regalado dos libros con la suscripción: *La Andalucía del exilio y Magia y vida cotidiana. Andalucía, siglos XVI-XVIII*, que ya están en lista de espera para coger, lograr, percibir y gozar su contenido, su utilidad. Gracias a las posibilidades del cerebro, aunque tengo que reconocer que el sistema límbico va a jugar un papel primordial: me va a permitir *disfrutar* de ellos. Una vez más, procurando no confundir valor y precio.

Sevilla, 22/III/2009

Epílogo

Si has llegado hasta aquí o, quizá, has comenzado por este final, da igual, deseo agradecerte, lector o lectora, que compartas estas palabras y, sobre todo, que algunas reflexiones anteriores o próximas (es tu responsabilidad cómo leerlas...), te ayuden a descubrir lo que significa la inteligencia humana y el lugar donde habita: el cerebro, un gran desconocido en sus maravillosas estructuras que a mí me han permitido ser y estar en el mundo y, hoy, compartirlo en este libro. Estas páginas las he podido escribir gracias a una de esas configuraciones cerebrales, el hipocampo, que desconocemos todavía cómo se las arregla para que podamos recordar y, ayudados por otras estructuras, desarrollar el mundo de los sentimientos y emociones, dependiendo si el sistema límbico, otro gran desconocido, está suficientemente alimentado de neurotransmisores que nos permiten ser más o menos felices cada día de nuestra vida.

Gracias sinceras. Ahora, tú tienes la palabra. Sobre todo, que *disfrutes* leyéndolo, como explico en el último capítulo: “[...] Es decir, cojo un libro, logro hacerme con él y percibo su contenido adaptándolo a mis expectativas, a mi conocimiento, a mis sentimientos y emociones. Lo *abrazo*. Me *abrazo*. Todo eso produce un libro...”.

Este libro se terminó de configurar en Sevilla, con las aportaciones de la memoria alojada en el hipocampo personal, en el mes de marzo de 2014

